

Sergio Bizzio

ERA EL CIELO

Lectulandia

«Cuando llegué, dos hombres violaban a mi mujer. La escena me impactó con dosis iguales de incredulidad y de violencia, como si un niño acabara de golpearme con la fuerza de un gigante. Uno de los hombres, con el pantalón desabrochado, de pie frente a Diana, que estaba de rodillas, la sujetaba de la nuca con la misma mano en la que tenía un cuchillo, obligándola a hundir su cara en su entrepierna, mientras que el otro, desde atrás, inclinado sobre ella, le desprendía los botones del vestido».

Era el cielo parece no detenerse en los detalles y se diría que a ratos, la trama avanza a empujones, con escenas traídas a colación con aparente desenfado, que no terminan de conformar una auténtica historia y un relato coherente. Sin embargo, ese texto se cohesionan en la parte final para ofrecer una imagen completamente diferente a lo esperado. La trama cobra una relevancia inesperada, revelada con un olfato narrativo espléndido y con una sutileza desconcertante. Lo que hasta entonces parecía un cúmulo de desventuras, una relación deslavazada de las experiencias de un hombre extraviado en su madurez, se torna una fábula hermosa y cruel sobre la responsabilidad. La novela nos sitúa ante un personaje que transita desde la soledad de su apatía moral hacia un estado de aceptación: un viaje hacia la comprensión de nuestros límites y de nuestras obligaciones para con los demás.

Lectulandia

Sergio Bizzio

Era el cielo

ePub r1.2

rayorajo 09-02-2015

Título original: *Era el cielo*
Sergio Bizzio, 2007
Diseño: Hugo Pérez

Editor digital: rayorojo
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Cuando llegué, dos hombres violaban a mi mujer. La escena me impactó con dosis iguales de incredulidad y de violencia, como si un niño acabara de golpearme con la fuerza de un gigante. Uno de los hombres, con el pantalón desabrochado, de pie frente a Diana, que estaba de rodillas, la sujetaba de la nuca con la misma mano en la que tenía un cuchillo, obligándola a hundir la cara en su entrepierna, mientras que el otro, desde atrás, inclinado sobre ella, le desprendía los botones del vestido.

Me paralicé en una torsión extraña, con las piernas a mitad de camino entre un paso y otro. Ahora escribo, selecciono y reconstruyo, y quizá sea ésta la única torsión extraña (verdadera), pero en aquel momento apenas si pude creer lo que veía; sentí la misma combinación de vértigo y lentitud, de morosidad y agitación que sienten los que acaban de sufrir un accidente y moví la cabeza allá y aquí acompañando el recorrido de mis ojos por el cuadro como si la imagen fotográfica de ese primer vistazo hubiera estallado, ampliándose hasta volverse inabarcable. Después, por fin, me aparté de la ventana y pegué la espalda a la pared.

Lo primero que pensé fue que, si me veían, Diana podía morir. Una serie de molestias menores (un reborde en la cerradura que dificultaba el paso de la llave; el zigzagueo por un living sobrepoblado de muebles, mesas, lámparas, sillas y sillones, para llegar a la cocina, cuando podía ir directamente hacia allí entrando por el pasillo exterior que bordea la casa) evitó que apareciera de pronto en la habitación, pero la ironía de que fuera una suerte no haberme encontrado cara a cara con ellos era tan leve que no la capté; en ese momento tuve miedo de que los latidos de mi corazón pudieran oírse a través de la pared. Todavía inmóvil, retrocedí mentalmente hacia la escena y noté que algo me había impactado más allá de la violación en sí misma: la suavidad, la trataban *con suavidad*. Eso, por increíble que parezca, anuló en mí todo impulso, toda espontaneidad, cualquiera de los muchos recursos a los que el lector echaría mano sin dudar y por lo cual decidirá que soy abyecto. La suavidad destilaba amenaza —enmascaraba una violencia capaz de dominar a su víctima desde la lógica, haciéndole entender que lo terrible ya ocurrió y reduciendo su resistencia al mínimo, a pequeños gestos y súplicas que son como los estremecimientos de un mal recuerdo —, pero también la promesa de que no iba a pasar nada horrible, nada horrible *más*. No había gritos ni grandes forcejeos. A los «no» y los «por favor» de Diana seguían unos «shh» menos pesados que el aire y aun así con una enorme capacidad para aplastar.

Volví a asomarme. La perspectiva, por entre las cortinas, me permitía verlos de cuerpo entero. Estaban a cuatro o cinco metros de la ventana, junto a la puerta del dormitorio, donde no había ningún desorden, excepto en la cama: la manta y las sábanas colgaban por un costado con los pliegues intactos, como una chorreadura de lava; probablemente la habían sorprendido en el living y la habían arrastrado hasta allí, de donde Diana intentó escapar. Los mínimos cambios que se habían producido

mientras permanecí de espaldas contra la pared me apabullaron. El pantalón del hombre que estaba de pie había caído. Tenía piernas musculosas y ofensivamente pálidas y llevaba puesto un calzoncillo muy ajustado, estampado con flores rojas, contra el que empujaba la cara de Diana. El segundo hombre le había quitado el corpiño y ahora le acariciaba los pezones con la punta de los dedos. Ya no se inclinaba sobre ella; estaba de rodillas, en la misma posición que Diana, apretándole desde atrás las piernas con las suyas. Por momentos enterraba la cabeza en su pelo y el cuchillo del primer hombre le rozaba la frente.

Nunca los había visto antes. Debían tener unos treinta años. Registré el dato con un escalofrío: eran bastante más jóvenes que Diana. El que estaba de pie era rubio, pálido, fibroso, energético. Mantenía la vista fija en la boca de Diana y se bamboleaba muy despacio adelante y atrás, con un sigilo de cazador que se cuida de espantar a su presa y que disfruta más de la maestría con que se acerca a ella que con su muerte. El otro tenía la cabeza rapada. Usaba sandalias de cuero y se agitaba sobre la espalda de Diana como un contrabajista.

Ninguno de los dos parecía nervioso o apurado. Pero a cualquier variante seguía una refriega, una lucha milimétrica que reavivaba mi temor a que la golpearan o la hirieran. Me aparté, respiré, volví a mirar. El hombre de la cabeza rapada la agarró de la cintura y la arrancó de la entrepierna del rubio para hacerla girar hacia él. Diana se incorporó de un salto, tironeando y sacudiéndose. Suplicó que la dejaran. El rubio la agarró de los brazos y, mientras el otro le quitaba el vestido, le dijo algo al oído; quizá le ordenó quedarse quieta, o le prometió que iba a ser rápido. Entonces Diana quiso llevarse las manos a la cara, pero el rubio seguía sujetándola de los brazos desde atrás; vi en sus ojos la necesidad de cubrirse y el desconcierto de no poder hacerlo y estuve a punto de gritar. Un momento después el hombre de la cabeza rapada le sacó la bombacha y Diana, ahora completamente desnuda, pareció rendirse.

La llevaron a la cama. La llevaron con el mismo aire de cortesía funcional con que se lleva a un anciano hasta su mecedora frente al jardín. Allí hubo un nuevo forcejeo: los hombres la soltaron al mismo tiempo (el rubio para bajarse el calzoncillo y el rapado para bajarse el pantalón) y Diana se escabulló y corrió hasta la puerta, donde volvieron a atraparla. Cayeron los tres al suelo. Durante un momento nadie se movió ni dijo nada. Se quedaron quietos, mudos, respirando agitadamente, desarticulados, agarrados unos a otros, con las ropas a medio quitar, hasta que el rubio sacó un brazo del amasijo que eran y apoyó el cuchillo sobre los dientes de Diana, metiéndolo de canto entre sus labios. Le dijo algo y Diana asintió. La llevaron de vuelta a la cama. La acostaron boca arriba. El tipo de la cabeza rapada le abrió las piernas, se arrodilló entre ellas y dejó caer lentamente la boca sobre su sexo. Diana se arqueó.

El rubio la tenía agarrada de las muñecas y la miraba con aire melancólico, sin lascivia. Parecía haber descubierto un abismo entre la piel de Diana —levemente bronceada, apenas más blanca sobre los huesos al curvarse— y la sensibilidad de sus

manos. Y de pronto, como si hubiera saltado ese abismo un minuto atrás y recién ahora, ya en el aire, decidiera alcanzarla, le apoyó las manos sobre las costillas y las deslizó arriba y abajo muy despacio, una y otra vez, sin dejar de admirar ni por un segundo la voracidad con que el rapado la chupaba. Después agarró una mano de Diana y la llevó hasta su entrepierna. Al tocarlo Diana encogió el brazo, pero el rubio repitió la operación. Esta vez le mantuvo agarrada la mano con fuerza hasta que notó que Diana ya no la quitaría.

Me aparté otra vez. El rubio había dejado el cuchillo. Supuse que no sabía muy bien dónde (si a su izquierda o a su derecha) y calculé cuánto le llevaría encontrarlo si yo entraba de golpe a la habitación. Un segundo, a lo mejor dos, palpando rápidamente a un lado y a otro, pero ¿qué iba a hacer una vez adentro? Me agaché, pasé por debajo de la ventana y fui hasta el fondo de la casa. Alcé una piedra, volví a dejarla. En la parrilla había una serie de instrumentos de asador que alguna vez me regaló Diana, todos cromados, todos del mismo largo y todos igualmente inútiles. Agarré el atizador, lo sacudí en el aire y entré a la casa.

Me detuve al oír gemidos. Por entre los gemidos roncOS y ahogados de uno de los hombres oí también un gemido de Diana, más débil y sinuoso y que aparecía y se perdía y volvía a aparecer, enroscado a los gemidos del hombre como un hilo apenas más angosto entre los cientos de hilos de un cable de acero. Eso bastó para aumentar el peso del hierro en mi mano; entendí que no alcanzaría a dar más de un golpe antes de que se echaran sobre mí, incluso aquél que 10 recibiera. No tenía ni la mitad de la fuerza y la agilidad que tenían ellos. Nos matarían. Retrocedí, volví sobre mis pasos. Ahora el tipo de la cabeza rapada penetraba a Diana con enviones cada vez más rápidos. Acabó en silencio unos segundos después, apretando las mandíbulas, y el rubio ocupó su lugar. Cambiaron de posición sin ansiedad, e incluso con un cierto aplomo, como actores de cine porno. Diana obedeció a la presión de las manos del rubio y se dio vuelta. El rubio le indicó que se pusiera en cuatro patas. Después la agarró de la cintura y durante un momento se frotó literalmente contra sus nalgas, hasta que dejó de moverse. Parecía contrariado. El tipo de la cabeza rapada, sentado en el borde de la cama, con los codos sobre las piernas, brillante de sudor, giró para ver qué pasaba. Por un instante pensé que me habían visto y en lugar de apartarme confié en mi inmovilidad: más tarde, si todo salía «bien», cuando los hombres ya se hubieran ido, uno de ellos registraría de pronto mi silueta en la ventana... Pero la razón de la pausa era menos prosaica de lo que temí: el rubio estiró un brazo, agarró el cuchillo y recién entonces recuperó la erección. La penetró por atrás. Diana alzó la cabeza, la dejó caer. Apoyada sobre los codos, a cada envión del rubio su pelo rozaba la cama.

Desvié la vista y miré alrededor. Miré nada más que para asegurarme de estar ahí. Hacía varios días que el cielo estaba limpio y que el sol proyectaba las mismas sombras, de las que yo empezaba a ser parte. Pensé, con ánimo de creerlo, que en el fondo era Diana quien manejaba la situación: en la medida en que no podía hacer otra

cosa, dosificaba su resistencia y su entrega, el volumen de su sometimiento. La idea me sonó absurda, entonces tanto como ahora; no atenuó mi angustia ni justificó mi inacción, no me sirvió. Sentí también el viento del ala de lo absurdo al recordar — como si fuera algo lejano— que hacía apenas una semana que estábamos juntos de nuevo. Durante los dos años que estuvimos separados no había dejado de pensar un solo día en la posibilidad de volver con ella. Diana era la única persona del mundo con la que yo me sentía realmente seguro. Después de una década de matrimonio, la seguridad es un estado tanto o más valioso que el estímulo intelectual o el deseo sexual. Tengo cuarenta y tres años, empiezo a valorar esa clase de cosas. Por lo demás, el futuro se ha ido angostando hasta volverse visible: una franja de tiempo que en teoría es menor a lo que viví y en la que ya no hay lugar para lo que me gustaría vivir. En esas cosas pensé, desordenadamente.

Cuando volví a mirar Diana estaba sola.

No podía decirle que lo había visto todo. Pero si dejaba que me lo dijera ella no podría evitar la indignidad de fingir sorpresa, violencia o desesperación. ¿Era mejor decirle que había sido un cobarde, que había estado todo el tiempo ahí? ¿Eso hubiera sido el fin de mi vida con Diana, con Julián, hubiera sido el final de lo que vine a buscar? Eché un último vistazo hacia adentro y supe que lo que haría era aplazar el engaño.

Diana estaba bien. Había una cierta vitalidad tranquilizadora en la forma en que se levantó y se sentó en la cama, e incluso durante los pocos segundos que permaneció quieta, pensativa, con las manos sobre las piernas, como decidiendo si terminaba de levantarse o empezaba a llorar. ¿Estaba pensando en hacer la denuncia —Diana es una autora de libros infantiles bastante famosa; su violación podía resultar el tema del mes—, pensaba en ella, en mí, en cómo me lo diría a mí? Negó en silencio con la cabeza como si efectivamente hubiera algo que pensar y ella acabara de hacerla, de repasar y rearmar los momentos previos al ataque de la misma forma en que ahora lo hago yo, aunque incluso en aquel momento me pareció evidente que su repaso iba más allá que el mío, un mero reborde en la cerradura. Tuve la impresión de que estaba menos angustiada que enojada. De pronto se estremeció, se estremeció brevemente, como si algo la hubiera asqueado, y su pie izquierdo, que hasta ese momento estaba apoyado sobre la punta de los dedos, se deslizó hacia adelante y pisó el suelo con fuerza, revolviéndose y acomodándose como en un mundo nuevo. Después de unos segundos de inmovilidad se apoyó en ese pie para levantarse, agarró el vestido y salió del cuarto a paso rápido.

Me aparté de la ventana y volví por donde había llegado. Eran las cuatro de la tarde. A las cinco Julián salía del colegio. Diana y yo habíamos acordado que esa

tarde iría a buscarlo ella. Sabía que Diana no sería capaz de ir y que de un momento a otro me llamaría para pedirme que lo hiciera yo, y me vino a la mente —*cayó* en mi mente, como una piedra, provocando un oleaje que bañó de terror las costas en miniatura de mi vida— la imagen de Julián entrando por primera vez al departamento que alquilé cuando Diana y yo nos separamos, dos años atrás.

—Me gustan las cosas nuevas. Me gusta ese árbol—dijo.

«Lo nuevo» estaba referido al hecho de que el departamento era nuevo: fui el primer inquilino que vivió allí. «El árbol» era un viejo paraíso ennegrecido y en aquel momento —invierno— sin hojas: la copa, una red de ramas retorcidas, con nudillos inflamados y cortezas reseca y ahuecadas, daba de lleno sobre la ventana del living, como un espectro: prometía para el verano, ya florecido, el alivio de su sombra, pero en ese momento no era más que una sombra en sí mismo. La aprobación de Julián me conmovió. Recién entonces —curiosamente, porque Diana y yo habíamos hablado de separarnos durante meses— caí en la cuenta de que ya no vivía con él.

Mi hijo, el ser más amado, el hombrecito que sostenía el sentido del mundo, se sentó en el suelo, ajeno a mi angustia, y sacó de la mochila del colegio una nave espacial sin cabina, sin puertas, completamente sellada, con luces titilantes en las alas. Después metió de nuevo la mano en la mochila, revolvió un poco (los niños confían en el tacto y en la vista por igual, pero le dejan las tareas más fáciles al tacto) y sacó un superhéroe inarticulado y demasiado grande para la nave. A pesar de todas esas dificultades —la nave pequeña y sellada y el superhéroe inmenso— los acopló con la misma fluidez con la que él mismo prometía acoplarse a la nueva situación. Lo único que tuvo que hacer para que el juego resultara exitoso fue un sonido de turbinas con la boca, y creer en él.

No me alejé de la casa; caminé por los alrededores, aturdido como alguien que vaga sin rumbo por entre las ruinas en el lugar de un atentado. Hasta que Diana llamó a mi celular y me preguntó si podía ir a buscar a Julián. Se disculpó por llamarme a último momento. ¿Llegaba? Le dije que sí y le pregunté qué había pasado.

Diana hizo una pausa.

Esperé su respuesta con la ansiedad de un paciente que acaba de entregarle a su oncólogo un sobre con los resultados de un chequeo de rutina, con la expectativa de un adicto que es dejado a solas junto a un mueble con muchos cajoncitos.

—¿Pasa algo? —repetí.

—Me llamó Elisa —dijo por fin. Ningún signo en la voz, ninguna fisura—. Quiere verme y le dije que sí, parece urgente.

De modo que no pensaba decírmelo, al menos por el momento.

—Diana... —vacilé. Me cuesta escribir lo que dije; fue un susurro, pero en el tono hubo montañas de complicidad y un lago de dolor en el que un extraño hundía los remos sin apuro—: ¿Alguna vez te dije que te quiero?

Ella hizo una rápida pausa:

—Tonto —dijo.

No era para nada la clase de términos que usaba Diana, fuera de sus libros. En una conversación cualquiera su equivalente a «tonto» era un chasquido acompañado por una sonrisa y un giro en cámara lenta de la cabeza. El acuerdo cariñoso que esa palabra tenía o podía tener entre nosotros me resultó chirriante.

Apenas Julián salió del colegio (verlo me rompió el corazón: de pronto era un chico que no sabía nada sobre sus padres) lo invité al cine. Me dijo que prefería jugar al tenis. En el club alquilé dos raquetas y un tubo de pelotas y fuimos al frontón. Tuvimos que esperar un rato porque había seis adolescentes ocupándolo, tres chicos y tres chicas, que jugaban por turnos. Habíamos comprado una Pepsi con dos pajitas y nos sentamos en el pasto a esperar que terminaran. «Mi pajita es la que está torcida», aclaró Julián para que no se la usara. Sólo uno de los seis chicos jugaba bien y se pavoneaba ante los demás subrayando su estilo hasta la caricatura, daba golpes más fuertes de lo necesario y emitía el típico grito ahogado de los tenistas profesionales. Cuando por fin se fueron Julián jugó un poco desmañadamente, quizá por reacción al estilo sobreactuado del chico, como si no quisiera parecerse en absoluto a él, o quizá porque el uniforme del colegio lo incomodaba...

Yo tenía treinta y siete años cuando nació Julián y recuerdo que en los meses previos a su nacimiento me dolía la idea de ser un padre demasiado viejo para él. Pensaba que mi agilidad no iba a estar a la altura de sus juegos, que mi resistencia física no alcanzaría a cubrir su necesidad de acción. No fue así. Incluso tuve más ánimo y más fuerzas que nunca. Hasta esa tarde. Esa tarde tuve mi edad.

Julián dejó de jugar enseguida. A unos treinta metros del frontón dos hombres cortaban un árbol. Nos acercamos a ver. Uno de ellos tiraba de la soga con la que había enlazado la rama que el otro cortaba por la base, con una motosierra. «Si la rama se le cae encima lo mata», comentó Julián. Le dije que no había ningún peligro, que sabían lo que hacían. «¿Eso hay que saber hacerlo?», me preguntó. Consideré las posibilidades de la pregunta, como si la hubiera hecho un adulto más o menos irónico, y le dije que sí. La rama se quebró y cayó muy despacio, pero el crujido de la madera rompiéndose no se apagó hasta que la rama pegó en el suelo, e incluso hasta unos cuantos segundos después.

Capítulo 2

Abrí la puerta de casa y Julián fue corriendo a prender la computadora. Yo avancé por el living lentamente.

—¿Diana? —llamé.

Entré al cuarto. La cama estaba tendida y no había nada fuera de lugar. Me impresionó darme cuenta de que en ningún momento hubo nada fuera de lugar, y que a Diana le bastó tender la manta y alisar los pliegues con una mano para borrar las huellas de lo que había pasado. Miré hacia la ventana. Ahí estaba yo un par de horas atrás. Sin embargo no me había retirado del todo, y a lo mejor no tendría nunca la fuerza suficiente para apartarme completamente de allí.

Me senté en la cama. Desde el cuarto de al lado llegaba el sonido del juego de computadora: aceleraciones, una sirena monocorde, golpes en las teclas y la voz de Julián gritando a intervalos irregulares «¡No!», «¡Sí!», «¡Eso!».

De pronto me sentí agotado.

La frente es el lugar del cuerpo donde siento el cansancio con más nitidez. No en toda la frente: es un sector circular, ubicado por encima del entrecejo, que se angosta y extiende a izquierda y derecha, hasta tocar las sienes, formando la figura de una persona con los brazos abiertos sobre el respaldo de un sofá. No es un cansancio plácido, sin embargo, ni exclusivamente físico. Es como si supiera lo que va a ocurrir mañana y no me interesara...

Y al mismo tiempo, si lo pienso, cada mañana cuando me levanto, o mejor aún, a la noche, antes de acostarme, añoro la dulzura del cansancio como resultado de un día activo, impulsado hacia la cima de cualquier cosa, por cualquier cosa que justifique el trayecto. Un hombre sube una montaña de polvo porque sabe que arriba hay algo sólido, o útil, o apenas distinto del polvo. Yo fui ese hombre. La indiferencia, mi indiferencia por lo que vendrá, es lo que siente la figura del sofá en su propia frente, por encima del entrecejo, extendiéndose a izquierda y derecha y formando otra figura, también sentada. No es una serie, ni va al infinito. Termina ahí. La figura del cansancio en la figura de mi cansancio. Pero mientras que yo sé lo que va a ocurrir mañana, la figura lo ignora y no por eso siente menos cansancio que yo. Éste es el que soy ahora.

Cuando abrí los ojos ya era de noche. Julián me había agarrado de un hombro con las dos manos y me sacudía con fuerza, aun después de haberme despertado. Lo miré. Seguía sacudiéndome.

—Dice mami que vengas a comer...

Tuve la impresión de que no había oído nunca nada tan raro en toda mi vida.

Después de dos años de ausencia la mucama me miraba como a un intruso. Diana y yo nos habíamos habituado rápidamente a estar juntos otra vez, pero la mucama me

seguía con la mirada y yo tenía la sensación de que esperaba a que Diana reaccionara de una vez por todas y me preguntara quién era y qué estaba haciendo ahí. Esa noche, cuando entré a la cocina (la mucama trasladaba algo en un cucharón desde una olla hasta un plato en las manos de Diana), fue la primera en levantar la vista hacia mí. Diana no me miró hasta que la besé.

La cena fue breve, pero hicimos un esfuerzo tan grande por copiar los tonos y la modulación de una cena cualquiera que pareció eterna. Las intervenciones de Julián, sus comentarios a nuestros comentarios, o sus juegos (inclinar la silla hacia atrás y balancearla sobre las patas traseras, meter un muñequito por el pico de la botella de agua) eran lo único que restituía el tiempo real, acelerándolo. Diana no sabía que yo lo sabía, por supuesto, pero yo no sabía por qué no lo decía. Y no parecía dispuesta a hacerlo. Toda nuestra afectación de cotidianidad estaba surcada de chisporroteos y latidos, como una tormenta a través de una cortina, pero sólo Diana podía preguntar sin temor qué era lo que pasaba y aceptar mi respuesta como una verdad. Cuando lo hizo, menos intrigada por mi silencio que para descomprimir su propia tensión, le dije que Bardem, el productor español para el que había estado trabajando por correo electrónico durante los últimos meses, quería que fuera para allá. Tenía que irme dentro de veinte días. El terror que sentía por los aviones le bastó a Diana para entender qué era lo que me pasaba; me sonrió y me preguntó por qué se lo contaba recién ahora. «Querida, vine antes para eso, dejé todo para venir a contártelo, pero cuando llegué te estaban violando y no supe qué hacer. De hecho no hice nada... aparte de mirar. Me siento muy mal por eso, casi más que por lo que te pasó. Ésa es la razón por la cual te lo digo recién ahora. ¿Podrías llevar a Julián a su cuarto y volver sola? Me encantaría morirme, pero no quisiera que él esté presente». Me encogí de hombros y le dije que no estaba seguro de poder subir a un avión.

—¿Otra vez con eso? —dijo Diana como si le hablara a un niño que insiste con usar la afeitadora del padre (o la ropa de la madre).

Después se levantó, me dio un beso en la sien (apoyó su mano en el respaldo de mi silla, no sobre mi hombro) y dijo que iba a acostarse. No se sentía bien. Le pregunté si quería que llamara a un médico. Ella frunció el ceño, un gesto que volvía exagerada mi pregunta, y dijo que no, que lo único que necesitaba era descansar un poco.

Dos horas después, cuando Julián se durmió, abrí la puerta del cuarto milimétricamente, me quité los zapatos y la ropa y me metí en la cama tratando de no despertarla, aunque sabía que fingía dormir. Hacíamos el mismo número en las semanas previas a la separación. Con la diferencia de que en ese último tiempo juntos yo casi no dormía, me mantenía flotando entre el sueño y la vigilia, atento a sus movimientos en la cama, a sus cambios de posición. Dormía «a la expectativa». ¿Por qué no me abraza? ¿Va a abrazarme si me doy vuelta, si le doy la espalda? Reconozco una cierta coreografía del sueño en mis relaciones largas (en las relaciones ocasionales no hay nada aparte de tanteo y desconcierto y, desde luego, la búsqueda

de la propia comodidad). Me bastaba un leve roce de la punta de los dedos sobre su vientre para que ella girara hacia mí, no importaba cuán dormida estuviera. Me sentía. Mucho tiempo después me preguntaba todavía cómo era posible que sucediera algo así, no tanto que ella sintiera el roce de mis dedos (eso, incluso para un cínico, es amor) como el hecho de que yo mismo lo advirtiera y lo recordara y no estuviera en ese momento con ella... Es más, Diana fue la primera que hizo el gesto. Y yo lo adopté. No como un imitador (como un estudiante de teatro que, sentado en primera fila, mira la mala versión de una obra pésima aplaudida por la crítica y se abisma en la fe de que él también debe actuar así, en lugar de levantarse e irse) sino con devoción, suspendido a todo lo largo y ancho de mi ser.

Entonces Diana recogía su pelo para que yo metiera la cara en su cuello. Y lo hacía todas las noches. Todas. Todas las noches. Yo le pasaba un brazo por la cintura, cruzaba el otro sobre su pecho para tomarle un hombro, y ella se acurrucaba en mí con un bamboleo tan dulce y tan suave que te hacía pensar en el viento.

Y al revés, cuando yo le daba la espalda (bastante menos sutilmente que ella, y no lo digo por cortesía) se pegaba a mí con un brazo extendido sobre mis piernas, cubriéndome una rodilla con la mano. Cualquier alteración de esa rutina podía despertarnos.

Pero llegó un momento en el que ya sólo nos abrazábamos cuando coincidíamos de frente, como si el abrazo no fuera más que el resultado de un encuentro casual.

«Salgo del agujero donde duermo», dice una línea de Apollinaire. Ésa fue mi sensación por la mañana, apenas me desperté.

Dije «la mañana», pero el abanico de lo superfluo era mucho más amplio de lo que pensé: todavía era de noche. El motor de un auto rasgó los últimos segundos de confusión...

Diana dormía boca arriba. Saqué un pie de la cama y cuando lo apoyé en el suelo entreabrió los ojos; dos ranuras en la oscuridad. Enseguida volvió a cerrarlos. Apoyé el otro pie y salí del cuarto.

En la cocina encontré el frasco de plástico en el que Julián guarda algunos de sus juguetes. Le quité la tapa y volqué el contenido sobre la mesa: un marcianito amarillo limón con un gancho de metal en la cabeza... un perro de tres colores... un escorpión morado... una hormiga sin abdomen, con ojos de calcomanía y manos en forma de tenaza... un gusanito verde enroscado en la cola de un tigre... un caracol sonriente, de antenas redondeadas, con un libro en la mano... un guardián de zoológico con un traje verde y un gorro calzado hasta las cejas... un tractor sin ruedas... un ratón con los brazos abiertos, como si acabara de ver a alguien o algo muy querido... un *boomerang* de plástico lila... un extraño hongo gris con cara humana... un monstruo morado con la boca abierta y la cola en llamas...

¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué no me lo dice?

Julián apareció en la cocina con el pelo revuelto. Se sentó sobre mis piernas, apoyó una mejilla sobre mi pecho y después de un momento de silencio (ese momento al comienzo del día en el que uno paladea la dicha de tener al otro) me contó un sueño de caída y me preguntó si yo sentía lo mismo que él. «¿Qué?». Para contar lo que sentía se sacudió, se estremeció. Le dije que sí, que yo sentía lo mismo. Recuerdo perfectamente la sensación de los sueños de caída. Le conté que siempre me despertaba un segundo antes de estrellarme contra el suelo. Julián pareció sorprendido. Alzó la cara, me miró y me dijo que él no se despierta, que él se estrella contra el suelo y se levanta y sale caminando.

Desde que Julián empezó a caminar, era la primera vez que Diana se despertaba después que él. En general se vestía antes de salir del cuarto, quiero decir *completamente*, con la ropa que pensaba usar durante el resto del día, o con una bata si es que se duchaba antes del desayuno y no después; ahora llevaba puesta nada más que la bombacha y una remera sin corpiño; se había pasado un peine por el pelo. Nos dio un beso a Julián y a mí y entre un bostezo y otro dijo que hacía mucho tiempo que no dormía tan profundamente y que a pesar de eso se sentía como si la hubieran apaleado. Me levanté y le serví café. Cuando volví a sentarme —no antes, como si fuera un asunto que debiera tratarse a no más de medio metro de distancia— me preguntó por los detalles del viaje. Le respondí en desorden: tendría que estar allá un par de semanas, trabajar un poco en el guión antes del comienzo de la preproducción, etcétera. Diana dijo:

—¿Qué pasa si no vas?

—No sé. Una de las cláusulas dice que estoy a disposición del productor...

Diana bajó la vista, aplastó una cascarita de pan con un dedo y volvió a mirarme, pero no dijo nada.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí —dijo ella con aire despreocupado. Yo negué en silencio con la cabeza—.

¿Tienen a la protagonista?

—Creo que sí. ¿Vendrías conmigo?

—Julián no puede faltar dos semanas al colegio...

—¡Sííí! —dijo Julián.

—Además tu problema no es ir solo, tu problema es el... —dijo «avión» moviendo los labios en silencio; no quería que Julián supiera que a su padre lo aterraba volar, no quería transmitirle ninguno de mis miedos, que eran decenas. No me extrañaría que después de años de palabras escamoteadas Julián terminara teniéndole miedo a las elipsis—. Me dijo Elisa que su hermano hizo una vez un curso para volar. ¿Querés que te averigüe?

—¿Voló?

—Sí.

—¿Volvió?

—¿Cómo?

—Si pudo volver...

El problema de ir —para mí— es que después hay que volver. Los viajes siempre son dobles, tienen reverso, se completan cuando uno regresa al punto de partida; nunca se trata de un solo vuelo, a menos que uno sepa que no va a volver, con lo cual la mitad de un viaje resulta ser todo el viaje. Yo no cuento con ese alivio. Mis viajes de ida se adensaron siempre por la cara en sombras del regreso: ¿y si soy capaz de ir, pero no de volver? Así que todavía no he partido y empiezo a considerar la vuelta, de manera tal que mucho antes de que mueva un dedo ya se ha producido una colisión.

Diana se sonrió, se puso el pelo detrás de las orejas y se inclinó sobre un dibujo que Julián había empezado un minuto atrás: monstruos, monstruos silenciosos, monstruos articulados silenciosos. Siempre me había gustado la honestidad de la atención que Diana le dedicaba a Julián; esta vez percibí una sombra de condescendencia, quizá proyectada por lo que yo mismo había visto y sobre lo que Diana guardaba silencio. Pero sus pupilas, siguiendo las líneas que Julián trazaba en el papel, iban a otra velocidad, o más rápido o más lentas o en la dirección opuesta; sus comentarios sonaban forzados y a veces sus respuestas se demoraban tanto que Julián tenía que repetir la pregunta.

Capítulo 3

Lo primero que hizo el Dr. Rodolfo Comas (médico psiquiatra) fue poner, con un movimiento de las manos ahuecadas, como si trasladara un puñado de aire por encima del escritorio, al miedo de un lado y a las fobias del otro. «El miedo, del latín *metus* —dijo—, se *mete* en la persona por sí mismo, o por la acción de un tercero, en tanto que fobia es un sufijo que nosotros los... aplicamos específicamente a los temores íntimos proyectados a un objeto exterior». Y aunque no hacía ni dos minutos que estaba allí ya me miró como preguntándome si lo seguía. Asentí. Debía tener unos cincuenta años, dos hijos, a lo mejor tres, un piso en Belgrano con muchos libros, con muebles laqueados, dinero en el exterior, un Subaru verde musgo (con portaequipajes), un amigo de la infancia (excedido de peso), un departamento en la costa y no mucho más. Era simpático, pulcro, meticoloso, vestía un saco color crema, camisa blanca y una corbata patológicamente rayada sobre la que de tanto en tanto apoyaba los dedos, como para asegurarse de que seguía allí; hablaba con voz suave, en tono amistoso. En la pared, a su espalda, colgaban dos diplomas; el de la izquierda lo acreditaba como miembro internacional de la American Psychiatric Association y el de la derecha de la Association for Cognitive Psychotherapy, ambos de marco patinado. Era también, y ahora principalmente, el fundador y coordinador de un equipo profesional multidisciplinario llamado «Volar sin miedo» y un disertante habitual de la industria farmacéutica en programas de actualización médica, que era lo que más me importaba a mí: el fármaco, los efectos de la fórmula del fármaco.

—Yo puedo volar, lo que no puedo es subirme a un avión —dije en determinado momento.

—Es lo que te estoy diciendo —me tuteó el Dr. Comas—. ¿Sabés quién es Damocles?

—¿El de la espada?

—Exacto. Hipócrates notó un día que Damocles no podía estar al lado de un pozo, pero que sí podía entrar en él... en el pozo. Acá pasa lo mismo. Es decir, el miedo no alude al verbo sino al objeto, no alude al verbo «volar» sino al avión.

—El problema es que no hay otra manera de volar...

El Dr. Comas se sonrió y me pidió tranquilidad con un gesto de las manos abiertas, como si empujara hacia mí las dos montañitas de aire que había dispuesto sobre el escritorio al comienzo del encuentro. Acto seguido, levemente molesto con los zigzagueos de la entrevista, dio vuelta la página hacia atrás y me explicó en qué consistía el curso: cuatro sesiones de una hora y media cada una, siguiendo un programa que combinaba información técnica sobre el avión, simulador de vuelo, técnicas de respiración y psicotrópicos. Tuve la impresión de que no faltaba nada. No obstante, al cabo de una media hora de hurgar en la terraza de mi psicología y en mis pasadas experiencias de vuelo sacó de un cajón del escritorio un libro firmado por él, *Estrategias para vencer el miedo a volar*, con la trompa de un Jumbo en la tapa, un

video, *Recursos para vencer el miedo a volar*, en cuya tapa estaba ahora su propia trompa, y una serie de hojas impresas con el título de *Consejos prácticos para vencer el miedo a volar*. Esta vez, leyendo los títulos, mi impresión fue negativa (iba de «estrategias» a «recursos» y a «consejos», un degradé bastante desconsolador).

Volví a animarme cuando sacó el recetario. Debía tomar un comprimido diario (10 mg) de escitalopram, un inhibidor selectivo de la recaptación de serotonina, es decir *confianza*. Agarré la receta y él se puso de pie y me extendió la mano al mismo tiempo que yo metía la mía en el bolsillo; dijo que esa primera entrevista era «sin cargo», así que estreché su mano y en cierto sentido le ofrecí la espalda, no al Dr. Comas sino a la mano misma, que enseguida se apoyó por encima de mi cintura y me condujo a la salida.

—¿Y? —me preguntó Diana.

—Bien, me dio una medicación y una película —le alcancé el video.

Diana le echó un vistazo y lo dejó sobre la mesa. Dijo que estaba cocinando algo «rico»: un atisbo de entusiasmo (tres días después era evidentísimo que no pensaba decírmelo). La mucama salió de la cocina secándose los dedos en la blusa.

—¿El señor va a cenar? —me preguntó.

—Por supuesto —le dije.

Julián ya había comido y estaba en nuestra cama mirando *Charlie y la fábrica de chocolate*. Tenía sueño, hacía fuerzas para mantenerse despierto. Me dio un abrazo sin decir nada y cuando me soltó se puso de costado y cerró los ojos: listo, suficiente por hoy, ya no lucharía más. Apagué la película, lo llevé a su cama y bajé a cenar.

Esa noche, como esa mañana, como el día anterior, como a cada momento frente a Diana, volví a sentirme horriblemente deshonesto: *leía* en ella; en cualquier cosa que ella dijera o hiciera o dejara de hacer yo leía la verdad, cuando su intención era ocultarla; sólo con mi presencia la obligaba a mentir. Si Diana desviaba la vista y se ausentaba, o si seguía mirándome fijo un segundo después de que hubiera terminado de contarle algo, yo sabía por qué; nada de lo que decía a continuación era verdad. («Me quedé pensando que...»). Diana era de pronto un texto para mí, una mujer legible. Excepto cuando «se olvidaba», lo que sucedía cada vez con más frecuencia, por lapsos cada vez mayores, durante los que volvíamos a sentirnos queridos y necesarios y, paradójicamente, seguros.

Una hora después nos acostamos y pusimos el video del Dr. Comas.

Diana apoyó la cabeza en mi hombro y dijo en un susurro:

—Me gusta que estés acá.

Lo sabía. Cuando giré hacia ella y me abrazó con fuerza, también supe que además de abrazarme estaba *deteniéndome*.

Fue un momento raro para mí y seguramente horrible para ella.

Nada encajaba. Los cuerpos sí, pero no la alegría de estar juntos, como en los días

previos al ataque. Éramos de nuevo una familia, pero ya no podíamos decir que no hubiera nada más dulce. Nos quedamos pensativos y callados; pensativos sobre un fondo de datos técnicos, callados sobre un fondo de turbinas.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 4

Diana y yo nos separamos en la misma fecha en la que nos habíamos casado diez años atrás. «Un matrimonio redondo», comentó Diana al advertir la coincidencia.

Durante algunos meses el desconcierto por la separación fue simétrico, «como un tigre que mira sus alas abiertas», según escribió en uno de sus cuentos, refiriéndose a una infelicidad de fantasía. Hasta que una noche conocí a Vera en la fiesta de fin de año de un canal de televisión para el que trabajábamos los dos como guionistas. Y aunque el horizonte no se inclinó por eso, mi vida sí. En mi vida hasta entonces no había más que un montón de heridas superficiales.

El lugar, un galpón en mitad de un proceso de reciclado, estaba en penumbras, y decenas de productores, agentes, actores, ejecutivos, guionistas, periodistas, representantes, cada cual con su esposa o esposo o amante, todos cómicamente vestidos según su rol, charlaban alzando la voz por encima de la música en un clima heterogéneo de triunfo, promesa y ansiedad, regado por un champagne que, sin ser malo, dejaba entrever que respondía a un presupuesto. Yo había ido solo, después de pensarlo mucho. Detesto mi trabajo, detesto el mundo de la televisión; quizá sea por eso que no he podido librarme todavía de él. Allí Y aquí estallaban de tanto en tanto risas como granadas; el entusiasmo de algunos abrazos daba vergüenza. Detrás de la mirada entre curiosa y embobada con la que muchos interrumpían sus conversaciones para clavarla en los artistas cada vez que éstos posaban para una foto había recelo, desprecio. Todo era sordo, enroscado, servil, automático, negociable y lateral. Contra la pared del fondo se había montado una especie de tarima, a la que en determinado momento subieron las autoridades del canal y uno tras otro dieron discursos breves y ardientes como llagas; después, sobre una pantalla no del todo tensa, se proyectaron imágenes de ambos ciclos, en las que, con apenas una gota de sangre fría, podía advertirse la despreocupación rutinaria de un editor mal pago y aun así *parte de la gran familia*: fragmentos elegidos al azar, sin ninguna ilación de luz, ni de sonido, ni de planos, con interrupciones abruptas de la música y hasta de los parlamentos. Después de todo ¿quién lo notaría? (Yo, idiota, el autor). Hacia el final de la proyección, la estrella del programa —un especialista en sobreactuación que ahora también triunfa en Colombia, o en México, o en Venezuela— dijo en un primer plano, con voz untuosa: «Vas a arrepentirte, créeme que vas a arrepentirte». Entonces, sin quitar los ojos de la pantalla, Vera se inclinó hacia mí, casualmente parado junto a ella, y, segura de que yo era otro —ahí mismo *había* otro un segundo atrás— me dijo al oído:

—Es el estúpido más grande que vi en mi vida.

Enseguida se dio cuenta del error.

—Espero que no seas del canal... —dijo.

—En algún momento voy a ser gerente de programación. Mi plan es hundirlo rápido. No podría hacer otra cosa.

Vera señaló la pantalla. La estrella había desaparecido.

—En el guión decía: «Por favor», etcétera. El personaje se quebraba y suplicaba. No quiso hacerlo. Dijo que iba a afectar su carrera. Tuve que reescribir escenas enteras para cuidar su imagen. Y lo peor de todo es que se empeñó en colaborar con la nueva orientación del personaje. ¿Sabés qué le escuché decir un día? «Se me ocurrió una idea buenísima *que vi en una película*». Dijo eso.

Un minuto después nos fuimos juntos.

Yo vivía solo y ella vivía con un perro.

El perro se llamaba Santo y enloqueció a mediados de diciembre. Su entretenimiento principal consistía en perseguir mis pies por la casa, gruñéndoles como si no fueran parte de mí. Recuerdo haber pensado que era un perro demasiado grande ya para esa clase de juegos. Por lo demás su comportamiento era totalmente normal; mientras yo escribía él se echaba a mis pies (*vigilándolos*, pienso ahora), reaccionaba a su nombre, y ante la promesa de un paseo ladraba con una ansiedad muy parecida a la alegría. Una tarde me vio desnudo y a partir de ese momento su carácter cambió. Vera hizo un mohín cuando se lo dije, pero estoy seguro de que fue ahí cuando empezó todo. Él mismo se encargó de hacérmelo saber; la forma en que me miró, alzando apenas la cabeza, diría que tensándola, fue siempre la misma desde entonces. A veces, de noche, ladraba dormido, sin despertarse; eran ladridos suaves, homofílicos (el inconsciente de los perros está estructurado como un ladrido, sin duda) y hasta cierto punto conmovedores. Después se volvió extemporáneo y finalmente peligroso.

Una mañana Vera y yo compartíamos el diario en el jardín cuando de pronto noté que Santo se paseaba a un lado y a otro en cámara lenta, con la cabeza alzada. Le pedí a Vera que lo mirara.

—Caza moscas —me dijo.

Pero a mí me pareció que actuaba. Otro día, al llegar a casa, lo sorprendí dando saltos en medio del living, como si estuviera bailando. Lo curioso fue que no se detuvo hasta un buen rato después de que yo entrara. Se me ocurrió que podía tener algún problema con el olfato. El veterinario le hizo unas pruebas y dijo que no. Una semana después Vera y yo fuimos a comer un asado a la casa de fin de semana de unos amigos y tuvimos que llevarlo porque desde algunos días atrás había empezado a destrozar alfombras y sillones y a tirar las lámparas en nuestra ausencia. Los hijos de los invitados nadaban en la piscina (no era una pileta: tenía forma de riñón) y de pronto Santo, que hasta ese momento descansaba a la sombra de un pino, observándose detenidamente una pata —nunca había visto a un perro *mirarse*—, se tiró al agua y mordió a una nena. Por un instante los gritos de la nena nos parecieron

parte de un juego, pero su sangre tiñó rápidamente el agua y todo el mundo corrió en su auxilio mientras Santo salía de la piscina subiendo escalón tras escalón a paso firme, como si acabara de hacer algo justo o necesario. Noté que no se sacudía. Era la primera vez que veía a un perro salir del agua y no sacudirse.

—Vera —le dije en el camino de regreso—, baila, se mira, no se sacude... Este perro está loco. Tenemos que hacer algo.

—Todos los perros muerden a alguien alguna vez —dijo Vera.

Lo amaba.

—No digo que esté loco porque mordió a una nena. Digo que cuando el padre de la nena le pegó una patada Santo ni se movió: no siente. No siente nada, Vera. No tiene miedo. Es desafiante, hace cosas raras.

Vera no dijo nada, siguió manejando en silencio un par de minutos más.

—Está bien —dijo después. Y le echó un rápido vistazo a Santo por el espejo retrovisor: iba sentado como una persona, sobre la cola, con la vista fija en mi nuca. Durante todo el viaje tuve miedo de que me clavara los dientes en el cuello, pero tuve todavía más miedo de enfrentarlo: si estaba loco (y yo estaba convencido de eso), cualquier orden mía, cualquier tono de autoridad con el que me dirigiera a él, cualquier gesto que hiciera para mostrarle quién es el que manda, podía activar un ataque defensivo alucinatorio, en la medida en que ya no había ninguna razón para pensar que distinguía a su amo de la simple carne. Yo mismo haría cualquier cosa —incluso morder— para defenderme si un pedazo de carne me atacara.

Ya en casa Vera le puso la correa y se lo llevó. Tenía lágrimas en los ojos, pero lloraba abiertamente al volver, una hora después. Se tiró boca abajo en la cama. Vi que tenía lastimada la mano derecha y le pregunté qué le había pasado, aunque podía imaginármelo. Entre sollozos me dijo que Santo la había arañado en un intento por aferrarse a ella, resistiéndose a la inyección del veterinario. Lo habían atado con sogas y correas, pero Santo consiguió quitar una pata y ella se la agarró con las manos. En diez segundos ya estaba muerto.

—Fue lo más horrible que vi en mi vida...

—No podíamos hacer otra cosa -le acaricié el pelo.

—Sí —dijo Vera—, podíamos haberlo abandonado en el campo...

—Vera, los perros abandonados no tienen futuro. Y menos todavía si están locos. Lo hubiera pisado un auto, o alguien le hubiera volado la cabeza de un escopetazo...

Más llanto.

Al otro día estábamos solos. Por la tarde Vera empezó a sentirse mejor; hasta entonces no hizo más que permanecer sentada frente a la computadora corrigiendo y escribiendo y corrigiendo. Esa primera noche a solas, ya en la cama, lamenté haberle dicho alguna vez que la demencia de Santo se desató cuando me vio desnudo. Para darme a entender que lo que quería era sexo Vera solía girar suavemente hacia mí y, con los ojos abiertos posándose allá y aquí en zonas neutrales del cuerpo, todas curiosamente ubicadas en la cabeza (la sien, el pómulos, el mentón), cruzaba un brazo

sobre mi pecho y me tomaba un hombro con la mano. Cuando sólo quería dormir el movimiento era el mismo, pero con los ojos cerrados; el brazo ya no cruzaba a la altura de mi pecho sino un poco más abajo y su mano se encogía y descansaba sobre la cama más allá de mí como una araña postnuclear, bañada por la radiación celeste del televisor. Esa noche vimos un documental sobre un actor de cine porno. Era un documental sobre el respeto, en cierta forma; una decena de mujeres que habían trabajado por lo menos una vez con él y que se referían a su miembro alternativamente como «pija» o «herramienta» (oscilando entre la empresa y el *weekend*, por decirlo de alguna manera) y a la que le prodigaban toda clase de calificativos estéticos y morales: «amable», «para nada egoísta» y «siempre firme y bien delineada» fueron las que más nos llamaron la atención. Vera apagó el televisor y giró suavemente hacia mí. Los ojos abiertos, la mirada en mi sien, cruzó un brazo por mi pecho, pero la mano, a punto de tomarme un hombro, de pronto se desvió y fue directamente a mi entrepierna. El mundo entero dormía. Las copas a medio terminar de las que habíamos bebido durante la película un ponche de supermercado transpiraban sobre las mesas de luz. Supe que Vera acababa de recordar mi comentario acerca del «motivo disparador» (una expresión infinitamente superior a «pija» o «herramienta») de la demencia de Santo. Temí que me culpara. Obviamente esa trivialidad, como cualquier otra en la vida de las parejas, podía acabar con nuestra relación si quedaba asociada al sexo. Ni la mejor de las *performances* del «motivo disparador» sería suficiente en adelante para revertir un rechazo de Vera. Fue un instante de temblor interno y de inmovilidad exterior casi total, porque estar con Vera era para mí algo que salpicaba el resto de mis sentimientos y de mis actividades y aspiraciones futuras, como las chorreaduras de agua de un pájaro que acaba de atrapar algo en la superficie de un río y sigue adelante sin detenerse.

Pero Vera por suerte no dijo nada. Después de esa breve vacilación (ahora sé que debida a la flaccidez de mi propio santo más que a la posibilidad de que me achacara la demencia del perro) me besó y acarició hasta ensordecirme.

Al día siguiente metió en una bolsa de residuos la manta del perro, el recipiente de aluminio en el que bebía y comía y un *Diccionario de Sinónimos y Antónimos* de tapa dura completamente masticado —fetiche favorito del perro y objeto de chiste fácil para las visitas—, la anudó con gesto firme, la dejó en la vereda y se sentó en su computadora a trabajar. Yo me levantaba siempre mucho más temprano que Vera, a las siete de la mañana, y a veces antes; ella salía puntualmente de la cama a las nueve y media. Se daba una ducha y, todavía con el pelo mojado, se sentaba a su PC. Esa mañana yo había ido a correr; estaba fumando mucho y sentí que necesitaba una dosis de salud. Corrí entre las 7 am y las 7.09 am y nunca en mi vida volví a hacerlo. Hacía ya dos horas que me había despatarrado en un sillón y seguía agitado, tratando de concentrarme alternativamente en la lectura de las novelas *Crónica de los Wapshot*, de John Cheever, y *El fin del camino*, de John Barth, que me había gustado en mi juventud, cuando Vera empezó a recoger las cosas del perro.

—El mes que viene me voy a España —dijo.

Yo acababa de decidir que el de esa mañana no sería mi último combate contra el cigarrillo y que no quería engañarme peleando toda mi vida contra él —una de esas decisiones serias que causan gracia a los adictos y arrancan exclamaciones admirativas en aquéllos a los que molesta el humo— y aun así la noticia me sorprendió.

—Mi agente organizó una serie de presentaciones de la novela en México y Barcelona...

—¿México?

—¿México? —repitió.

—Dijiste México...

—*Madrid* y Barcelona. Tengo que ir. Es nada más que una semana... —agregó con cierta culpa, como si el sentido del lapsus «México» fuera que, además de ir a la presentación de su libro, iría también «a otra parte», aun sin moverse de Madrid. No me invitó a ir con ella; la idea no parecía siquiera habersele cruzado por la cabeza. Anudó la bolsa de residuos y fue a dejarla en la vereda.

Paseé la vista por la casa hasta que me encontré a mí mismo en el espejo de la pared de enfrente. Estaba sentado en un sillón, con las piernas estiradas sobre una banqueta, y contrastaba fuertemente con el despojamiento y la pulcritud del espacio que se abría a medio metro de mí: tenía un libro abierto sobre las piernas y otro en la mano; sobre el apoyabrazos izquierdo tenía mi celular y el control remoto del equipo de audio, mientras que en el derecho hacían equilibrio un cenicero, un paquete de cigarrillos y un encendedor; del respaldo colgaba la remera que me había quitado un momento atrás; mis zapatillas estaban en el suelo, una de ellas boca abajo y bastante alejada de la otra. Mirándome tuve exactamente la sensación contraria a la que tenía cada vez que miraba trabajar a Vera. Ella se expandía. Aunque no se moviera de su silla durante horas, lo que hacía se publicaba, se emitía, iba a filmarse —*salía, se abría*—, en tanto que mi trabajo me hundía en un sillón, desde donde succionaba o atraía hacia mí las cosas de la casa —lámparas, mesas, muebles pesados— en un desplazamiento imperceptible pero seguro que se aceleraría de pronto para aplastarme y desaparecer conmigo, como en un agujero negro.

Debí bautizarlo «Efecto México».

La febrilidad de Vera cubría el arco completo de cada día, y a veces continuaba en sueños («Necesito dormir un poco», dijo una noche, dormida). Sentada a su escritorio, trabajaba en su nueva novela hasta el mediodía. Sus desayunos eran frugales y heterogéneos: una botella de agua mineral con una mandarina, o un té y un pote de queso líquido con el que untaba tiras de apio no siempre convenientemente frescas. Después salía, almorzaba con otros guionistas, trabajaba con ellos hasta media tarde, se reunía con algún productor o con algún actor o con un editor o con cualquiera con quien pudiera *hacer algo* y volvía al atardecer, tan enérgica como si acabara de despertarse y siempre con alguna propuesta referida a la noche: cenar

afuera, ir a una fiesta, al cine, usar las entradas de teatro que alguien le había regalado, invitar gente, ir de visitas... Hacía seis meses que estábamos juntos —yo conservaba mi departamento de separado, aunque prácticamente vivía con ella en su casa— y nos queríamos de una forma que no me atrevo a llamar ni mágica ni singular: estábamos, uno para el otro, asociados a la felicidad; ante cualquier cosa que me hiciera feliz, yo pensaba en ella. Más de una vez me llamó por teléfono sólo para contarme que estaba divirtiéndose y que le gustaría que yo estuviera allí. No es algo que a uno le pase todos los días. En general la gente llama cuando precisa algo o cuando se siente mal.

Unos días antes de su viaje fuimos juntos a una fiesta que terminó en incendio, en la casa de un cirujano plástico, novio de uno de los guionistas con los que trabajaba yo, en una casa en el centro que parecía transportada (o que parecía transportarte) a las afueras de la ciudad. Llegamos cerca de la medianoche. Vera estaba contenta, se le había ocurrido una nueva historia; su alegría tenía un futuro. Estaba hermosa, relajada, su voz brillaba a la par de sus ojos. La mirada de los que giraron hacia ella cuando entramos se mantuvo unos cuantos segundos más allá de la simple curiosidad. Tenía puesto un vestido negro que daba la impresión de estar vivo y de sentirse tan cómodo con ella como ella con él. Uki, el cirujano —un cuarentón inocuo con un apellido impronunciable que sus pacientes habían reemplazado directamente por su nombre: Dr. Uki—, nos acompañó hasta el jardín, donde estaban las bebidas. Sonaba una especie de *tecno world* desconcertante, como implantado. El césped se extendía unos veinte metros alrededor de un roble centenario. Al fondo, sentada en un banco de piedra, una chica lloraba con la cara entre las manos, flanqueada por un hombre de traje —sentado a su izquierda, con un brazo sobre sus hombros— y por un chico de camisa floreada y sandalias que se mantenía en cuclillas a la derecha, con una mano apoyada en su rodilla. Nadie les llevaba el apunte. Había unas ciento cincuenta personas, divididas en tres categorías. Los profesionales —cirujanos plásticos como el dueño de casa, ricos, bronceados y con ropas cuidadosamente elegidas para la ocasión, en un estilo desenfadado, patéticamente juvenil, con el que pretendían lanzarse una vez más fuera de su mundo— y sus pacientes, desde luego —señoras de ambos sexos que se miraban y se mostraban unas a otras o a los demás, paseándose orgullosas por el jardín como ejemplos de pericia y precisión, a las que sus autores seguían de reojo, como si velaran por abstracciones: la forma adecuada, la función aceptable. Cada vez que Uki me presentaba a un colega suyo, yo me preguntaba al darle la mano cuántos kilos de piel, grasa y siliconas había extraído y colocado en veinte o treinta años de carrera. Entre todos, sumando los liftings, las liposucciones, las abdominoplastias, las prótesis mamarias, las ginecomastias, las lipectomías, las rinoplastias y se llame como se llame a las cirugías de cintura, de glúteos, de párpados, debían haber removido una montaña de materia humana y añadido otra igualmente grande de materia inorgánica feliz. El segundo grupo era menos impresionante pero más reducido, el de las estrellas *públicas*: actores y un par de

tenistas, uno de ellos recientemente suspendido por *dopping*. Un famoso actor de bolos dio una carrerita al vernos, me saludó con la misma mano con la que enseguida tomó de un brazo a Vera y se la llevó con él. Fueron al encuentro de una chica pálida, seria y muy fibrosa, con un vestido mínimo de seda gris y una copa vacía entre los dedos. La chica tenía un hombro apoyado en el roble, pero se apartó para besar en la mejilla a Vera, con una sonrisa de la que hasta un segundo antes parecía incapaz. Entonces, al darme vuelta para aceptar las disculpas de alguien que acababa de chocarme —el mismísimo Uki, que iba a recibir a otra pareja—, veo a Sujatovich llamándome con una mano en alto. Ahí estaba la tercera categoría: los guionistas de TV.

El guionista de una tira diaria es un ser relativamente vivo que se desloma mecanografiando para el *aire*. Si no fuera porque suele forrarse, el carácter intrascendente de su esfuerzo lo haría rabiarse en la misma medida en que la desesperación por lo masivo atrofia su sentido del humor, si es que lo tenía antes de lanzarse a la aventura; el éxito —la composición de la fórmula del éxito, cada vez más conocida y mejor articulada por un puñado de empresas creadoras de la tribu millonaria de adoradores de Lo Mismo— es su única satisfacción aparte del dinero, aunque no se le atribuya a él más que en una muy pequeña dosis (una dosis de palmaditas en la espalda durante un encuentro casual en un pasillo), por lo cual se resiente y, paradójicamente, empieza a creer en lo que hace: fue su calidad la que produjo *esa* cantidad —de espectadores, de segundos publicitarios. Así que ni humor ni rabia y mucha fe. Hay excepciones, por supuesto, y Sujatovich era una. También Vera. Yo había trabajado con Sujatovich unos años atrás y nos conocíamos bastante bien. Pero por desgracia no estaba solo. Con él estaba Trini, mi compañero de trabajo ese año y novio de Uki. Nos detestábamos. Yo no era mejor persona que él, pero al menos podía reírme. Unos meses atrás a un productor del canal se le había ocurrido que Trini y yo, trabajando juntos, haríamos un *gran* programa, y era eso o nada. Dije que nos detestábamos y debo agregar que tanto él como yo estábamos seguros de que el otro no lo sabía. Hasta esa noche.

—¿Cómo anda el artista? —me dijo.

Asentí con la cabeza y le pregunté si no creía que se le estaban cayendo un poco las tetas. Se lo dije con la misma sonrisa «chancera» de siempre, la única que hacía posible el diálogo entre nosotros. Y entonces, sorpresivamente, Trini echó un brazo hacia atrás y lo descargó con todas sus fuerzas en mi nariz. *Sentí* que me la había roto. Mientras retrocedía —trastabillando— supe que me había invitado a la fiesta de su novio sólo para tener la oportunidad de golpearme y puse toda mi atención para evitar que la copa se me cayera de la mano. Fue todo muy rápido, pero tuve tiempo incluso de echar un vistazo al sector del roble en busca de Vera; la chica pálida del vestido gris había presenciado el golpe, sin duda, mirando por encima de un hombro de Vera, que estaba de espaldas a mí, pero no se lo dijo. Nadie más parecía haber notado el incidente, aparte de la chica y de Sujatovich, que dio un largo paso adelante

y me sujetó de un brazo, evitándome caer. Volví junto a Trini.

—No querías convidarme tu cocaína, ¿no? —le dije.

Trini sacó un pañuelo del bolsillo trasero del pantalón y me lo ofreció; parecía alterado. Lo estaba.

—Perdoname, te juro que no sé qué me pasó... —dijo—. ¿Estás bien?

—Estoy mejor.

Sujatovich, que era un conversador inmenso, estaba inmensamente mudo. Miré la mariposa de sangre que había dejado en el pañuelo de Trini y se lo devolví. Tenía la nariz anestesiada. Trini me pidió que lo acompañara al interior de la casa; ahora, por lo visto, sentía que éramos amigos. Nos sentamos en sillones enfrentados en una sala del piso superior. Me dijo que ya no estaba bien con Uki, que Uki era demasiado viejo para él, que él y Uki no salían casi nunca, que Uki prefería quedarse en casa a mirar películas, que a él le «hacía ilusión» una vida con «mayor movilidad» y que Uki —lo dijo por fin— tenía sida. Trini se había hecho un análisis dos semanas atrás; el resultado dio negativo, pero estaba asustado. Le pregunté cuánto hacía que lo sabían. Me dijo que un mes. Lo miré. Ahora que el hombre que lo amaba tenía sida, de pronto era «viejo y aburrido». Le dije que iba a buscar una copa. Caminé por el pasillo hasta la escalera. Desde allí, cuando ya empezaba a bajar, vi que Vera y la chica del vestido gris entraban a la sala de planta baja riéndose y charlando animadamente. Después de buscarlas durante unos minutos las encontré en la biblioteca. La chica sostenía en las manos un libro abierto más grande que su vestido; Vera se inclinaba sobre el libro, rozando el brazo de la chica con el suyo. Me acerqué.

Siempre me llamó la atención la facilidad con que Vera absorbía las sorpresas; esta vez lo que me llamó la atención fue la desfachatez con que la chica subrayó la suya. Si hubiera sido capaz de pulverizarme, lo hubiera hecho.

—Ah —dijo con tono apenado—, el novio...

Antes de que cerrara el libro alcancé a ver la foto de una mujer desnuda —o el desnudo de una mujer— que se estiraba un pezón con dos dedos. Vera me preguntó dónde había estado y, sin esperar mi respuesta, me presentó a la chica. Se llamaba Trixie. Debía tener unos veinticinco años. Incliné la cabeza; ella devolvió el saludo alzando el mentón. Después me dio la espalda y fue a dejar el libro sobre una mesa. Vera giró hacia ella.

—¡Me gustaría que las vea! —le dijo.

Trixie volvió con el libro. Nunca había oído hablar de ella ni de sus fotos, si es que hay alguien que hable de fotos. Era una edición cara, la chica debía tener algo aparte de un nombre; dinero, tal vez. Pasé algunas páginas, demorándome por cortesía unos cuantos segundos más de lo que hubiera querido en cada foto: luz kitsch y poses rebuscadas.

—¿No huelen algo como a... quemado? —dije, y aproveché para cerrar el libro.

—Son buenas, ¿no? —me preguntó Vera.

Le dije que sí. La chica dejó el libro sobre la mesa y volvió junto a nosotros

oliendo el aire. Pero la tensión en las aletas de su nariz, toda su nariz, estaba dirigida a Vera, como en un juego microscópico y sin embargo aparatoso montado sobre mi comentario al cerrar su libro. Vera se sonrió y agachó la cabeza; el gesto no me ofendió por su complicidad sino por su enorme estupidez. Se me heló la sangre. Y entonces se oyó un grito y el ruido de un vidrio que acaba de romperse. Agarré a Vera de un brazo y bajamos la escalera corriendo. La gente se atropellaba al salir del jardín. Algunos, todavía indecisos entre el miedo y la curiosidad, giraban sobre los talones en medio del living buscando con la vista el origen del fuego mientras otros se los llevaban por delante. Como siempre que hay algún peligro, Julián se me cruzó por la cabeza. En ese momento dormía. Diana también dormía. Las dos personas que más me amaban dormían mientras yo me abría paso desesperadamente hacia la salida llevando de la mano a la única mujer del mundo que era capaz de matarme.

Capítulo 5

Vera se había ido por una semana y terminó quedándose tres. Muy pronto (demasiado pronto) sus correos se volvieron extraños, forzados, informativos y llenos de descripciones sin interés, como para cubrir una suerte de «espacio reglamentario amoroso» más que porque tuviera ganas de contarme algo. En ninguno precisó el día y la hora de llegada, así que no fui a buscarla al aeropuerto. Supe que había llegado porque llamó por teléfono a mi departamento para decirme que ya estaba en casa. Fui enseguida. La había extrañado. Entré usando mi copia de las llaves y la encontré sentada en la cama revisando papeles; tenía el pelo mojado y se había puesto un jogging corto de plush azul; su bolso de viaje estaba abierto en el suelo. En el mismo momento en que llegué, sonó el teléfono y ella *atendió*. Entre una palabra suya y otra nos dimos un beso en los labios: hablaba con su madre; de acuerdo con lo que decían ésa era la segunda vez que hablaban. Así que antes de llamarme se había duchado, se había cambiado de ropa y había hablado con su madre.

—¿Cómo estás? —me dijo después, cuando cortó, sin levantarse de la cama.

Me senté a su lado, la abracé y le dije que la había extrañado, algo que ya le había dicho varias veces por correo electrónico, a lo que ella respondió con un desapasionado «yo también». Después metió la cabeza entre mi hombro y mi cuello, *la dejó caer* entre mi cuello y mi hombro, y nos quedamos un momento callados, con los corazones latiendo a distinta velocidad. Tenía muchas ganas de estar con ella, había imaginado que a su regreso yo entraría y al vernos *chocaríamos* y caeríamos besándonos y desnudándonos sobre la cama, o en el suelo, o sobre la mesa. Nada de todo eso. Sin despegar su mejilla de mi hombro me transmitió un resumen informativo del viaje y se separó de mí sólo para mirarme mientras le contaba, respondiendo a una pregunta suya, cómo la había pasado yo. Mi propia voz me sonaba ajena. Me interrumpí.

—¿Pasa algo, Vera?

Vera negó en silencio, con la típica sonrisa cansada de los viajeros que no tienen nada que ocultar. Pedimos un *delivery* de comida china, almorzamos intercambiando frases cortas, y Vera, mientras yo escribía un capítulo del programa, durmió una hora en el sofá y dos más en la cama, entre papeles y ropa revuelta. Después se puso un bikini y salió al jardín a leer el diario al sol. Yo me senté en una silla cerca de ella y la miré. Recostada en una reposera, con el diario abierto a la altura de la cara, mantenía las piernas flexionadas y *abiertas*. Y entonces me di cuenta de que ya no me amaba. No era una mujer pudorosa, más bien todo lo contrario, pero sí muy coqueta, y sumamente vanidosa; una de esas mujeres a las que basta con no ser miradas para resultar heridas y que se han preparado a tal punto para la mirada de los otros que hasta les cambia el cuerpo, de la misma forma en que se agazapa el pecho de un abogado o se ensanchan los muslos de un nadador. Estaba pálida, no se había depilado, jamás se hubiera exhibido de esa forma si me amara; nunca unas piernas me

habían hecho sentir tan solo.

Una hora después, cuando salió para encontrarse con su madre, abrí la libreta en la que apunta las cosas que pueden servirle para su trabajo —frases dichas por otros, esqueletos de argumentos, huesos sueltos de alguna historia, vaguedades prometedoras— y noté que en las hojas correspondientes a la estadía en España no había ninguno de esos dibujos con los que suele entretenerse mientras habla por teléfono o con los que llena sus propias pausas mientras escribe o mientras piensa: caras de mujeres con su misma boca y con sus mismos ojos, una expresión idealizada de sí misma, en la que aumenta el peso de su pelo y hace que desaparezca su nariz. No era un dato significativo, en la medida en que no había ido a escribir ni tenía razones para mantener largas charlas telefónicas con nadie, pero una cosa es imaginar la actividad de alguien durante un viaje —incluso con sus tiempos muertos, sus momentos de cansancio o de tedio, por breves que sean— y otra muy distinta es verla a la luz de un reencuentro helado, una luz de la que se ha esfumado toda calidez.

Me dejé caer en un sillón. De fondo se oían los gritos ahogados de unos jugadores de tenis en el televisor que Vera había prendido un momento antes de irse. No soy más moderno que nadie, pero la verdad es que no me afecta en lo más mínimo la posibilidad o el hecho de que alguien a quien quiero (yo quiero a los que amo) se eche un polvito con un desconocido a la vuelta de la esquina; es, por supuesto, una de esas cosas que no hace ninguna falta decir ni preguntar. El gesto de complicidad con Trixie en la fiesta aplaudía su vulgaridad, volviéndome indigno de sentir lo que sentía; no me hubiera dolido tanto *saber* que se habían acostado. Tal vez lo hicieron, en algún encuentro furtivo anterior al viaje. No importa. Aquella noche vi *a través* de ese gesto a una Vera distinta, capaz de una impiedad tan grande como mi amor por ella; recuerdo que pensé que era una de esas mujeres de las que más vale mantenerse alejado, pero que ya era tarde para mí. Ahora no tenía ninguna duda de que no se trataba sólo de sexo. Y con el mismo altísimo porcentaje de certeza con que un tenista sabe que recibirá la pelota a su revés, supe que iba a sufrir.

Esa noche salimos a tomar un trago y volví a preguntarle qué había pasado. Fui un poco más específico esta vez, pero lo único que conseguí fue que pusiera los ojos en blanco.

Al regresar hicimos el amor sin alegría y sin curiosidad y cada cual durmió en su lado de la cama, como si todas las preguntas ya hubieran sido contestadas y uno culpaba al otro por la falta de intriga. Me lo contó recién al otro día por la tarde. «Había conocido a alguien» y «le pasaba *algo*» con él. Muy bien, me dije, así empieza el verdadero dolor, con algunos datos y un nombre real.

Salí de su casa aturdido. Me veo a mí mismo trastabillando, o invadido por la sensación de que trastabillaría de un momento a otro. Esa tarde Julián iba a actuar en una obra de teatro en el colegio. Paré un taxi.

El colegio de Julián está a cinco cuadras de la que en esa época *fue* mi casa. Mientras en la radio del taxi sonaba un pop latoso me sonreí pensando cuánto me gustaba ir a buscarlo y caminar con él. Eso era algo que siempre tendría; aunque en algún momento él ya no quisiera caminar conmigo, a mí siempre me gustaría caminar con él. Nos hacíamos chistes y nos contábamos cosas y Julián encontraba siempre una forma distinta de provocarme (durante una semana completa intentó hacerme caer trabándome desde atrás con un pie).

Pero éste era un día especial: Julián va a actuar en una obra de teatro. Desde que me mostró el texto, la semana pasada, esperé este momento, porque Julián tiene miedo de hacerlo mal, ya que es nuevo en el colegio: Diana y yo lo cambiamos a comienzos de año y todavía no está lo suficientemente familiarizado para sentirse seguro. Por otra parte, sé que se muere de ganas de mostrarme su actuación.

Cada vez que llego al colegio tengo la impresión de estar entregándole mi hijo a cualquiera. Antes de anotarlo en este colegio, un colegio francés, Diana y yo hicimos una averiguación bastante exhaustiva de los colegios de la zona, leímos y pensamos en sus programas de estudio y en la orientación de cada uno de ellos y consideramos todos los detalles a conciencia. Pero nada resultó lo suficientemente bien. La dueña del colegio es una abogada con una cirugía monstruosa de nariz. El director es un sobreadaptado, un burócrata que sólo se emociona con la tramitación de cosas. Todos hacen un gran esfuerzo por resultar simpáticos. Miro a las madres y a los padres de los compañeritos de Julián y una vez más se me ponen los pelos de punta: son amargos, prepotentes, *adinerados*, incultos, fanfarrones, infelices y exitosos.

Me consuelo pensando que sus hijos todavía no se parecen a ellos, aunque pronto lo harán. Pienso también en la posibilidad de cambiar nuevamente a Julián de colegio. Éste es el segundo colegio en su breve carrera de estudiante. No lo sé, quizá un nuevo colegio sería demasiado. ¿Cómo pudimos equivocarnos así? Ya nos equivocamos antes y una vez más Julián tendrá que pagar el precio. Por el momento lo está haciendo bastante bien. (A veces, mirándolo jugar, solo o con otros chicos, siento una alegría inmensa al notar que es mucho mejor que yo).

Me mantengo todo lo apartado que puedo de los padres de sus amigos, hasta que un alcahuete de las autoridades del colegio golpea las manos invitándonos a pasar al salón donde se ha montado el escenario. Diana no va a poder venir, por cuestiones de trabajo. Julián lo sabe, pero igual está muy contento de que yo esté ahí. Esa mañana, mientras íbamos camino al colegio, noté por primera vez una cierta falta de armonía, o de fluidez, en el trato, y entendí que eso tiene que ver con el hecho impecablemente espantoso de que hace ya bastante tiempo que no vivo con él: la pérdida de lo cotidiano se traduce en una suerte de ansiedad general asordinada en la que, buscando recuperar el tiempo que no pasamos juntos, nos hundimos.

Los padres ocupan sus asientos ruidosamente. El escenario está a oscuras. A un lado y a otro hay grupos de pequeños actores en sombras. De un momento a otro se encenderá la luz y yo podré distinguir a Julián. Él me buscará con la vista hasta

encontrarme. Me saludará con la mano. Y para estar seguro de que lo he visto, esperará a que le devuelva el saludo. Eso lo hará sentir un poco más tranquilo. Si pude irme de su casa, ¿por qué no podría irme del colegio?

Me encantaba dormirlo. Lo primero que hacía cada mañana al despertarme era ir a verlo. Muchas veces almuerzo y ceno en restaurantes y los ojos se me llenan de lágrimas pensando cuánto me gustaría comer con él, o cocinarle. Me pasa lo mismo cuando veo en televisión algún dibujito o algún programa que le gustaría ver conmigo, y a mí con él. Desde que Diana y yo nos separamos casi no he comido dos días seguidos a la misma hora. Cada anochecer pienso si ya se habrá bañado, si se habrá puesto el pijama y si no le hará demasiada falta que yo esté allí.

Estoy acá.

Julían me ve, levanta la mano y me saluda. Estoy acá. Aun así, seguirá buscándome con la vista de tanto en tanto. Y en algún momento caminará hasta el centro del escenario y dirá una frase que me hará llorar.

En ese momento se oyó un trueno y me vino a la memoria la primera noche sin Diana. Había salido a caminar, no era tarde pero en la calle había poco movimiento y la oscuridad parecía de otra hora. Quince o veinte minutos después pasé por un club de barrio que era mitad restaurante y mitad salón de baile. Tenía hambre y entré. En ese momento en el salón de baile había un grupo de seis personas, cuatro varones y dos mujeres, de mediana edad, reunidos alrededor de nada, es decir sentados en círculo, todos con hojas o cuadernos en las manos. Ocupé una de las mesas que avanzaban sobre el salón de baile, en parte para evitar el bullicio a pleno del restaurante y en parte porque esperaba que de un momento a otro el grupo se fracturara (en parejas) y se pusieran a bailar: calculé que la música iba a molestarme menos que el televisor y el griterío del restaurante. Enseguida me di cuenta de que no eran bailarines sino poetas y que en las hojas y en los cuadernos no habían trazado coreografías sino versos. Discutían. Antes de que el mozo viniera a atenderme ya habían citado a todo el gran merengue de la literatura latinoamericana, con Neruda y Benedetti a la cabeza. Sobre qué discutían, eso no estaba claro. Por momentos daban la impresión de discutir el poema de uno de ellos y por momentos parecían abalanzarse sobre el autor, un hombre de camisa roja. Tenía las mismas cejas de Frida Kahlo y el mismo vientre de Diego Rivera, pero no los anteojos de Trotsky. Este veía muy bien. Mientras los demás lo desollaban mantenía la vista en un punto a lo lejos. La espalda rígida, el mentón en alto. Miré hacia donde miraba y vi a uno de los mozos del restaurante, un hombrecito menudo, grisáceo, semicalvo, que sostenía la bandeja entre las piernas y se palpaba el cuerpo con las manos buscando algo. Lo buscaba con desesperación. Pensé que había perdido la billetera. Finalmente sacó algo de una media: no sé qué era, era un papelito, lo miró, volvió a guardarlo (en la misma media) y regresó aliviado al restaurante. El poeta siguió mirando hacia allá a pesar de que la escena que le servía de excusa, la excusa que sostenía la dignidad indiferente de su postura, había concluido: ahora no quedaba más que la pared, un

fondo vacío sobre el que los otros lo increpaban, y lo increpaban fuerte, con argumentos, sin pericia pero con celo, con impaciencia de maestro, en una cascada de tonos de entre casa que se montaban a sí mismos para salir a provocar. Hasta que se oyó un trueno y la luz del salón pasó del blanco al amarillo. Hubo un segundo trueno y un tercer trueno y un décimo trueno y en ningún momento llovió. Apenas si una brisa ligera hizo golpear una persiana a lo lejos. Los poetas se miraron como si nunca hubieran oído truenos como éstos. Corrió un aire de realismo mágico que ponía la piel de gallina, pero los reparos al poema se agotaron después que los truenos. Entonces el poeta de la camisa roja dijo con voz tranquila: «¿Qué tal si vamos a comer?», y se levantó sin levantarse: hizo un movimiento con la cabeza, cambió la respiración, aflojó la espalda y en la suma de esos gestos dio la impresión de haberse levantado, de haberse ido y olvidado de todo, pero no se movió de allí mientras que los demás se pusieron de pie y abandonaron ruidosamente el salón.

Recuerdo el dolor de ese día como si fuera el dolor de todo un año, y al mismo tiempo sin ninguna distancia. Entré y salí de casa muchas veces; caminé como un poseído, rogando que el día termine de una vez por todas. Cada vez que entré hice un intento por escribir. No escribí nunca nada. Por fin, a medianoche, dormí dos horas. Había un silencio mortal, en sueños y también al despertarme.

Miré hacia afuera. Las seis ventanas del edificio de enfrente estaban a oscuras. Sobre una de ellas había un cartel de venta. El árbol al otro lado de la calle tenía la mitad de las hojas verdes y la otra mitad amarillas. Una hoja verde, una hoja amarilla. Apenas abrieron los negocios compré frutas y pasé la mañana comiendo bananas y manzanas y mirando a la gente que pasaba por la vereda de enfrente, o doblado sobre mí mismo. Fui a la primera función de cine y vi una película de Gus Van Sant. No leí, no pensé en leer; me llama la atención hasta qué punto la lectura dejó de ser un consuelo. Nunca lo fue, por otra parte. ¿Qué pasó? ¿Cómo es posible que...? Era fuerte y de pronto era débil, era feliz y de pronto era desdichado, estaba lleno de ideas y de pronto no tenía ninguna. ¿Hasta qué punto Vera lo era todo para mí? Me dije que «si resisto y no abandono voy a ganar la fuerza de dos hombres», pero no me lo creí. Quizá, si resistía y no abandonaba, iba a sufrir con la fuerza de dos hombres. ¿Qué es resistir, por otra parte? ¿Resistir el dolor? ¿Y cómo puede *no* resistirse el dolor? Eso es lo que hacemos todos.

Me arrastré por el living como un gusano, como un hombre lógico al que acaban de prohibirle que se sienta en las estrellas. Hasta que el vecino del departamento de enfrente golpeó mi puerta; un hombre menudo, con mucho pelo y aspecto de calvo.

—Hola... Mire, mi señora y yo estamos comiendo con los chicos y... no sé si me entiende —me dijo en un tono que pretendía ser amistoso sin perder severidad y mirándome de arriba abajo como si lo sorprendiera encontrarme vestido.

Entendí.

—No estoy cogiendo, estoy llorando —le dije—. Pero está bien, voy a tratar de no gritar.

El hombrecito vaciló y yo cerré la puerta, la cerré muy despacio; me había parecido mucho más pequeño ahora que cuando le abrí, cinco segundos atrás, y tuve miedo de que un golpe demasiado fuerte de la puerta, e incluso un golpe normal, pudiera expulsado por el aire hasta su casa.

Que confundiera mis aullidos con jadeos me hizo sentir mejor. Yo también había confundido los «te amo» de Vera con la verdad. El problema es que coincidían, coincidían *conmigo*. Y en ese sentido *eran* la verdad. A menos que Vera haya sentido que *mi* Vera, la que yo amaría, era o sería ésa. Después de todo es una de las operaciones del amor: hacer coincidir la propia imagen con la imagen de uno que creemos que ama el otro.

Enseguida lo descarté. Pero ¿cómo era posible que hubiera sido tan brutal conmigo? Haciéndome esa pregunta tuve la sensación de estar al lado del chico que fui a la edad que ahora tenía mi hijo. El chico que fui me aprueba a pesar de que yo me compadezco de él, como si el adulto que soy hubiera estado a su lado desde siempre y le hubiera prometido algo que finalmente no cumplí, ser feliz.

Eso era algo que no podía descartar. Y entonces, de pronto, supe —no cuándo ni cómo, pero lo supe— que iba a volver. Vera iba a volver.

Capítulo 6

Trini (en realidad se llamaba Gustavo Adolfo Bécquer —poeta que su padre admiraba sin necesidad, ya que no descendía de él— y a quien su madre, horrorizada por la elección del nombre, rebautizó Trini, haciéndolo puto) había dejado al Dr. Uki —que ahora además de sidoso, viejo y aburrido, tenía la mitad de la casa quemada— y había empezado a salir con un escultor maldito de baja estatura, de hombros anchos, de apellido Nudler, que hacía dragones con rezago metálico industrial. Lo vi fugazmente cuando llegué a la casa de Trini para armar la estructura de los próximos capítulos del programa; él se iba y en el vistazo radiográfico que me echó al cruzarnos en la puerta hubo una advertencia cargada de desprecio, por mí, por Trini y hasta por él mismo: «Mientras encuentro algo mejor, a esta loca me lo cojo yo, ¿está claro?». Tenía las manos quemadas por la soldadura y la marca blanca de las antiparras abarcaba la mitad de su cara, pero Trini parecía entusiasmado. Nudler le había dejado en medio del living un dragón de hierro y chapa y alambres retorcidos, de más de un metro de alto por dos de largo.

—¿No te encanta? —me preguntó.

—Sí... Me llama la atención que haga dragones, porque un dragón sin fuego... ¿no? ¿No sería mejor que hiciera dinosaurios?

—¡Bah! —dijo él, y ya dejó su vaso de tónica sobre el lomo de la escultura.

Noté que tenía rota un ala.

—Fueron los tarados del flete —dijo Trini—. Uno de los tipos que la traía se clavó un alambre en la mano y la soltó. Marcos (Nudler) estaba tan rabioso que me dio miedo. Te juro que nunca nadie en la vida me cogió así.

Trabajamos un par de horas. Después fui con Julián a ver *King Kong*, lo llevé a su casa, crucé algunas palabras con la mucama, cené en un restaurante del centro, volví al departamento, abrí las persianas, me paseé allá y aquí —deteniéndome de tanto en tanto para apoyar la punta de los dedos sobre la mesa, como si estuviera muy cansado y al mismo tiempo fuera muy liviano y me bastara con apoyar los dedos para sostenerme—, salí, compré una botella de vodka, volví, tomé un vaso con hielo, salí de nuevo, caminé, entré a un bar, tomé otro vodka, volví a casa, miré televisión, me di una ducha, cerré las persianas, leí media página de *La voz humana* de Cocteau, puse un disco, me tiré en la cama a esperar que amaneciera. Amaneció. Me levanté, abrí la persiana, me quedé un momento allí parado, desnudo, mirando hacia afuera. Tenía lágrimas hasta en los dedos de los pies.

¿Y cómo era él? Vera me había dicho que era CEO de alguna empresa. Dios mío, Vera enamorada de un CEO... Probablemente ese «amor» no fuera más que una desviación del optimismo, pero lo cierto es que allá estaba el CEO (Centro de Extracción de Ovarios) relamiéndose en el recuerdo de los días y las noches que pasó con ella y esperando a que regrese.

Vera y yo nos habíamos conocido de golpe, así que yo no tenía referencias sobre

la clase de hombres que le gustaban, aparte de mí mismo —si es que le gustaba una «clase de hombre»— pero había visto unas fotos de uno de sus novios anteriores, me había hablado un poco sobre él, en alguna ocasión nos habíamos cruzado con otro, y decididamente yo no encajaba en el «perfil».

Eran feos y serios; una fealdad que no tenía que ver con un revés al canon occidental de la belleza masculina sino con las reglas manuscritas de la tontería barrial, y serios en el sentido en que daban la impresión de pasarse las tardes escuchando a Tchaikovsky, tomando mate y pensando, además de mostrar que es gente que *sabe* divertirse. Me daba mucho trabajo imaginar a Vera en los brazos de tipos como éstos, previsibles, portadores de una irreverencia sensata, de una inteligencia inflamada, progresistas, por supuesto, y relativamente jóvenes (medio punto a favor), a menos que, por razones que se me escapan, haya sentido el impulso de clavar la banderita en un mundo ajeno. No podía entenderla, me desconcertaba. Un CEO había conseguido que la perdiera. Las mujeres de una tribu de Katmandú tienen la capacidad de seguir mentalmente las evoluciones de sus hombres cada vez que se internan en las peligrosas montañas selváticas en busca de alimentos; a veces, en la aldea, de pronto una mujer rompe en llanto; días después, cuando los cazadores regresan, su hombre no está entre ellos. Así la seguía yo; y de un día para el otro la perdí, ya no supe dónde estaba. «Fea sensación», como dijo Trini aquella noche en la fiesta antes de contarme que era un cobarde.

Yo también lo era. Se lo había dado todo, menos lo que me pedía. No terminaba de instalarme en su casa, por ejemplo, jamás hacía planes para nosotros más allá del día siguiente, y (creo que es una buena causa) dejé deslizar una tarde mi negativa a tener un hijo con ella, aunque alguna vez había dicho que sí; un hijo que no nacerá se impone a un hijo que no nació. Sin dudas, el Centro de Extracción de Ovarios le había prometido una tribu de niños rubios y ruidosos. Hay más: a Vera —como a Diana— le encanta visitar otros países y yo detesto los aviones. ¿Nunca viajaría con ella? Hum, sólo hasta donde se pueda ir en auto. Más: a Vera le gusta encontrarse con amigos, salir con gente, ir a fiestas, y yo prefiero estar solo. Más: Vera —aunque no tanto como Diana— no le tiene miedo a nada y yo le tengo miedo a todo, desde el dolor hasta la velocidad y desde el mar hasta la locura. Así que en los últimos meses flotaba en el aire la idea de que «no íbamos a llegar a ninguna parte» (los hijos ya no son seres que se traen sino sitios a los que *se llega*, como a las pirámides de Egipto) o que «lo nuestro no iba a dar frutos» (una casa, una cuenta bancaria común), que son las cosas que la inmensa mayoría quiere, o busca, o pretende (aun los mejores de nuestra especie, en general después de un baño). ¿Qué es la experiencia, qué es una idea, qué son la energía y el saber y el crecimiento y la contemplación al lado de ese viaje hacia las cosas, qué es el futuro si en el presente no hay *algo* donde apoyarlo? ¿Qué le daba yo? Mi curiosidad por ella, mi curiosidad por lo que Vera hacía a cada momento era enorme; me había sumergido en ella —pude haberla hecho rebalsar de sí misma con un poco más de oxígeno—, pero no en *nuestra* relación, y veía —y oía,

aunque distorsionada, como una voz ilógica—los objetos de su interés, la corriente de sus deseos, que me incluían y que no eran posibles sin mí.

Demasiado lejos en ella para darle lo que pedía, demasiado profundo en ella para traer en las manos algo real.

—Tiene razón Osho: los monos hicieron muchísimo más que nosotros —dijo el Gerente de Programación abriendo los brazos sobre la mesa de reuniones para abarcarnos a todos, Trini, yo y los tres dialoguistas—, los monos inventaron al hombre. ¿Y qué hicimos nosotros? ¡Televisión!

Fue lo último que oí. Cuando abrí de nuevo los ojos estaba tendido en el suelo. Una secretaria me tomaba el pulso. Los dialoguistas se habían apelonado en un rincón; eran los que menos ganaban y los que más trabajaban, los que tenían menos responsabilidades y los que más fácilmente podían ser reemplazados. Sentí una pena injustificada y enorme por ellos, que no tenían ni voz ni voto y que dependían hasta de mi salud. Trini estaba de rodillas a mi lado; me palmeaba una mejilla con la mano perfumada.

—¿Qué pasa con el médico, viene o no viene? —le decía el Gerente de Programación a alguien que no alcancé a ver.

—No hace falta, necesito dormir, estoy bien...

—No hables —me dijo Trini. Era de los que creían que las palabras nos empujan hacia la muerte.

Retiré la muñeca que la secretaria sostenía en su garrita antes de que terminara de contar mis pulsaciones —podría haber contado durante quince segundos y multiplicar el resultado por cuatro, pero era secretaria del gerente de un arte lineal—, me apoyé en un codo y conseguí sentarme. La cabeza me daba vueltas, pero empezaba a detenerse. Dije:

—Osho...

—No hables, no hables.

—¿...dice algo sobre el desmayo?

Los dialoguistas bajaron la vista con ganas de reírse. Yo no era mucho más valiente que ellos, pero sí consciente de que el desmayo suponía un exceso de trabajo y dedicación y que eso me daba un cierto margen de impunidad. Por otra parte el Gerente de Programación me apreciaba, no sé por qué. Creo que se divertía conmigo casi tanto como yo con él. Era uno de los tipos más ignorantes y despreocupados que había conocido en mi vida (una especie de Ozzy Osbourne calvo), pero me hacía reír como nadie con su humor rancio y su agudeza para captar y satisfacer la ansiedad del «público». Claro que nunca hasta ahora me había metido con Osho, su nueva religión. Me dio el libro.

—Tomá, llévatelo.

Era *El libro del niño*.

—¿Acá es donde habla de los monos? —le pregunté sorprendido.

—Leelo y después hablamos.

—¿Habla de televisión? —insistí.

—No, lo de la tele lo digo yo.

—¿De quién es lo de la tele? —repetí.

—Mío —maulló él y giró hacia la secretaria—: ¿Adónde llamaste un médico, a la China?

Increíblemente el médico que entró era chino. Diagnóstico: agotamiento, baja de presión. Remedio: Efortil, reposo. Quince minutos después, cuando sentí que era capaz de avanzar en línea recta, subí al taxi que me habían pedido y me fui a casa. El Gerente de Programación liberó a Trini para que me acompañara y se encerró con los dialoguistas.

—¿La llamo a Vera? —me dijo Trini.

—Vera me dejó.

—¡¿Cómo?!

—¿Por qué te alarma? Vos dejaste a un hombre enfermo de verdad.

—Te juro que siempre pensé que eran el uno para el otro... No caigo.

Le impedí subir a casa. El idiota había empezado a sentirse culpable por el golpe que me dio en la fiesta de Uki. «Te debo un golpe», me dijo. Le aseguré que nunca se lo iba a cobrar. Me sonrió como si no perdiera las esperanzas y, mientras yo cerraba la puerta de entrada al edificio, me saludó con una mano y con la otra atendió un llamado: el dragón, tal vez. O el mismísimo escultor.

Y entonces, de pronto, no pasó nada. Supongo que floté en el tiempo (ni más ni menos que unas seis o siete horas), sentado en un sillón, con la mirada perdida en un punto en el aire, hasta que la voz de un hombre que le gritaba a alguien en el edificio de enfrente me sacó del trance. Eran las once de la noche. Recalenté las sobras del almuerzo, tragué y me tiré en la cama. Hacía tres o cuatro días que no dormía. A la medianoche volví a prender la luz y miré dibujitos animados hasta que se me cayeron los párpados; cuando me desperté era la una de la mañana. Había dormido diez minutos. Estaba furioso. Me levanté y tomé un vaso entero de vodka sin hielo y me arrojé a mí mismo en la cama como si me arrojara otro, e incluso oponiéndome una cierta resistencia. A las cuatro de la mañana ya no pude más: me vestí, salí del departamento y caminé a paso rápido, casi corriendo, hasta la casa de Vera, a diez cuadras de allí.

No usé mi copia de las llaves, que llevaba conmigo; toqué timbre hasta que la mirilla se iluminó. Un momento antes de que eso sucediera, un momento antes de ese alivio, recordé una frase de Arguedas que había leído treinta años atrás por primera y única vez y que había sepultado y olvidado: «El sol pinta al pie de la puerta su renglón de oro». Me dije que tenía que contárselo a Vera, que le causaría gracia; pero cuando abrió la puerta lo único que hice fue dejarme ir sobre su cuerpo, con los brazos caídos. Me abrazó.

—Necesito dormir —le dije—. Por favor, Vera, necesito dormir...

Me sentó en la cama. En la oscuridad del cuarto me desvistió, me acostó y me tapó, haciendo una cosa después de la otra, suave, cuidadosamente, en silencio, como si pudiera espantarme o disolverme. La secuencia de la dulzura de su poder sobre mí... Cuando apoyó una mano en mi pecho, me tumbé sobre la espalda. Cuando metió una mano por debajo de mis piernas para retirar la sábana y cubrirme, las alcé. Así me manejaba, con pequeños toques. Cuando despegó los labios para decir algo, abrí los ojos. Era hermosa; no era mía pero era hermosa y yo era suyo, aun como un espectro, aun como un reflejo de mí mismo.

Apoyó una mano en mi frente y sentí que toda la tensión desaparecía, que la angustia se evaporaba. Después se acostó a mi lado y me abrazó. Entonces volví a tener un cuerpo, a ser un hombre. «Tranquilo», dijo, acariciándome. Y nunca en mi vida, hasta ese momento, estuve tan tranquilo.

En la expresión de Diana al abrirme la puerta cuando iba a buscar a Julián había siempre una combinación de fastidio y melancolía; cuando lo traía de regreso seguía habiendo melancolía, pero ahora muy por detrás de la felicidad de tener a Julián de nuevo con ella. Nunca me invitaba a entrar. Esa tarde hizo varias de las cosas que no hacía nunca: me miró, me apoyó una mano en un brazo —un roce, apenas—, me preguntó si me sentía bien —le dije que estaba un poco cansado— y me invitó a pasar.

—¡Julián, llegó papá! —gritó hacia el cuarto de Julián, en el piso superior.

—¡Hola, papá! —la vocecita de Julián zigzagueó desde la silla frente a la computadora en la que jugaba, retrocedió hasta la puerta del cuarto, dobló en U y bajó la escalera sin perder una pizca de intensidad, más bien ganándola, pero él no apareció hasta un buen rato después. Me dejé caer en uno de los dos sillones junto a la ventana —mi sillón, en el que había leído cada mañana al despertarme, y a veces también de noche; era una buena elección: a primeras horas del día había allí más luz que en cualquier otra parte del living, y a la izquierda una lámpara de pie con pantalla blanca— mientras Diana iba a hacer café. Hizo té.

En la mesa ratona había una fortaleza del tamaño de un cajón de manzanas custodiada por un ejército de personajes de todas las especies, calidades, valores y tamaños, desde héroes anónimos y rígidos y extraterrestres del universo de las golosinas hasta humanoides articulados y estrellas de la industria cinematográfica o literaria, estos últimos con luces y voz. Despejé un sector de la mesa, Diana apoyó la bandeja y me alcanzó una taza de té. Después se sentó en el sillón de al lado.

—¿Entonces? —me preguntó.

Solía hacer eso, *seguir* una conversación interrumpida que nunca había tenido lugar. A mí me había parecido siempre un signo de timidez, enmascarado de confianza y naturalidad. Le dije que estaba durmiendo mal y me preguntó por qué; no

supe qué responder, no encontré ninguna causa más allá de la verdad.

—¿Mucho trabajo?

—Lo de siempre —me encogí de hombros y eso fue suficiente, pero *no* para que Diana se olvidara del asunto sino para que ya no le quedara ninguna duda de que algo malo me pasaba. Desvió la vista, la posó por un instante en el suelo entre sus pies, volvió a mirarme y me preguntó si había algo que ella pudiera hacer. Le sonreí, mirándola en silencio. Eso pareció tensarla; nos conocíamos tan bien que éramos capaces de malinterpretar cualquier gesto, por mínimo que fuera. Que nuestras miradas se encontraran en esa especie de cima helada en que se había convertido nuestra relación y se sostuvieran un segundo más de lo estrictamente necesario podía ocasionar una avalancha de emociones de toda clase, aunque ni un solo cristal de hielo llegara a la boca de ninguno de los dos; ni siquiera hacía falta, por otra parte. En general nadie decía nada. Si alguno de los dos hablaba, era Diana. Había sufrido nuestra separación más que yo, la había padecido, no había podido olvidar y no había tenido la suerte de enamorarse de otro. Yo sabía que ella quería que volviera, aunque hacía ya mucho tiempo que había dejado de pedírmelo. Desvió la vista.

—Anoche robaron en la casa de mis viejos, fue un robo tan ingenioso que da vergüenza contarlo —dijo de un tirón.

—¿Anoche?

—Entre las nueve y las once, más o menos. Ellos salieron a las ocho y media y volvieron un poco antes de las doce.

Le pregunté por qué decía que había sido «ingenioso», pero en el fondo pensaba que a esa hora, entre las nueve y las once, yo estaba retorciéndome de dolor a diez kilómetros de allí, a diez planetas de distancia de las cosas de valor en la casa de sus padres.

—A la mañana les robaron el auto. Al mediodía lo llamaron a papá por teléfono para decirle que el auto estaba estacionado en una calle en San Telmo. El tipo le dijo que tuvo que robarle el auto por un asunto personal, que lo lamentaba mucho, y que a modo de disculpas les había dejado a él y a mamá dos entradas para que fueran esa noche a ver *Chicago*. Papá fue a buscar el auto y sí, en el asiento, en un sobre, estaban las entradas... y fueron a ver *Chicago*. Dos horas o más de tranquilidad total para que los ladrones desvalijaran la casa.

—¡Gané el quinto nivel! —gritó de pronto Julián apretando los puños en un gesto triunfal, con el pelo revuelto y los ojos como platos, vestido nada más que con un calzoncillo, en lo alto de la escalera—. ¡El quinto nivel, papi, gané el quinto nivel! —repitió lanzándose escaleras abajo.

Se tiró en mis brazos, lo felicité; el juego tenía cinco niveles y había ganado el último. Entonces, durante unos segundos, su excitación pareció disolverse, como si no pudiera creerlo.

—¿Qué les robaron?

—Plata no había. Se llevaron la video, el microondas, el televisor, el equipo de

música, la computadora, esas cosas. Ahora mis viejos están como en la Edad Media.

Apoyé mi boca en la cabeza de Julián, un largo beso inmóvil. Diana nos miraba como a una parte del paisaje de su vida.

Hacía mucho tiempo que no entraba a la casa, una casa que habíamos comprado después de años de ahorro y en la que estábamos seguros de que íbamos a vivir mucho mejor de lo que habíamos vivido hasta entonces. El ahorro es como el brazo armado de la ilusión, pero a la ilusión no hay cifra que la contenga. Al llegar o al irme, es decir cuando Julián salía y me abrazaba para venir conmigo o después de un beso de despedida, cuando la puerta de entrada se cerraba detrás de él, lo único que había, para Diana y para mí, era tristeza, una sensación de estafa masiva apoyada en la certeza de que un hijo es la mitad del destino de cada uno de sus padres, y en el desconcierto de que ninguno de los dos sepa si es posible la otra mitad.

De todas formas, en las semanas siguientes Vera me llamaba por teléfono, solía darse una vuelta por mi departamento, de tanto en tanto cocinaba y me invitaba a comer, y en esas ocasiones había siempre algún escaqueo de tipo sexual, pero yo tenía la impresión de que a pesar de todo le daba trabajo, o culpa, estar conmigo, un cierto pudor incomprensible en ella, como si ahora lo estuviera engañando al otro, y es más: como si quisiera hacerlo, pero tuviera miedo de estrellarse de pronto contra mí — podría haber traicionado a un ejército de amantes sin conseguir que la menospreciara por eso. Yo, por supuesto, no le había perdonado su historia con el Centro de Extracción de Ovarios; la quería, no había forma de perdonarla. Más bien me perdoné a mí mismo — me absolví por mis indecisiones, mi trabajo, mis desacuerdos, mi edad, mis aspiraciones, mi nerviosismo, mi ironía, mi angustia, mi concentración, mis miedos, mi debilidad— y emprendí la reconquista, llevando todos mis defectos al triunfo. Mi virtud: era un buen lector. Y ella escribía. Una tarde me pidió que leyera el primer capítulo de la novela en la que trabajaba; lo imprimió, me puso un lápiz en la mano y se sentó a mi lado. Era una oportunidad única. Me zambullí en el texto, me hundí en él con la desesperación de un testigo encadenado al que un grupo de mafiosos arroja al río desde un yate, y fui diciéndole lo que opinaba a medida que leía (sin usar el lápiz). Cuando llegué al final Vera se levantó y sin decir palabra salió al jardín. La seguí. Pensé que había dicho algo que la había ofendido. De hecho busqué ofenderla en una ocasión, metiendo mano en un párrafo como si el párrafo fuera un guante en el que ninguna mano podía entrar sin deformarlo o romperlo. Así que me senté frente a ella en la punta de una silla y esperé a que me devolviera el golpe. Un momento después Vera levantó la vista y me preguntó si me había gustado. Le dije que sí. Acto seguido, me pidió que la perdonara. Hubo una pausa. Yo no dije ni que sí ni que no y ella dio un paso adelante, se sentó a mi lado, me abrazó con uno de esos abrazos que son más que nada la forma que tienen las mujeres de abrazarse a sí mismas (o una forma de resultar abrazadas aunque el otro no mueva un dedo, en

realidad), y se puso a llorar.

Al día siguiente me instalé en su casa.

Así como dije antes que mi hijo es la mitad de mi destino, la otra mitad es no escribir. Sinceramente: no recuerdo qué quería a los treinta años, ni a los ocho, ni a los veinte, ni a los doce, más allá de ser astronauta y ser promiscuo, dos «ocupaciones» que basta juntar en una misma frase para *ver* lo difícil que es satisfacer cualquier deseo, o al menos los deseos claros. Más allá del astronauta promiscuo reconozco sin embargo un deseo sostenido a lo largo del tiempo: escribir; lo llamo deseo porque no escribo, o porque no escribí (o porque supone la posibilidad de escribir). A los once años puse una cucaracha en un vaso con agua, cubrí el vaso con cinta adhesiva y lo metí en el congelador; esa noche soñé que la descongelaba y que la cucaracha me insultaba, furiosa. Al día siguiente escribí dos páginas manuscritas, sin tachaduras, contando la historia de una cucaracha que se convierte en hombre. Corrí a leérsela a mis padres. Estaban en la parte de atrás de la casa; habían invitado gente a un asado y mi padre prendía el fuego mientras mi madre ponía la mesa. Yo estaba tan excitado que empecé a leer de pronto, sin darles tiempo a preguntar de qué se trataba. Mi padre giró hacia mí con una pelota de papel de diario en la mano, mi madre apoyó los platos en la mesa y fue dejándose caer lentamente sobre una silla. Había leído la mitad de la primera página cuando llegaron los invitados, un hombre delgadísimo y aun así de nariz redonda, su esposa (no recuerdo más que una blusa verde que brillaba al moverse) y su hija Nadia, dos años mayor que yo. Me encantaba y ella lo sabía y, con su mirada silenciosa, su mirada de puntos suspensivos, desplegaba ante mí su única habilidad: un aire de invitarte a completar lo que no ha dicho. Después de unos rápidos saludos, el padre de Nadia, un curioso, insistió para que volviera a empezar. Me resistí hasta donde pude, es decir una sola vez. Después leí el cuento, de pie en el mismo lugar al que me había llevado el entusiasmo inicial, con voz firme, hasta la última palabra.

—Un pequeño predador —dijo entonces el padre de Nadia achinando los ojos y dándome un golpecito en la espalda.

Nadia miró a su padre y bajó la vista, sonriéndose. En esa época yo no conocía *La metamorfosis*. Le pedí a mi madre que me lo comprara, y sólo después de leerlo comprendí hasta qué punto había hecho el ridículo, invirtiendo una historia célebre. Lo más probable es que Nadia tampoco hubiera leído a Kafka, pero la sonrisa cómplice que le dirigió a su padre cuando éste hizo ese comentario —conocedora de sus tonos, más que de sus lecturas— fue la misma que años después le haría Vera a la chica del vestido gris. Para mí fue humillante y, después de leer el relato «original», demoledor. Cuando uno empieza a escribir, lo único que tiene es una historia. En ese sentido, escribir una historia es ya *escribir*. ¿Cuál es el proceso que hace que la materia se vuelva consciente? Nadie lo sabe, la biofísica todavía no encontró la respuesta; como buen neófito me doy una explicación suficiente: *la práctica*. Una constelación de partículas danzantes en una situación repetida no puede escapar a su

destino; la conciencia es el destino de la práctica. Con la escritura sucede exactamente lo mismo. Pero yo recién empezaba, era el comienzo de un comienzo, y ya había sido descubierto y delatado. El padre de Nadia murió ese mismo mes. Me alegré. Años después, a los diecisiete o dieciocho, escribí una serie de poemas políticos, tardíamente influido por una literatura que también había encontrado su destino —evaporarse— y que llamábamos «comprometida». El fantasma de estar poniendo al revés algo ajeno echó sobre mis poemas la sombra de un humor involuntario que mis compañeros de entonces no dudaron en calificar de fascista: los obreros, en lugar de caer de los andamios, volaban hacia allí, por ejemplo. No volví a intentarlo. Pero leía como un escritor, como un escritor joven, menos atento a la trama que al ritmo y buceando en la oscuridad por entre los pilares sumergidos de la construcción; desde que puede decirse de mí que soy un «hombre adulto» he vuelto a interesarme casi únicamente por la trama.

Todo el mundo quisiera publicar un libro («tener» un libro), pero nadie quiere tomarse el trabajo de escribirlo. Cualquiera a quien uno pregunte si le gustaría tener un libro —taxista, futbolista, *lobbyista*, modelo, ginecólogo, barman, psiquiatra, locutor, agente inmobiliario o estrella del mundo del espectáculo o de las finanzas— dirá siempre que sí, con el mismo convencimiento con que dirá que sí en caso de que uno pregunte si le gustaría ser bello o rico. Un libro es algo *importante* (trascendente: talar un árbol para escribir un libro que leerá tu hijo, o la competencia). Disciplina y entusiasmo son las dos palabras que en cambio definen la práctica de las dos escritoras más importantes para mí, y no precisamente como escritoras: Diana y Vera. Diana empezó a escribir cuando quedó embarazada de Julián, al principio como un juego, después disciplinadamente; publicó tres *nouvelles* para chicos de entre diez y doce años, y seis libros de cuentos para chicos de entre cinco y siete. Sabe lo que hace, su prosa tiene gracia y las historias son simples y envolventes; no usa diminutivos. Vera es como una aspiradora con un radar hipersensible que detecta y succiona materiales de las procedencias más diversas y los articula en textos ágiles y milagrosamente compactos. Nunca hablábamos de literatura, pero ahí estaba ella *haciéndola* mientras yo me limitaba a tipear guiones televisivos; sentados cada cual a su computadora, a tres o cuatro metros de distancia uno del otro, su entusiasmo contrastaba tan fuertemente con mi apatía como una chispa con un maní. Mantenía la espalda rígida, la vista fija en la pantalla, en las pausas acercaba o alejaba la silla, clavaba el dedo en la tecla *delete* con un gesto de fastidio, retornaba el hilo, aceleraba, se le agrandaban los ojos, a veces se reía, a veces se interrumpía para leerme un párrafo, a veces se levantaba y daba unas vueltas a paso lento por la casa y volvía a sentarse y seguía adelante durante horas y más horas; todo un *estado*. Si las cosas habían ido bien, al término de la jornada tenía incluso más energías que al comienzo, y la sombra de una suma de productividad y satisfacción avanzaba sobre mí hasta que se unía al cuerpo que la proyectaba, abrazándome. Esa tarde había ido bien. Me abrazó.

—Voy al mercado —dijo. Me dio un beso en el cuello y salió.

Hacía diez minutos que se había ido cuando sonó el timbre. Antes de levantarme para ir a atender tecleé el número de la escena siguiente: 27. Me pareció que la chica que llamaba tenía esa edad; era japonesa, descendiente de japoneses. Estaba vestida con una pollerita sin color, una musculosa sin corpiño, y sandalias. Preguntó por Vera. Le dije que había salido. Miró a un lado y a otro como buscándola y después me dijo que ella era dialoguista y que había quedado en pasar a esa hora para hablar de trabajo con Vera, así que la hice pasar.

—Fue al mercado, supongo que en veinte minutos va a estar acá. ¿Querés tomar algo? —Negó con la cabeza—. ¿No te molesta que yo siga con lo que estaba haciendo mientras vos la esperás?

Volvió a negar con la cabeza y se sentó en un sillón a mi espalda. Yo escribí INTERIOR. CASA DE WARLEY. DÍA y todo lo demás de un tirón, pero al hacer una pausa para pensar un poco en lo que iba a ocurrir en la escena 28 sentí que me había estado incomodando no ver a la japonesa, me incomodaba que estuviera sentada a mi espalda. Di vuelta la cabeza, supongo que como un monstruo, porque la japonesa enderezó rápidamente el cuello, y le pedí que por favor se sentara en un sillón que había a mi izquierda, a unos tres metros de distancia de la mesa. Ella asintió con la cabeza al mismo tiempo que se levantaba y dio una carrerita hacia allí como si yo acabara de advertirle que el techo podía derrumbarse y se sentó con las piernas juntas, con las sandalias juntas. Como dialoguista era bastante muda; volví a preguntarle si no tenía ganas de tomar algo y dijo que no, siempre con la cabeza. La escena 28 no era complicada pero sí trabajosa, con muchos personajes entrando y saliendo y diciendo las mismas naderías sentimentales que venían dando tan buenos resultados hasta ahora, lo cual me obligaba a saltar casi línea a línea de la columna izquierda a la derecha, haciendo acotaciones de tono, de expresión y de ubicación; tenía que estar atento a las continuidades, además. Pero la japonesa me distraía: ahora me miraba fijo. No supe en qué lugar me molestaba más, si en mi campo de visión o sentada a mi espalda. Le eché un vistazo y bajó la cabeza. Bien. Volví a escribir. INTERIOR. NAVE. DÍA. Enseguida me di cuenta del error, borré NAVE y puse RESTAURANTE. Ya había escrito casi una página cuando de pronto la japonesa se levantó y vino a sentarse a la mesa directamente enfrente de mí.

—¿Todo bien? —le pregunté.

Asintió (con la cabeza) sonriéndome.

Le sostuve la mirada sin devolverle la sonrisa hasta un límite más allá del cual resultaría grosero, a menos que yo también fuera capaz de sonreír. No pude. Tampoco pude evitar que mis ojos descendieran desde los suyos hasta el pezón izquierdo y luego hasta el derecho (muy marcados contra la tela de la remera, «más pezón que teta», pensé) antes de volver a subir, pero ahora sólo hasta sus labios, que se separaron y cambiaron de color, del rosa pálido a un rosa que no terminé de ver: di un rápido salto hasta sus ojos y de allí a la pantalla de la computadora. Leí lo último que

había escrito y empecé con lo que seguía, distribuyendo a tres o cuatro personajes en el restaurante, al menos dos de ellos en mesas equivocadas, y haciendo chocar a otros dos que entraban, uno de ellos incluso duplicado, ya que estaba en una de las mesas desde la línea anterior. Borré todo y estuve a punto de decirle a la japonesa que saliera y esperara afuera; me contuve. Y como no podía concentrarme y algo tenía que escribir para no verme obligado a hablar con ella, que de todas formas no hablaba, lo que hice fue escribir:

La lista de mis miedos (en desorden):

A la muerte.

A los aviones.

A la locura.

A las enfermedades.

A las amputaciones.

A los barcos.

A la velocidad.

A la altura.

Al mar.

A los tiburones, osos, serpientes, arañas, perros desconocidos.

A los desconocidos.

A las ciudades, barrios, calles desconocidas.

A los suburbios.

A los ascensores.

A la miseria.

A las operaciones médicas, a las operaciones financieras.

A las armas.

A los dentistas.

A la pérdida del olfato (una cosa terrible, vi un documental sobre el tema el otro día. Vera, Vera, vamos, Vera, vení).

A la policía.

A los estadios de fútbol.

A las tormentas eléctricas.

A la soledad. A las muchedumbres. A la violencia. A la vejez. Al sida, al cáncer (entra en enfermedad). A la impotencia (¿entra en soledad?). A los ladrones. A la electricidad. A sufrir (entran todos los miedos juntos y se agrega el amor). A los artefactos a gas: estufas, calderas, garrafas, calefones. A los secuestros. A tener que irme a vivir al campo.

Hubiera podido seguir, pero en ese momento, de pronto, con una vocecita de mariposa animada, la japonesa dijo:

—¿Quelés cogel?

La miré. Levanté hacia ella primero los ojos y después, lentamente, la cabeza.

—¿Cómo?

La había escuchado perfectamente, desde luego. Y no sólo eso, también había entendido el chistecito de las eles, esa parodia de su origen que ahora acentuaba con un golpeteo nervioso de sus largas pestañas negras, sin dejar de mirarme. Incluso había adelantado el cuerpo. No decía nada, no dejaba de sonreír.

—¿Si quiero qué? —repetí.

—No, nala.

—¿Nala? ¿Dónde hay una «r» en «nada»?

En ese momento llegó Vera. Traía dos bolsas con las compras en cada mano. Me levanté para ayudarla. Agarré las bolsas, las apoyé en la mesada y empecé a sacar las cosas que había comprado y a ponerlas en la heladera y en el mueble sobre el lavaplatos mientras Vera y la japonesa cruzaban saludos y disculpas, la japonesa por haber llegado antes de la hora acordada y Vera por haber llegado después. La chica, es notable, se llamaba Monique, un nombre francés en una argentina de origen nipón, y Vera la había convocado —primero quería conocerla, le aclaró, aunque seguramente ya se lo había dicho por teléfono— para reemplazar a uno de los dialoguistas de su equipo que «vive enfermo». Vera le preguntó si quería tomar algo y la japonesa dijo que tomaría lo que tomara ella, a lo cual Vera dijo que iba a tomar agua, agua mineral, agua bien fría: estaba muerta de sed.

—Entonces una cerveza... si no es molestia —dijo la chica mirando de reojo el pack de botellitas de Corona que había comprado Vera, una cerveza horrible y encima tibia. Vera agarró una Corona, se la alcanzó, después agarró una botella de agua mineral y dos vasos y le indicó a la japonesa que la siguiera hasta el sofá. Se sentaron. Cortésmente, Vera giró hacia mí y me preguntó si me molestaban. Cortésmente le dije que sí. Salieron al jardín. En menos de cinco minutos estaban las dos riéndose a carcajadas, con esa risa ansiosa e inarmónica de amigas de la infancia que se encuentran después de años de no verse, pero era evidente que Vera llevaba la batuta, que la arrojaba hacia arriba y la atajaba en una mano y la hacía girar habilidosamente entre sus dedos antes de golpearle la frente a la japonesa al final de cada número y no porque ocupara un lugar de poder frente a ella sino por naturaleza: la chica buscaba, en su cama, en la cama de otro, en el callejón a oscuras de su alma, ardientemente, que la degraden, mientras que Vera no pretendía otra cosa (en la vida) que ser adorada. Mi computadora tenía más capacidad de procesamiento de datos de la que disponían los aliados en la Segunda Guerra Mundial, pero yo no podía concentrarme ni para darle letra a una pésima actriz secundaria. Guardé mi archivo y salí a dar una vuelta.

Después de una reunión con Trini y los dialoguistas en un bar del centro me quedé sentado a esperar a Diana; habíamos acordado encontrarnos allí a las tres y eran las tres menos diez, es decir que tendría que esperar nada más que unos veinte o veinticinco minutos. A mí nunca me gustó Peter Handke, ninguna de sus obras de ficción me había atrapado nunca, pero alguien (no puedo recordar quién, ni ahora ni en aquel momento) me había regalado *El peso del mundo*, una especie de diario o de «crónica de una conciencia individual en forma de libro», como él mismo lo llama, y en una de esas lecturas al azar que es en realidad la forma de lectura que propone todo libro de anotaciones había subrayado ese mismo mediodía, antes de que llegara Trini, una frase que me había gustado mucho y que ahora no podía encontrar, lo cual me resultaba sumamente raro, porque la había marcado, le había hecho un buen paréntesis de tinta azul a la izquierda, con trazo rápido, abarcando incluso la última línea de la frase anterior y la primera de la siguiente. Pero no había caso; la marca parecía haberse esfumado. Pasé las páginas del libro de atrás hacia adelante y de adelante hacia atrás una decena de veces, lo hice despacio y rápido y ya había empezado a hojearlo página por página cuando oigo que alguien dice «perdón». De pie frente a mí había un hombre de unos cuarenta años, tal vez cuarenta y cinco, vestido como un vendedor de electrodomésticos que busca parecer un vendedor de autos deportivos y consigue parecer un *dealer*. La mano que había apoyado en el respaldo de una silla, de gruesos dedos grisáceos, con el anular ahorcado por un anillo de oro al que una esmeralda demasiado grande para ser genuina delataba como falso, le daba incluso un toque extra de hombre de la noche del submundo. Olía a penicilina. Sacó la otra mano del bolsillo y señaló por encima de mi hombro una mesa a mis espaldas.

—No pude evitar escuchar lo que decían —dijo—. Soy actor. Permítame que me presente —me extendió la mano, se la estreché, dijo—: Mario Bravo, como la calle —sonrió, abusando de un comentario del que seguramente abusaban todos—. No sé si me ubica...

Estuve a punto de preguntarle a qué altura, pero me limité a decirle que no.

—Yo trabajé en, bueno, hice papeles, papeles chicos en, participaciones en *Yaqo*, en alguna otra cosita y últimamente en *Jesús, el heredero*. Ahí anduve bien, estuve bastante. Así que los escuché, los escuchaba que son autores y me dije lo saludo, me presento. ¿Va bien?

—Sí.

—¿Cómo es el programa que están haciendo?

—¿En qué sentido?

—El nombre.

—*Donde hubo fuego*.

—Cenizas quedan, sí, lindo título. No lo vi nunca. Vi que lo están dando pero no lo vi. ¿Así que va bien?

—Mire, usted me disculpará pero...

—... no pensará que vengo a pedirle trabajo. ¡No, por Dios! Yo con el medio no quiero saber nada más. Y es más, ya ni actúo, me retiré. La verdad es que bien, bien, bien, no me iba, para qué nos vamos a engañar. Se nace, y la verdad es que yo no nací. Lo que tengo sí es nostalgia, los pasillos, los colegas, pero esto fue siempre una cosa de mi señora más que mía. ¿Qué lee?

Inclinó la cabeza y antes de que yo dijera nada leyó el título en voz alta. Bajé la vista hacia el libro —lo tenía en la mano todavía, lo había estado hojeando impacientemente mientras el tipo hablaba— y la frase reapareció como por arte de magia; estaba encomillada, es decir que se trataba de un registro, de algo dicho por otro y que Handke anotaba, o que él mismo había imaginado en boca de otro: «Cuéntame una historia de mí; quizá no sea correcta, pero cuéntame de mí. Necesito una versión de mí». Era desoladora, estaba llena de angustia más que de vanidad, llena de angustia y desesperación. Me pregunté si Vera sería capaz de escribir alguna vez algo así, no igualo mejor, la frase no es gran cosa después de todo, sino desde ese lugar. ¿Qué lugar? No lo sé, no lo supe. Vera vivía en una especie de desequilibrio sustentable: el Yin feliz sin Yang. No pude precisarlo, el tipo no dejaba de hablar. Y de pronto apreté los puños, apreté las mandíbulas, apoyé con fuerza los pies en el suelo, clavé la vista en la mesa y le dije que se fuera, le pedí que se fuera, le ordené que sacara la mano de la silla y que se fuera. Se hizo un silencio. Obviamente el tipo estaba sorprendido, pero yo no lo estaba menos que él y no por mi reacción sino por lo que a esa reacción le faltaba todavía: me hubiera gustado matarlo, le hubiera enterrado la cucharita de café en el corazón y hubiera disfrutado limpiándome la sangre de la punta de los dedos en el mantel. Un silencio dura dos segundos. Dos silencios después Diana se sentó a la mesa.

—¿Quién es? —me preguntó en voz baja.

—¿Todavía está ahí?

—Fue a sentarse en la mesa de atrás.

Entonces levanté la vista y la miré.

—¿Nos vamos?

—Recién llego...

—Por favor.

Salimos. No miré atrás.

Caminando por Rivadavia o por Avenida de Mayo o por Callao o por cualquier otra calle de la zona le conté lo que había pasado y Diana me miró como si estuviera loco, pero le agradecí que no hiciera comentarios de la clase de «no era para tanto» o «pobre tipo». Me preguntó qué era lo que me tenía tan nervioso.

—La plata —le dije—, la plata y el tiempo, estoy todo el día a disposición de un programa o de otro y no consigo ahorrar nada, monedas. Una vida dedicada al aire.

—Tranquilo —dijo Diana tomándome de un brazo—. Nosotros estamos bien, no necesitamos nada, tranquilo. ¿Dormís?

—Sí.

—¿Querés que vayamos al cine con Julián uno de estos días?

—Sí, puede ser...

Diana no había dejado de dirigir sus pensamientos y sus pequeñas acciones cotidianas a *nosotros*, es decir al conjunto que bien o mal, juntos o separados, formábamos ella, Julián y yo, pero tampoco había dejado de preocuparse *por mí*. La miré, creo que me sonreí. Era una madre y una mujer y también una mujer separada, por supuesto. La mujer separada aceptaba el dinero que yo podía darle, aunque también hacía todo lo que estaba a su alcance (de madre) para ganar su propio dinero, pero la madre, para siempre involucrada con el hijo y por lo tanto con el padre, hacía incluso más de lo que estaba a su alcance (de mujer separada) para mediar entre sus propias ideás y las mías acerca de cualquier asunto relacionado con el hijo. Sí, le sonreí. La miré, también. Tenía uno de esos cuerpos de los que se dice «extraordinario», un nivel superior al nivel que arranca groserías de las ventanillas de los autos. Sus senos cabían en la palma de mis manos sin rebalsarlas, a los treinta y cinco años su piel era todavía la de una chica diez años menor, tenía ojos color almendra y su mirada inspiraba confianza y seguridad. Entramos a otro bar. Diana quería hablar conmigo sobre Julián, que no la estaba pasando bien en el colegio nuevo. El asunto la preocupaba. Mirándola mover las manos me di cuenta de que podía entender lo que escribían al gesticular; si en la vida real se cortara de repente el sonido, como en una película, yo sería capaz de entender sin ninguna dificultad lo que decía. Entonces dejó las manos quietas sobre la mesa. Le dije que esperaríamos un poco más, otro mes, antes de tomar una decisión; a mí no me parecía que Julián la estuviera pasando tan mal, pero es cierto que era ella la que vivía con él y una vez más me lastimó caer en la cuenta de la cantidad de pequeños detalles de la vida cotidiana de Julián que me perdía, que necesariamente se me escapaban. Palabra más, palabra menos, Diana estuvo de acuerdo. Después me preguntó si me gustaba el título *Flipar y Pepa*.

—¿Estás loca?

—¿No te gusta?

—Sí, claro que me gusta, pero es demasiado alucinógeno para que se le escape a tu editora, y probablemente haya muchos padres que también lo noten...

Diana pareció sorprendida, se rió. ¿Cómo no se había dado cuenta? Eran personajes, no habían aparecido juntos sino a medida que inventaba, y el sentido que ahora sugerían sus nombres en el título había terminado por vaciarse. Seguía pensando en eso mientras salimos del bar. La acompañé a tomar un taxi. Me preguntó si estaba bien y si necesitaba algo y le dije que sí y que no. Abrí la puerta de un Volkswagen recién lustrado y de adentro salió una nube de lavanda química ante la que Diana frunció la nariz. Subió, cerré la puerta, me dirigió una brevísima mirada de amor y el taxi arrancó y se la llevó. Saqué del bolsillo el ticket para ver la dirección del estacionamiento donde había dejado el auto de Vera y caminé hacia allí; estaba a

tres cuadras. Después, ya al volante, giré a la derecha para tomar la calle y entonces tuve la impresión de haber visto, un segundo antes, cuando asomaba la trompa del auto en la vereda, el saco a cuadros del ex actor zambulléndose en un taxi. Miré por el espejito y sí, detrás de mí había un taxi, pero estaba libre, a menos que el ex actor se hubiera agachado. ¿Me seguiría? ¿Y por qué, cuando podía haberme encarado en la calle mientras caminaba hacia el estacionamiento? Unas cuadras después el taxi ya no estaba detrás de mí. Puse la radio y me olvidé del asunto. No había forma de que no lo olvidara: una cronista de espectáculos decía que las autoridades del canal donde se emitía el programa que hacíamos Trini y yo estaban considerando la posibilidad de levantarlo. Era mi único trabajo, mi única fuente de ingresos. Saqué el celular y disqué el número de Trini. Ocupado. Lo intenté dos veces más. Seguía ocupado. Me desvié de mi camino y fui directamente a su casa.

Trini vivía en el piso 25 de una torre cercada por un muro, con vigilantes de uniforme, cámaras de video en la entrada y vecinos dispuestos a todo. A mí me daba vértigo sólo con acercarme a la zona, aunque no tanto como la posibilidad de quedarme sin trabajo. De todos modos toqué el botón de su piso en el portero eléctrico y cuando atendió le pedí por favor que bajara. Me dijo que no podía, que subiera yo. Habíamos tenido ese mismo diálogo una decena de veces a lo largo del año y yo había ganado nueve de cada diez, pero Trini dijo que no bajaría de ninguna manera y sonaba firme, así que no tuve más remedio que subir.

Odio los ascensores herméticos; éste era nuevo y tan silencioso que no tenías la sensación de subir, te dejaba a solas con *la idea* de subir: todo lo demás parecía inmóvil, no había ni el más mínimo temblor y no se oía absolutamente nada. Traté de distraerme mirándome al espejo; entonces noté que no tenía el libro de Handke en la mano, es decir: supe que no lo había dejado en el auto, que me lo había olvidado en el bar. Fue una suerte, porque mientras decidía si lo lamentaba o no el ascensor se detuvo, la puerta se abrió, y yo di un rápido salto hacia afuera. Mi corazón no volvería a normalizarse hasta que estuviera otra vez en la calle, lo sabía. Podía soportarlo, sin embargo. Conocía los cambios que se operaban en mí a partir de cierta altura: se me afinaba la voz, hablaba más ligero, me movía más rápido, me irritaba con facilidad y cualquier cosa que me dijeran, si es que la oía, me resultaba idiota. Con la mano transpirada di un par de golpes quizá demasiado fuertes en la puerta de la casa de Trini.

Lo primero que vi fue un repasador a rayas, una mano y una oreja. Trini cerró la puerta a mis espaldas y entonces lo vi mejor. Había envuelto unos cubos de hielo con el repasador y lo mantenía apoyado en un ojo, tapándose así la mitad de la cara, pero en las fosas nasales, bien visibles, había unos cascarones de sangre coagulada, oscura mientras que las dos o tres gotas que habían caído en su remera se mantenían rojas.

—Dios mío, ¿qué te pasó?

—Esa bestia —dijo. Se quitó el repasador de la cara. Tenía el pómulo inflamado y un corte en la ceja. El pómulo y la ceja (trabajando juntos) ya habían empezado a derramar sobre el ojo un color espeso entre el verde y el azul. «Índigo», diría el escultor si fuera pintor. Pero era escultor. Y lo había golpeado. No recuerdo si le pregunté por qué o simplemente dejé que hablara.

—Le estaba contando de mi pareja con Uki...

—¿No lo sabía?

—Sí, sí, sabía, sabe todo, vive haciéndome preguntas. Lo que no sabía era que Uki tiene sida. Se puso como loco, empezó a gritar, me alzó de la silla y ahora ni me puedo sentar de la patada en el culo que me dio. Cree que yo tengo sida también y que lo contagié.

—¿Dónde está?

—Se fue. Dijo que iba a hacerse el análisis. Tengo miedo.

—¿Tenés miedo del resultado?

—No, no, yo ya me lo hice y no tengo nada. Además hoy en día de sida no se muere nadie, pero sí de él, tengo miedo de él. Hace rato ya que me viene metiendo miedo. Lo de hoy fue...

—¿Qué pensás hacer?

—No sé. Antes de que saliera le dije que me devolviera las llaves y me contestó agarrándose las bolas con la mano. Llamé a los de seguridad y les dije que si vuelve no lo dejen entrar.

Me ofreció un té. Acepté una cerveza. Fue a la cocina, me trajo la cerveza y volvió a la cocina para hacerse el té.

—¿Sabés algo del programa? —le pregunté.

—¿En qué sentido?

—Oí en la radio que piensan levantarlo...

—No, no, ya me dijeron que se corría esa bola, llamé al canal y está todo bien. Nadie sabe de dónde salió el rumor, el programa anda bien. Ayer hicimos diecinueve siete.

—¿Y anteayer?

—Dieciocho. Dieciocho cinco.

—¿Te acordás del día anterior?

—También dieciocho.

El *rating* era una de las pocas cosas del mundo para las que Trini tenía memoria. Podía recitar la planilla de mediciones de audiencia, que recibía a diario por *e-mail* y que estudiaba con verdadera pasión, de la última semana sin dudar y sin equivocarse. Otras eran el número de las patentes de los autos, los números de teléfono, y las fechas de cumpleaños de los dueños de los teléfonos y los autos. Sabía el número de patente del auto de Vera, pero no su cumpleaños. Ya lo sabría. Por lo demás estaba al tanto de todos los dimes y diretes del mundo de la televisión, no había productor al que no conociera y había trabajado con casi todos los actores habituales del medio, en

una carrera que ya llevaba sus buenos diez años de crecimiento profesional y económico ininterrumpido, lo cual se veía reflejado en su casa, en los objetos que la decoraban, que parecían condecorarla más bien. Su última adquisición era un escritorio «ejecutivo», así lo llamaba, diseñado por un tal Marc Newson, que le había costado una pequeña fortuna y sobre el que dormían títulos tales como *El gozo*, *Cómo crear personajes inolvidables*, un *Directorio de producción del espectáculo* y una *Antología del cuento triste*. Había hecho voltear una pared para darle al ambiente «un aire más de *loft*». Salió de la cocina con su taza de té, se paró justo allí donde antes estaba la pared y me preguntó cómo iba mi relación con Vera. Ya estaba al tanto de alguna novedad, así que me limité a decir que bien, tomé un largo trago de cerveza y me levanté para irme: ver nubes a la altura de la ventana era algo que empezaba a inquietarme. Entonces se oyó un ruido de llaves en la cerradura. A Trini se le cayó la taza de las manos. Dio un salto hacia mí y me pidió por favor que no me fuera.

—¡Es él, es él! —decía.

Y sí, era él, Nudler, el escultor.

Nudler pareció sorprendido de verme allí. Desde luego, no esperaba encontrarse con nadie aparte de Trini, pero apenas puso un pie en la casa me di cuenta de que estaba arrepentido y que su arrepentimiento era tan grande que, una vez digerida la sorpresa de mi presencia, lo cual ocurrió casi en el acto, se acercó a Trini y le pidió disculpas —primero con voz firme, después haciendo pucheros—, le tomó el mentón con dos dedos, le hizo girar la cara a un lado y a otro mientras repetía las disculpas y lo abrazó y lo apartó sin soltarlo y le besó un ojo (el ojo sano) y los labios y otra vez el ojo (siempre el ojo sano, lo que me hizo pensar que no se decidía a besar el ojo golpeado y por eso mismo se la agarraba con el sano) sin que le importara un comino que hubiera allí un pobre heterosexual fóbico observando. Después de todo lo cual Trini, rápidamente conmovido, giró hacia mí y me dijo con una gran sonrisa y un tonito afeminado *adrede*:

—Lo hacías más orgulloso, ¿no? —obviamente refiriéndose a Nudler, que se había agachado solícito, solísimo, a recoger los pedazos de la taza de té.

Aliviado de su arrepentimiento (esa suspensión del ser en la que uno empieza a darse cuenta de qué es lo que ha hecho), apenas cinco minutos después Nudler ya era de nuevo el mismo que era la primera vez que lo vi, y seguramente el mismo que unas horas atrás había golpeado a Trini. Se sentó en un silloncito de pana color musgo, con las piernas estiradas y los borceguíes apoyados sobre el Marc Newson y se puso a estudiar detenidamente los nudillos de su mano derecha mientras fingía *no escuchar* lo que decíamos Trini y yo.

Trini intentaba convencerme de hacer la próxima reunión allí, en su casa; no quería salir a la calle con la cara en ese estado. Yo no pensaba en otra cosa más que en irme, pero Trini me retenía de una forma o de otra, incluso me puso una mano en el pecho cuando intenté levantarme. Le hubiera golpeado el ojo sano si Nudler no hubiera estado allí. En determinado momento Nudler, a quien veía levantar presión

(era evidente que la idea del contagio había vuelto a propagarse), lo llamó con un chistido y un gesto del dedo índice. Trini fue y se acuclilló a su lado. El escultor le dijo algo al oído y Trini respondió en voz alta que sí, que ya le había dicho que sí, que se lo hizo, que se lo hizo. Y amagó incorporarse. El escultor lo detuvo agarrándolo del cuello y lo miró como la llama de un soplete:

—La verdad.

—¡Ya te la dije! ¿Por qué te voy a mentir, qué más querés que haga?

—Que me digas la verdad.

Eso fue todo lo que oí. Dejé la puerta abierta y bajé los veinticinco pisos por la escalera a toda velocidad.

Capítulo 7

Los japoneses —desde un cocinero envuelto en nubes de vapor hasta el director general de una compañía de alta tecnología— sostienen que la confianza es un elemento decisivo para el desarrollo de cosas fundamentales, la economía mundial, por ejemplo, casi un precepto derivado de la vida cotidiana, más allá de las particularidades de cada casa. Pero para Monique Maosake, nacida en la Argentina, de padres argentinos, nieta de japoneses que habían pasado la mitad de sus vidas en la Argentina, la confianza era un valor económico, en el sentido de barato, y por lo tanto algo sobre lo que uno podía avanzar sin culpa ni pruritos de ninguna especie. Desde que Vera la había aceptado como dialoguista pasaba más tiempo en nuestra casa que en la suya. Se quedaba después de las reuniones, cuando los demás se iban, se ofrecía a cocinar —es decir se invitaba a comer— y no hacía ningún esfuerzo por mostrar que la *pasaba bien*: la pasaba bien. Los asentimientos con la cabeza habían quedado atrás; ahora hablaba hasta por los codos.

Estaba fascinada con Vera. Supongo que las razones de su fascinación no eran muy distintas de las mías al principio, excluyendo al sexo, con la pequeñísima diferencia a su favor de que para ella no era un problema ser anulada —todo lo contrario, era un gusto—, en tanto que yo tenía sólo problemas y hubiera dado una mano para librarme de ellos. Siempre sentí que me sobraba una mano; por algo el Mono nos hizo dobles, nos proveyó de «repuestos», por decirlo de alguna manera. No sería muy atractivo, pero podríamos vivir perfectamente con un solo brazo, una sola pierna, un solo ojo, un solo riñón, un solo pulmón, un solo testículo (incluso sin ninguno), un solo oído y un solo corazón. Pero ¿qué hacía la japonesa todo el día allí?

Los rumores sobre el levantamiento del programa no habían cesado (había en el aire como un rozar de suelas que corren, se detienen, giran, vuelven sobre sus pasos) y mi inquietud iba en aumento: no tenía ahorros para sobrevivir más que unos pocos meses. Entré a casa mirando al suelo. Vera vino a mi encuentro con una gran sonrisa en la cara; al fondo divisé a la japonesa sentada en el borde de un sillón, con el mate en la mano.

—¡Tengo una buena noticia! —dijo.

—Me alegro.

—Presenté un guión a una productora alemana y lo aceptaron.

La televisión avanzaba sobre su literatura de la misma forma en que avanza sobre la vida de los demás, pero en este caso no se trataba de un guión televisivo: tiempo atrás había empezado a escribir un largometraje. El cine, una nueva actividad. Tenía que irse tres meses a Berlín. Estaba feliz. Yo hice todo lo posible por que mi contrariedad no se notara.

—Obviamente voy a usar ese tiempo para terminar mi novela —dijo bajando la voz, como si se tratara de una pequeña estafa.

—No tenés que *terminarla*, tenés que *escribirla* —le dije—. Y no vas a poder

escribir literatura allá. Lo mejor es que si vas trabajes en el guión.

Se ofendió. Sutilmente, pero se ofendió.

Nos sentamos a la mesa. La japonesa me ofreció un mate, dije que no con un dedo y enseguida la olvidé. Ésa era tal vez una de las razones por las cuales Vera toleraba su presencia en la casa: era fácil olvidarse de ella.

—¿Y el programa? —le pregunté.

—Monique me va a cubrir.

La miré. ¿Ella? La japonesa me sonrió. Volví a mirar a Vera y a olvidarme de la otra en el acto, aunque noté que entre un olvido y otro seguía siendo bonita. Vera me sostuvo la mirada.

—Tres meses... —murmuré.

Era mucho tiempo. La sola idea del viaje me asustaba —no había tenido una buena experiencia con eso. Vera estaba escribiendo una buena novela, era joven, tenía dinero y un hombre que la amaba, ¿qué *más* quería? Yo hubiera dado un pie por escribir sin preocupaciones con la mano restante una novela como la que escribía ella. Hubiera dado un ojo por resultarle necesario, tanto como ella a mí, pero lo cierto es que sólo se va quien no tiene nada que perder y Vera se iba.

—Bueno —dije, con un pie y una mano y un ojo menos, como un monstruo— ya una vez viviste tres semanas de las monedas del estado socialista cubano, así que no veo por qué no vivirías ahora tres meses de las migajas de una productora alemana.

Vera se levantó furiosa y se fue a paso rápido.

Oí el ruido de la bombilla (el tradicional sonido de la última chupada) y después los pasos de la japonesa acercándose. Se sentó frente a mí, en la misma silla donde estaba Vera unos segundos antes. Me miró en silencio durante un momento.

—¿Y vos qué esperás de la vida, *che*? —dijo tratando de sonar amistosa, no irónica sino como si yo tuviera un gran problema y ella fuera capaz de ayudarme a resolverlo. Sí, tenía un gran problema y ella podía ayudarme a resolverlo si se iba.

—¿La primera vez que me ves me preguntás si quiero coger y la segunda qué espero de la vida?

Fingió hacer memoria y se sonrió.

—Fue un chiste —dijo.

—¿Un chiste? ¿No te das cuenta de que yo te podría haber cogido de verdad?

Ahora hizo un silencio. Pensó. Después dijo:

—¿Y qué, hubiera sido un castigo?

—Por supuesto. Te hubiera cogido bien, te hubiera hecho sufrir.

Nos reímos. Su risa duró mucho más que la mía, así que aproveché la ocasión para levantarme e ir al cuarto en busca de Vera.

Estaba acostada boca arriba, con los brazos cruzados bajo la nuca. De la canción a bajo volumen que salía del radiograbador en la mesa de luz sólo se oía el riff de una guitarra eléctrica que sonaba como una mujer atrapada en un callejón a oscuras. Le pedí perdón, me senté en la cama y después de un silencio me dejé caer de espaldas a

su lado. Cruzamos todavía un par de disparos en voz baja y me rendí: ¿qué había de extraño o de grave, después de todo, en el hecho de que una chica de veintiséis años que vive con un hombre de cuarenta y tres quiera viajar, bailar, ganar, coger con otras personas y divertirse un poco? No era muy distinto de lo que yo mismo quería, y con la misma ilusión aunque ya sin el mismo ardor. La abracé y me besó, al principio tímidamente, con algo de enojo todavía; después giró hacia mí y empezó a desprenderme los botones del pantalón mientras yo le alzaba el vestido.

Mojada y con la misma increíble suavidad de un hielo tibio, así es al tacto el paisaje de la felicidad (y en su mano, muy erecta, como si fuera a estallar, la otra versión del mismo cuadro).

Nos separamos para quitarnos la ropa a toda velocidad; después le tomé la cara entre las manos y volví a besarla, la besé con alegría, con necesidad, con sed, y también con el placer que ella enviaba hacia mi boca desde la suya. Entonces vi de reojo a la japonesa en el umbral de la puerta, a menos de dos metros de distancia. Me inmovilicé. Vera alzó la cabeza. Nos miramos, nos miramos los tres. Supe que la decisión sería de Vera; no por eso mi corazón empezó a latir más fuerte, pero sí tomé conciencia de él.

Creo que esta vez los silencios fueron tres, es decir un total de seis segundos. Demasiado. Finalmente la japonesa dijo:

—Perdón —con voz de gusanito-, no sabía que... Tengo que irme.

Vera hizo un silencio, un silencio ahora sin tiempo, un silencio en el silencio, agónico, enorme. Después, por fin, asintió.

Una mujer de pelo rojo le decía a un hombre sin pelo: «Eres una de las veinte personas más importantes de mi vida». Un soldado ya demasiado viejo para ser un héroe gritaba: «¡Vengan, cochinos!». Sobre un fondo de risas grabadas dos hombres se besaban y al separarse uno le decía al otro: «Dime que no es verdad». Un periodista logorreico frente a un ayatola maquillado, una señora con voz de pito vendiendo audífonos *Wow*, una sesión en la Cámara de Diputados, los gritos y maldiciones de un grupo de religiosos armados hasta los dientes, la estridente voz en off del conductor de un programa de entretenimientos sobre la imagen de un peluquero ridículo y famoso que trataba de embocar una pelotita de ping-pong en un aro de básquet... Pasé los canales uno tras otro hasta que Vera salió del baño y se sentó en un butacón frente a mí, desnuda, secándose el pelo con una toalla.

—¿En la tele se habla más que en la radio o me parece a mí? —dije.

—Tres meses no es nada.

—Veinte años no es nada, tres meses es muchísimo tiempo.

Apagué el televisor.

Vera hizo un gesto de fastidio.

Volví a prender el televisor, y durante dos largos minutos traté de prestar atención

a lo que se decían un adolescente tirado en un puf y una mujer hiperkinética y caprichosa que se mantenía de pie y que a pesar de todo no se apartó ni un solo milímetro del lugar que le había marcado el director.

Una escena escrita para ganar espacio, algo que después se veía en el tiempo; pura administración del espacio del libreto. Yo mismo había escrito un millón de escenas muertas como ésa, contando las páginas, ansioso por llegar al final y darme una ducha y servirme un whisky y ponerme a pensar en algo para mí, en algo que me gustaría escribir e incluso ver, si es que tenía la suerte de que se me ocurriera qué. En general la vida les da a los escritores el tiempo necesario para que escriban algo bueno, unos cincuenta años, digamos, y después, lo hayan conseguido o no, los mata.

Cuando terminó la escena Vera se levantó y se fue sin decir nada, a excepción de sus pies descalzos, que pedían por favor que no los siga.

Esa noche tuve el siguiente sueño. Diana conocía a un hombre de apellido Bergue, se enamoraba de él y él de ella y Diana venía a la casa de Vera para decírmelo; me decía: «Quiero pasar el resto de mi vida con él». Noté que le temblaban las manos, pero que estaba feliz. Yo adivinaba que el temblor tenía que ver con el hecho de que planeaban irse a vivir a otra ciudad, tal vez a otro país, y por lo tanto que yo no vería a Julián más que una vez al año, con suerte, pero que la decisión estaba tomada y era irrenunciable. En ese momento cruzó por mi cabeza a la velocidad del relámpago la imagen de una casa en la playa; Diana estaba sentada frente a una vieja máquina de escribir junto a la ventana, pero no escribía: miraba hacia afuera con cierta melancolía, el mentón apoyado en el hueco de una mano, el codo apoyado en la mesa, la mesa apoyada en el suelo y el suelo apoyado en pilotes sobre uno de los cuales Bergue había grabado con un cortaplumas sus iniciales y las de Diana. Bergue, alto, fibroso, de hombros anchos, lampiño y con un diminuto slip negro que parecía más bien un manchón de tinta, caminaba en ese momento por la arena hacia donde estaba Diana llevando algo en la mano mientras Julián aparecía por detrás, recién despierto, y la abrazaba con un ronroneo de amor; yo entendía que Diana sería completamente feliz si le daba mi aprobación y que eso era tal vez lo que había venido a buscar. Le pregunté si quería que hablara con el tal Bergue y asintió ansiosamente con la cabeza; es más, Bergue estaba ahí cerca, en el auto, esperando. Yo iba hacia allí y me encontraba exactamente con el hombre que había imaginado; me sentaba a su lado y le decía que por favor cuidara de Diana y de Julián y él me respondía que no me preocupara, que pronto se olvidarían de mí. Yo me quedaba helado, paralizado. Pero entonces él soltaba una carcajada mientras me daba unas palmaditas en la espalda y me decía que obvio, que obviamente iba a cuidar de ellos: los amaba. Y de repente Julián, que se había mantenido escondido en el asiento trasero durante nuestra conversación, me cubría los ojos con las manos y me preguntaba: «¿Quién soy?»; «¿Sebastián?», le decía yo siguiéndole el juego; «No»,

decía Julián; «¿Iván?»; «No»; «¿Ramiro?»; «¡Sí!», decía él, y yo me daba vuelta y efectivamente era Ramiro, no Julián. Pero Julián estaba a su lado. Ramiro era un nuevo niño, tal vez hijo de Bergue. Después me bajaba del auto, le daba un abrazo a Diana, ella subía al asiento delantero, muy aliviada, contenta, y Bergue ponía primera y se alejaba de allí a toda velocidad. Yo rompía en llanto. La mitad del llanto era de dolor, la otra mitad era de rabia. «¡Soy un idiota, la dejé ir, soy un idiota!», me decía. Entonces alguien a mi espalda afirmaba con voz untuosa: «Eso es verdad». Y yo me daba vuelta y me encontraba cara a cara con el ex actor del saco a cuadros, que me apuntaba con un arma.

Vera no estaba (había una sandalia en el living, otra en la cocina, la toalla en el piso del baño) así que salí a dar una vuelta. Había caminado menos de una cuadra cuando me di cuenta de que me había olvidado el celular; volví a buscarlo. Lo encontré al lado del teléfono fijo, sonando como él.

Atendí.

La secretaria del gerente de programación dijo que fuéramos para allá, que el gerente quería *vern*os (no éramos personas que integraban un equipo sino que cada uno de nosotros era el equipo, así que me hablaba siempre en plural).

—¿Ustedes ya hablaron con Trini? —le pregunté devolviéndole la gracia.

—¿Perdón?

—Digo si ustedes ya lo llamaron a Trini...

—¿Nosotros?

Me quedé en silencio.

La secretaria dijo:

—Bueno, ah... —una expresión de lo más extraña: «bueno, ah»—. Pensaba llamarlo ahora. ¿Vienen, entonces?

—Yo voy. Trini no sé, supongo que sí. Ya les diré a ustedes cuando lo llamen.

Corté y tuve la impresión de que la casa se me venía encima. Amagué incluso a protegerme la cara con los brazos. Lo curioso fue que todo el tiempo supe que estaba exagerando... Llegué a pensar que mi angustia, la angustia que me había provocado ese llamado a reunión, en la que tal vez me dirían que el programa se levantaba y que me quedaba sin trabajo hasta nuevo aviso, la angustia era capaz de succionarlo todo, empezando por el sillón de cuero negro en el que solía echarme o tumbarme a leer (echarme de expulsarme, tumbarme de tumba), pero enseguida entendí qué era lo que pasaba: había notado, por primera vez, de manera consciente, que en la casa no había *nada*, absolutamente *nada* que fuera *mío*, excepto algunos libros y, desde luego, mi computadora y mi ropa. Las cosas con las que había vivido antes de instalarme en casa de Vera estaban amontonadas en un cuarto en la terraza: mi mesa, mi silla, mi alfombra, mi colchón, mis lámparas, los platos y cubiertos en una caja, la heladera y el televisor y la cama en un guardamuebles; *todo*. Lo sabía desde antes, por supuesto,

pero nunca hasta entonces lo había notado. «Julián se preocupa porque dice que no tenés nada», me comentó Diana una vez y yo no le presté demasiada atención, atribuyendo el comentario a una cierta malicia producto del despecho. A Julián le gustaba venir a casa, a la casa de Vera; se llevaba muy bien con ella, jugaban juntos y hasta mantenían largas conversaciones que yo escuchaba con disimulo, sorprendido porque yo mismo nunca había hablado tanto con ninguno de los dos. ¿Entonces también lo notaba Julián?

¿Tenía alguna importancia? ¿Qué tenía yo para decir *de parte de las cosas*, como el título de Francis Ponge? ¿Quizá «no somos tuyas»? Cuando me enamoré de Vera, lo recuerdo perfectamente, lo hice también de muchas de sus cosas, unas botas, su lapicera, su auto, un juego de copas, el bloc de tapa de aluminio en el que tomaba notas y dibujaba, una pulsera de la India, su escritorio, la caja de madera de incienso en la que nunca guardaba nada, su computadora, un vestido azul, las plantas de su jardín, una larga serie de cosas singularizadas o sensualizadas por el amor, como por contagio o por un derrame. No era ilógico pensar (ahora que las combustiones del fetichismo habían cesado, frente a sus cenizas todavía humeantes) que esas mismas cosas, pero más que ninguna *las otras*, aquéllas con las que nunca me había relacionado más allá de la mera funcionalidad... Ni vale la pena decirlo. No vale la pena, no tiene sentido. Sí, lo tiene, eran siniestras, siniestras, ahora que ella me abandonaba sus cosas eran siniestras. La casa me era ajena, el mundo entero estaba de repente inmóvil. Lo único que se movía, lo único que en ese momento se mantenía activo, cerca o lejos de allí, era Vera; mientras que yo ni parpadeaba, a solas entre sus cosas, ella se movía como un cuchillo sobre mí.

¿Qué fácil sería para el Centro de Extracción de Ovarios darse una vueltecita por Berlín!

Finalmente el único momento dramático de la reunión se dio cuando Boas, el Gerente de Programación, me preguntó qué me había parecido el libro de Osho. Le dije que me había encantado, que lo había leído como (increíble pero real) padre y persona, y él, con la misma desconfianza con la que examinaba nuestros guiones para cerciorarse de que hubiéramos tomado el camino correcto, que era el de sus propias ideas, es decir el de las ideas birladas, me preguntó qué, qué era lo que *más* me había gustado. En líneas generales —titubeé—, todo. ¿Y en particular? Bueno, muchas cosas. ¿Por ejemplo? La percepción intuitiva de ese enorme abanico de estados del alma, siempre inestables, dije yo echando mano a un breve ensayo de Lévi-Strauss que había leído esa misma tarde, un momento antes de salir para la reunión, en busca de un poco de luz sobre el asunto de las cosas (en el sentido de objetos), cuidándome de cambiar el término «materia» por «alma». La percepción intuitiva, sí. ¿Sabía el arte heráldico, por ejemplo, cuando imaginó las coronas, que esos objetos reproducían por su forma estados fugitivos de la materia? Una corona condal ofrece

la imagen exacta de la salpicadura de una gota de leche cayendo dentro de ese líquido. ¿Lo sabían? Claro que no. Los que concibieron las coronas reales o imperiales llamadas «cerradas» ¿sabían que la explosión de una bomba atómica proporcionaría durante una fracción de segundo un prototipo que la naturaleza mantenía en secreto? No, no tenían la más mínima idea, las coronas son el resultado de una percepción intuitiva de estados inestables de la materia, es decir del alma — corregí al voleo peligrosamente—. Osho sí.

—¿Osho sí qué? No te sigo...

—Lo dice. Osho lo dice. Dice que el espíritu humano es capaz de concebir esas formas mucho antes de que su existencia real le fuese revelada —breve pausa—. Y además todo lo que dice del niño es verdad.

—No me acordaba de que Osho hablara de coronas -dijo Boas frunciendo el ceño—. ¿Te gustaron los chistes?

—¿Los chistes?

—Los que cuenta al final...

—No llegué al final todavía.

—Dice que un hombre entra a un bar y se queda sorprendido al ver a un perro sentado a la mesa con tres hombres, jugando al póker. El hombre pregunta: «¿El perro realmente puede leer sus cartas?». «Seguro que puede —le dice uno de los hombres—. El problema es que es muy mal jugador, siempre que tiene una buena mano mueve la cola». ¿No es genial?

—Buenísimo.

—El pobre perro no puede contener su alegría —dijo riéndose con un espasmo salpicado de emoción—, qué bárbaro... Lo voy a comprar de nuevo, quiero ver el asunto ése de las coronas que decís que no entendí un *sorongo*. Bueno, a trabajar.

Quería un poco más de acción, eso era todo. Una muerte, un golpe bajo, otro casamiento, algún secuestro, más besos, más sexo, más de eso, estaba como desbocado. «Toda la carne al asador» había sido su consigna al comienzo de la tira, contradiciendo una vida profesional enteramente dedicada a la dosificación de la nada, al estiramiento de lo mínimo en el mejor de los casos; ahora no había forma de echarse atrás, estaba jugado, todos estábamos jugados, lo que podía hacerse ya se había hecho y los únicos dos caminos que nos quedaban eran el subrayado y lo imposible.

Muy bien, allá vamos.

De vuelta en casa hablé por teléfono con Julián. «No me gustaría tener un hermano, papá: se comería las cosas que me gustan a mí», me dijo. El verdadero libro del niño.

Vera llegó a media tarde. Como siempre, traía buenas noticias. Esta vez era trabajo, el guión de una película de género. Terror. Y quería escribirlo conmigo. Un alivio para mí, que adivinaba en los desesperados pedidos de acción de Boas la antesala del fin de la tira. El alivio hubiera sido enorme de no haber visto al ex actor

del saco a cuadros rondando la casa unas horas atrás.

Se lo conté a Vera esa misma noche y lo repetí al otro día mientras íbamos hacia la casa de Láinez en Del Viso. Vera se sonrió y dijo secamente que a mí todo el mundo me parece peligroso.

—Yo no dije que fuera peligroso. Lo que digo es que hay que estar atento. Es evidente que me vigila y tenemos que estar atentos, nada más que eso. Atentos. ¿Me estás escuchando, Vera?

La casa del tal Láinez (Dios mío, casi olvido decirlo: *Trini* le había hablado de Vera a Láinez, *Trini* se la había recomendado, propinándole a mi orgullo un golpe por elevación que seguía doliéndome cuando el inmenso portón cubierto de enredaderas se cerró a nuestro paso) estaba emplazada en el centro de un parque rodeado de muros, con árboles añosos, a la sombra de uno de los cuales había una chica encorvada sobre unas hojas de papel que el viento hacía aletear entre sus dedos y que al vernos se levantó y corrió a nuestro encuentro. A medida que se acercaba, aminoraba la velocidad. A unos diez metros de distancia su paso ya era normal y, se diría que por inercia más que por cortesía, llegó a ponerse al alcance de un brazo extendido, aunque no lo suficiente para que le diéramos la mano y dijo, contrariada:

—Perdón, los confundí...

Nos la presentó Láinez cinco segundos después. Se llamaba Alejandrina. Era su hija. Era poeta, a juzgar por los rectángulos de tinta (estrofas, sin duda) con que había decorado al menos la hoja visible de las muchas que sostenía en la mano.

Láinez vestía enteramente de blanco: camisa, pantalón, mocasines, pelo, barba e incluso la pupila del ojo izquierdo. (Me hizo acordar a un texto sobre «lo blanco» de Erik Satie). Lo primero que hizo fue obligar a su hija a recitarnos lo que había escrito; después, mientras Alejandrina se alejaba corriendo para encerrarse en la casa a llorar, nos condujo a una mesa junto a la pileta de natación, una mesa sobre la que una mucama dejaba jarras y más jarras de jugos y de agua y de café. Refiriéndose a lo que había escrito su hija, preguntó:

—¿Qué opinan de la poesía, tiene futuro?

Quería decir «qué opinan de la poesía de mi hija» y si «mi hija tiene futuro como poeta».

—Yo no entiendo nada de poesía —dijo Vera—, pero diría que sí.

Es sensible, suena bien.

—Lo notable es que si uno dice dos veces Alejandrina da un alejandrino —dije yo.

Láinez me miró mal.

Vera me rescató en el acto (la amaba también por esas cosas):

—Sí —aprobó riéndose—, es verdad, pero lo curioso es que escribe octasílabos.

*Es la magia de la vida,
la sal de la vida, la sal,
vez primera que la luna
ilumina a la par del sol.*

Tremendo.

Lo más probable era que Alejandrina hubiera perdido la virginidad la noche anterior, mientras Vera y yo discutíamos sobre su viaje a Berlín, pero si no se daba cuenta él, Láinez...

Nos sentamos a la mesa.

Láinez dijo:

—¿Jugo?

Y mientras nos servía un café a cada uno fue directamente al grano. Así como yo le había dedicado mi vida al aire, él se la había dedicado a la energía: entre los años 1996 y 2003 había sido dueño de una estación de servicio, la había vendido y entre el 2003 y el 2006 se había «entregado», dijo, «al reiki y otras yerbas». Estaba harto de todo eso, y además se sentía vacío y culpable; dijo que podía entender perfectamente la sensación de vacío pero no la de culpa, hasta que una noche se acostó con una actriz «que no voy a nombrar» (yo pensé inmediatamente en una, aunque puedo equivocarme, desde luego: el abanico de las musas argentinas es tan amplio como en cualquier lugar del mundo) y ella le hizo «ver» que él tenía desde siempre una deuda pendiente con el arte: su sensibilidad, los gritos de su sensibilidad no pedían otra cosa más que eso: «cine, cine, cine».

A partir de aquí hizo una serie de comentarios muy aceitados sobre el funcionamiento de la industria y yo sentí que era un buen momento para pedir un *whisky*, algo que él agradeció con una sonrisa: se moría de ganas de beber. Llamó desde su celular a la mucama, pero le daba permanentemente ocupado (Alejandrina le contaba a su amante la humillación a la que la había sometido su padre un momento atrás, y de paso arreglaba una nueva cita para esa noche), así que no tuvo más remedio que levantarse e ir a buscarlo él mismo. Cuando Vera y yo nos quedamos solos le pregunté si el asunto le parecía serio y Vera me dijo que no.

Entonces, levemente deprimidos, desviamos la vista hacia la pileta. Lo que vimos nos dejó mudos a los dos. Creo que yo fui el primero en hablar.

—¿Eso es un tiburón?

—Dios mío... —dijo Vera.

Nos levantamos al mismo tiempo y fuimos a ver. Sí, no había ninguna duda, en la pileta había un tiburón. No era un tiburón demasiado grande —debía tener un metro y medio de punta a punta— pero era un tiburón. Zigzagueaba en cámara lenta, yendo y viniendo por los bordes de la pileta, con su aleta dorsal sumergida pero aun así *cortando* el agua.

Vera se inclinó en el borde para mirarlo de cerca. *No* temí que pudiera caerse —

una prueba de amor, aunque el temor hubiera sido una prueba igualmente valiosa— pero le pedí que se apartara.

En ese momento volvió Láinez. Traía una botella de *whisky* y tres copas en una bandeja.

—No pasa nada, no pasa nada —dijo al verme. Yo había dado un paso atrás y tenía toda la actitud de dar otro, y otro, y otro, hasta saltar el muro para huir de allí—. Está muy bien alimentado. ¿Quieren nadar con él? —invitó.

—¿Nadar? —dije.

—Es buenísimo —dijo Láinez apoyando la bandeja en la mesa—. Y al mismo tiempo... —se interrumpió, quizá para concentrarse en la medida del *whisky* que servía, quizá para sugerir que había *siempre* algún peligro, por más bueno que fuera el tiburón.

—¿Cómo nadar? —repetí.

—Es toda una experiencia —comentó Láinez con una sonrisita.

—No tengo malla —dijo Vera.

La miré. ¿Cómo que «no tengo malla»? ¿Pensaba meterse en la pileta con un tiburón? Se lo dije con la mirada. Vera dijo con la voz:

—¿Por qué no?

—Esta chica y yo vamos a entendernos muy pero muy bien —dijo Láinez. Me puso el vaso de *whisky* en la mano y se inclinó para decirme al oído—: ¿Sabés si está con alguien, si tiene novio?

Le dije que estaba conmigo y Láinez alzó las cejas, sorprendido. Creía que éramos nada más que compañeros de trabajo. Le llamaba la atención enterarse de que Vera estaba con un hombre bastante mayor que ella, un disparate teniendo en cuenta que él era todavía mayor que yo. Se levantó y fue hasta el borde de la pileta, donde cruzó con Vera algunas palabras que no pude oír. Después caminaron hasta la casa, excitados como dos chicos a punto de hacer alguna clase de travesura. Disqué el número de Trini en mi celular y cuando atendió le pregunté quién era Láinez; me dijo que era un tipo con mucho dinero y «con ganas de hacer cosas». Qué más, le dije. No sé, no lo conozco, dijo él. De fondo oí la voz de Nudler preguntándole a Trini con quién hablaba. Corté.

Vera se había puesto un bikini de Alejandrina, cuyas medidas eran exactamente las contrarias, lo que le daba un cierto aire obsceno: la bombacha le quedaba grande y amenazaba con caerse mientras que el corpiño, que le quedaba chico, daba la impresión de estar a punto de reventar. Láinez, por su parte, se había puesto un *short* blanco, de un blanco intenso, como esmaltado, que resplandecía y obligaba a desviar la vista.

—No lo hagas —le dije—, no hay ninguna necesidad.

—Es un minuto —dijo ella como si en el agua hubiera un pato—. No te preocupes.

—¿Dónde está la llave general del gas?

—¿Cómo?

—La llave del gas, la llave del agua, voy a tener que cortar todo y cerrar la casa si algo sale mal. ¿El arreglo del techo ya está pago?

Me abrazó.

—Me parece que esto me va a gustar —dijo—. ¿Sentís cómo me late el corazón?

—¿Es el tuyo?

—¡Vera! —llamó Láinez desde el otro lado de la pileta.

Fuimos hacia allí. Láinez estaba parado en el borde, sobre la escalera; noté que en su pecho, del color del cobre aunque con la textura del cuero, empezaban a erizarse un millón de pelitos blancos. Le pregunté si el tiburón ya había comido ese día y si había comido bien y Láinez asintió y dijo que no le entraba ni un maní. Vera se rió. Estaba nerviosa, y contenta de estarlo.

—Esto es mucho mejor que la cocaína —dijo Láinez—, el efecto dura todo el día.

—No me imagino a un *dealer* de tiburones dando vueltas por la ciudad —dije yo, pero ya no me escuchaban: la adrenalina los había encapsulado en una burbuja distinta de la mía.

Láinez le dijo a Vera que prestara atención a lo que iba a hacer él —lo hacía todas las mañanas—, para que después ella hiciera exactamente lo mismo. No estaban permitidas las variantes. No debía confiarse —¡en ningún momento!— y mucho menos dejarse llevar por el sentimiento de que uno entró en fusión con el cosmos y esa clase de cosas. «Esto no es el cosmos, es una pileta de natación y ahí adentro hay un tiburón toro», dijo Láinez con un dedo en alto.

—¿Toro? —le pregunté—. ¿No es la especie más agresiva de todas? Vera, los tiburones toro son más agresivos que los tiburones blancos...

—Bueno, ahí vamos —dijo Láinez.

El primer movimiento ya me espantó. Cuando Láinez puso un pie en el agua, el tiburón, que en ese momento nadaba hacia el lado opuesto, giró a mitad de camino: había sentido (quizá incluso olido) el pie de Láinez en el primer escalón.

—Guau... —dijo Vera por lo bajo.

El tiburón llegó hasta la escalera al mismo tiempo que Láinez metía el otro pie y, con un pequeño movimiento de la cola, describió una curva y volvió a alejarse. Láinez terminó de bajar la escalera. Después, milímetro a milímetro, se metió en el agua hasta el cuello, moviendo apenas las manos para ayudarse a mantener el equilibrio. El tiburón siguió nadando en círculos, acercándose y alejándose y acercándose y alejándose, pero ahora con el lomo encorvado: estaba molesto. Finalmente Láinez metió la cabeza en el agua.

—Se la come —dije yo—. Esto es una locura. Le va a comer la cabeza.

El tiburón dio un par de vueltas más, siempre a la misma velocidad, describiendo siempre la misma curva, hasta que al pasar junto a Láinez por tercera vez éste extendió un brazo y le tocó la cola. El tiburón se sacudió y se alejó y dio una vuelta más corta, como si ya no quisiera pasar cerca de Láinez, pero a la vez daba la

impresión de estar más y más irritado; entonces Láinez sacó por un instante la cabeza del agua, se llenó los pulmones de aire, volvió a sumergirse y nadó hasta el centro de la pileta, obligando al tiburón a girar a su alrededor.

—Eso vos no lo hagás —le dije a Vera.

Láinez giraba en un punto, sin quitarle la vista de encima al tiburón, que a su vez mantenía la vista fija en él; eso duró unos diez o quince segundos. Después, siempre girando, alargó un brazo hacia el tiburón y abrió y cerró varias veces la mano como una garra.

—¿Se está burlando? ¿Este mero viejo se burla de un ser milenario?

Finalmente Láinez invirtió lo que le quedaba de oxígeno para retroceder hasta la escalera, que subió rápido y sonriendo.

—¡Guau! —aulló ni bien sacó los pies del agua.

—Yo dije lo mismo —dijo Vera.

—Es increíble —Láinez sacudía las manos como si toda la tensión se hubiera depositado allí—, realmente increíble, es una sensación que... No hay palabras. Bucear con tiburones en mar abierto es un juego de niños al lado de esto.

—De eso no me cabe duda —dije yo—. Vera, esto es una ruleta rusa, no tiene sentido. Vamos a sentarnos allá a hablar de la película...

Vera tuvo un instante de vacilación.

—¿Viste lo que hice yo? —le preguntó Láinez—. Muy bien, vos podés hacer todo eso sin ningún riesgo; lo que no podés hacer es ir al centro de la pileta. Eso no lo hagás. El bicho no te atacaría, pero te va a dar trabajo salir, porque tendrías que romper su círculo y para eso hace falta un poco de práctica. En parte tu amigo tiene razón: *algo* de ruleta rusa hay. Con el pequeño detalle de que el tiburón está muy bien alimentado y que además ningún tiburón ataca por atacar. Ésta es mi casa. ¿Vos creés que yo te pondría en riesgo *en mi propia casa*, con un tiburón en una pileta? No, querida, no tengo ninguna gana de pasar un año encerrado en un calabozo.

—¿Nada más que un año?

—Lo que sea.

—Láinez, si el tiburón se come a mi novia usted vacía la pileta y nos hace desaparecer a todos, incluido yo, por supuesto.

Láinez se rió.

Vera dijo:

—Quiero hacerlo. Tengo ganas de hacerlo. Me doy cuenta de que me muero de ganas de hacerlo —sus pestañas estaban más separadas que de costumbre, como si en efecto ya lo hubiera hecho.

En ese momento Alejandrina salió de la casa gritando:

—¡No lo hagás, papá, por favor, no lo hagás!

Láinez la desechó con un gesto de la mano.

—Hace siempre el mismo chiste estúpido —dijo con fastidio.

Entonces, mientras Vera ponía un pie en el agua y el tiburón se detenía a mitad de

camino y giraba hacia ella se me ocurrió de pronto que no era un tiburón sino un *animatronic* que manejaba Alejandrina por control remoto desde la casa y que todo el asunto no era más que una comedia. Me acerqué para mirarlo bien y me acuclillé en el borde.

—Tranquilo —me dijo Vera.

Ahora era yo el que no la escuchaba; toda mi atención estaba dirigida a captar alguna prueba del engaño. El tiburón pasó debajo de mí unas seis o siete veces antes de que Vera terminara de sumergirse y lo único que conseguí fue darme cuenta de que los tiburones verdaderos *tienen* aspecto de falsos, desde la textura de material inorgánico de la piel hasta la famosa frialdad de la mirada.

Ahora el pelo de Vera ondulaba bajo el agua como una medusa. Al principio el tiburón se comportó de la misma forma que antes con Láinez, describiendo los mismos óvalos abiertos y más cerrados luego de que Vera le tocara la cola con la punta de los dedos, pero en determinado momento nadó directamente hacia ella. Yo, que seguía acuclillado en el borde, noté que un pie de Láinez entraba en mi campo de visión.

Dios mío, pensé.

El avance del tiburón hacia Vera duró menos de lo que lleva decir «Dios mío», pero la sensación fue de haber recitado un Padrenuestro. Lo peor de todo fue que, después de alejarse, volvió a dirigirse directamente hacia ella. Me levanté.

—Tenemos que sacarla —le dije a Láinez.

—Shh —dijo él.

Entonces, en el tercer avance, Vera hizo algo insólito: le tocó la nariz. El tiburón se sacudió y pegó como un salto hacia atrás. Ahora nadaba en círculos a toda velocidad, sin acercarse ni alejarse un milímetro entre un círculo y otro, como una púa en el surco de un disco rayado.

—Muy bien —dijo Láinez queriendo decir «ya está» o «basta».

Vera pareció escucharlo; retrocedió hasta la escalera, de la que se había apartado apenas un metro o dos, y subió mirando hacia atrás por encima de un hombro. Cuando terminó de salir y volvió a mirar hacia adelante lo primero que hizo fue exclamar (con los ojos acuosos muy abiertos):

—¡Se parece a Smile, de frente se parece a Smile!

La abracé. Estaba helada.

—¡Es fantástico! —dijo acurrucándose en mí—, tendrías que probar.

—Otro día.

—En un momento se te fue al humo —comentó Láinez, pálido—, conmigo nunca hizo eso. ¿Puedo confesarte algo? Me asusté.

—Yo también —dijo Vera—, lo vi venir en cámara rápida y pensé que tenía que pegarle, pero eso fue muy lento, no tuve tiempo ni de cerrar el puño. Chocó con mi mano todavía abierta.

La mucama trajo una salida de baño para Vera y otra para Láinez y nos sentamos

por fin a hablar de la película. Pero en realidad sentarnos fue lo único que hicimos en ese sentido. Vera y Láinez se enfrascaron en un cruce de sensaciones sobre la experiencia «del nado con tiburón», como lo llamaba Láinez. Aunque él, es justo reconocerlo, intentó de tanto en tanto abocarse al asunto por el que estábamos allí, Vera lo interrumpía, emergía como desde otro estado y lo interrumpía, brindándole una y otra vez la oportunidad de plegarse a su emoción con la condescendencia de un maestro blando, ligero, ocasional, rico y, como pudimos comprobar un momento después, sin ideas.

No tenía ni una idea, ni una sola idea. Ni siquiera la mitad de una idea. Las ideas no eran lo suyo, definitivamente. Vera y yo hablamos de eso durante el viaje de vuelta casi con la misma sorpresa con que hablamos de su «experiencia» y de su «locura»; obviamente era ella la que decía «experiencia». Pero lo cierto es que yo, aun convencido de que había sido una locura, en el fondo lo llamaba con otro término — en voz baja incluso para mí mismo—: felicidad.

Que tus intereses sean lo más amplios posibles y que tus reacciones a las cosas y personas sean amistosos y no hostiles: el motor de la felicidad. Sin duda Vera era una chica feliz, feliz por sí misma, y a mí me daba toda la impresión de que era esa fuerza la que la empujaba a aceptar, a confiar y a probar, y no por un sentido del deber, ni porque pretendiera ganarse la admiración de nadie, sino nada más que porque *así era ella*. Pero el efecto del que había hablado Láinez no resultó con Vera sino conmigo, que no podía dejar de revolverme en el asiento mientras que ella estaba de lo más serena y divertida. Cuando llegamos a casa se puso a escribir, como siempre, y no paró hasta pasada la medianoche, no paró ni siquiera a los diez minutos de haber empezado —que supongo yo es algo mucho más fácil de hacer que detenerse a la hora o a las cuatro horas, ya embalado—, no paró cuando la japonesa tocó el timbre, ni tampoco media hora después, cuando la acompañé de regreso a la salida (diciéndole que se llevara las uvas, nomás) y volví a contarle que me parecía haber visto un pedazo del saco a cuadros del ex actor asomando por detrás de un árbol. Se limitó a desviar apenas la vista hacia mí y a decirme en el tono de su novela más que en el de este mundo: —¿Vos creés que va a estar toda la semana con el mismo saco?

—Hay gente que no se cambia el saco en toda la vida —dije yo, pero Vera ya había vuelto a teclear.

Agarré una escultura de Rodin (un *Pensador* en acrílico lila comprado en un *shopping*, de cuarenta centímetros de altura, que le había regalado a Vera un novio anterior, confirmando lo que yo opinaba de él) y salí a la calle con la esperanza de que el ex actor, si todavía andaba por ahí, huyera al verme salir de casa armado. Me pareció que al ex actor no le quedaría ninguna duda sobre mis intenciones, a menos que en los últimos días hubiera visto a otras personas paseándose con una escultura de Rodin en la mano. Fui hasta la esquina, volví y fui hasta la otra. Nada. Volví a la

primera esquina, esta vez echando un vistazo a los autos estacionados en la cuadra (un ejemplar de la revista *Gente* en un Fiat Duna, un sombrero de mujer en un Rover azul) y allí doblé y caminé hasta la esquina siguiente, donde hay una parrillita muy coqueta llamada *Claude*.

Eran las ocho de la tarde, y el único aroma de la cocina mundial que nos hace ver dorado ya inundaba el aire; entré, me senté a una mesa y, tal vez obedeciendo a mi alma, pedí medio vacío. Pedí también una botella de vino tinto y me quedé mirando por la ventana hasta que el mozo la descorchó en mi oído: ¡boom! Dije gracias y bebí un vaso de un solo trago, sin respirar, pero mirando a mi alrededor. Recién entonces olvidé al ex actor. Pensé que Vera tal vez tenía ganas de comer conmigo y, como no podía llamarla porque no había traído el celular, le dije al mozo, que ahora apoyaba en la mesa una bandeja de lata con la porción de vacío, que iba a salir un minuto y que enseguida volvía.

El mozo me miró con desconfianza.

—Dejo el adorno —le dije (el término «adorno» me pareció más apropiado que «escultura» y mucho más que «el Rodin») y fui hasta casa todo lo rápido que pude.

Vera, ya impacientándose con mis interrupciones, me dijo que no quería comer, que quería escribir, que lo único que tenía ganas de hacer era escribir, y yo volví a *Claude* pensando en la paradoja de que justamente cuando decido salir de casa armado es cuando más ocasiones le doy al ex actor de atacarme. Había ido y regresado sin el Rodin en la mano, ya de noche.

En la mesa vecina a la mía se había instalado una familia tipo (padre, madre, hijo, hija) argentina (el señor mirando el Rodin, la señora diciéndole algo en voz baja, la hija tratando de escuchar lo que decía la madre, y el hijo con cara de culo). Ni bien me pongo a masticar el primer bocado (otra característica de la familia tipo argentina: la puntería), el hombre me dice que su esposa quería saber dónde la había comprado. Le dije que no sabía, que era un regalo de mi padre y que hacía mucho tiempo que no lo veía. Mi respuesta pareció sorprenderlo, y no sin motivo: si hacía mucho tiempo que no veía a mi padre, ¿qué hacía yo con su regalo en la mesa? Buena pregunta, oí que le decía a su esposa después de haberle transmitido lo que había dicho yo. En lugar de resumir y decirle «no sabe», se había excedido dándole los mismos datos con los que me había excedido yo: un tema de conversación magnífico («¿Será loco?», etcétera). Para colmo, de pura casualidad, cuando promediaba el vacío y la segunda botellita de tinto, entró al restaurante un poeta de los buenos —aunque gauchesco— de apellido Infante, con quien me había frecuentado veinte o veinticinco años atrás durante unos meses a partir de un accidente de lancha cruzando el Paraná. La lancha se prendió fuego a cien metros de una isla y nosotros y un turista noruego que nunca había cruzado un río nos tiramos de cabeza al agua antes de que la lancha estallara.

—La puta madre que lo parió, ¿vos no sos...? —exclamó Infante al verme.

Asentí con la cabeza. Eso bastó para que el poeta me abrazara.

Después de ponernos al tanto sobre el curso que habían tomado nuestras vidas (mi

vida le pareció tan interesante como a mí la suya) reparó de pronto en el Rodin.

—¿Y eso? —preguntó.

—Un regalo que le compré a mi señora —dije yo («señora» me pareció más apropiado que «mujer» y mucho más que «novia», teniendo en cuenta mi edad).

Infante alzó las cejas.

—Perdoname que te diga pero es flor de boludez —aseguró—. Mi novia si yo le regalo eso me lo tira por la cabeza, sin ofender.

Pregunté:

—¿Por?

Dijo:

—No sé, pensalo vos. ¿Cuánto hace que estás casado?

—Poco.

—Con más razón —dijo Infante—. Cuidala si la querés, con estas cosas se te va a ir. Son gestos, qué sé yo. ¿Vos la querés o no la querés? —tenía la habilidad de parecer borracho aún antes de empezar a beber (de hecho no bebía, era abstemio), por la cual se permitía grandes arranques de confianza y sinceridad. Le conté algo, negó con la cabeza. Después sacó del bolsillo interior de una campera de nylon que llevaba enrollada en un brazo su último poemario, *La noche y la otra noche*, dijo que no me lo daba porque era el único que tenía y me obsequió la lectura de un soneto de verso libre que no entendí. En mitad de la lectura dio un respingo, como si acabara de acordarse de algo, leyó el resto apurado, se levantó, me dio la mano y se fue.

Yo empuñé la estatuilla y volví a casa blandiéndola en la oscuridad.

Capítulo 8

Un hombre de mediana edad («pacífico y virtuoso como una caja de cereales») va en auto con su esposa y sus dos hijos por una avenida congestionada. Ese día el hombre maneja callado, rumiando algo. Hasta que en un cambio de semáforo saca repentinamente la cabeza por la ventanilla e insulta a los gritos al conductor del auto que va adelante. El conductor insultado (un joven «del mismo color que su auto» — un BMW índigo—), en lugar de avanzar, abre la puerta, baja y camina con paso firme hacia el hombre apuntándole con un arma. La esposa da un alarido de terror que enmudece a los chicos. En el tiempo de un parpadeo el hombre pacífico entiende que el otro va a dispararle, se siente perdido, acelera y lo atropella «en defensa propia». El joven muere.

Los hijos del hombre pacífico, que lo aman, no volverán a ser los mismos desde que han visto a su padre matar a otro, y él lo sabe, pero ése es sólo el primer eslabón de una larga cadena de desgracias; el joven muerto resulta ser hijo —único, para colmo— de un falsificador de medicamentos que en la década del 80 se había enriquecido con una licencia para importar pistoletas remarcadoras de precios y que ahora invertía en campos y ganado. Se vengará. El hombre pacífico cae en la cuenta de que no sólo su vida sino también la de sus hijos y la de su esposa están definitivamente arruinadas.

Era el fin, o mejor dicho *un fin*. A partir de allí Vera retrocede; en lugar de ir hacia adelante, en lugar de meterse con las consecuencias, con la ley, con la venganza, con el terror, elige reconstruir la historia de los acontecimientos, una suma de hechos que se empalman unos a otros con su carga de pegamento mortal y que llevan al hombre virtuoso a perderlo todo en cinco segundos un domingo de sol.

Al principio es nada más que la causa inmediata de su irritación; después, siempre retrocediendo, la causa de esa causa, y la causa de la causa de esa causa, con lo cual —al menos hasta donde pude leer—. Vera construye una suerte de agujero negro que, en vez de succionar, lo expulsa todo, incluido un carozo de aceituna con el que el hombre se rompió un diente en mitad de un almuerzo en el que se decidía su futuro profesional y durante el que lógicamente *debía* sonreír. A pesar de su título, *Suerte*, la novela no se mete con las jugarretas del destino o del azar sino que es más bien un trabajo de excavación obsesivo y hasta perverso en busca de, precisamente, lo que encuentra en el camino hacia el desastre.

La idea de ir hacia atrás es más vieja que la de ir hacia adelante, pero el acierto de Vera es contar sin bostezos una vida feliz, y al mismo tiempo, después de habernos hecho conocer el episodio final, conseguir que leamos «la historia de un error sistemático» con la tensión de todo lo que es inocente, con las fisuras de todo lo que parece pleno.

En tres meses había escrito ya 112 páginas. En ese mismo tiempo se había hecho cargo de 70 libros de televisión, había leído 5 o 6 novelas, había visto unas 30

películas y 7 obras de teatro, 1 show de acrobacia, 3 conciertos de rock, había cenado o almorzado afuera con amigos o con compañeros de trabajo unas 60 veces, había ido a unas 10 u 11 fiestas, había viajado a España, se había enamorado, había escrito la primera versión de un guión de cine y había nadado en una pileta con un tiburón.

Levanté la vista y me pregunté si Julián estaría asustado. Desde unos minutos atrás había empezado a llover copiosamente; todas y cada una de las gotas que golpeaban la ventana tenían algo de la luz de los relámpagos, y también de su fuerza.

Unos días antes del viaje de Vera, Nudler inauguró una exposición de dragones en su taller del barrio de La Boca.

El taller alguna vez había sido una casa de familia, la familia de Nudler: padre, madre, un hermano esquizofrénico y él. Los padres se habían ido a vivir a Israel cinco años atrás; que se habían ido a vivir es una manera de decir, porque murieron en un atentado terrorista el mismo día que llegaron. Nudler encerró a su hermano en un neurosiquiátrico, agarró una maza y volteó las paredes en cruz que dividían los cuatro ambientes, sin furia, más bien feliz de no tener que trabajar ya en el patio y la terraza.

Las marcas de las paredes todavía podían verse en el suelo, abultadas como cicatrices y cubiertas de una fina película de óxido y limaduras de hierro. Brevemente: en determinado momento de la noche un acuarelista ignoto tropezó con el reborde de una de las paredes y cayó hacia atrás, ensartándose en el cuello el ala de un dragón. La punta del ala, terminada en forma de uña, entró por la nuca y salió por adelante, arrancándole la Nuez de Adán. El acuarelista achinó los ojos como si sospechara que algo malo acababa de ocurrirle y no supiera bien qué; hizo un gesto de pregunta con la mano a las personas con las que estaba conversando y murió mientras ellos empezaban a gritar.

Eso había sucedido cuatro años atrás. Así que ésta era la segunda muestra que hacía Nudler desde entonces. Ladinamente, el dragón asesino era la estrella de la muestra; ocupaba el centro del taller y era el único de los veinte dragones que tenía iluminación preferencial. Muchos de los presentes lo conocían, porque en aquella ocasión una revista alemana de arte y un diario sensacionalista paraguayo, siempre muy bien expuestos en los kioscos de la calle Florida, habían publicado en tapa la foto del acuarelista colgando del ala del dragón, que componía una escena sumamente llamativa, no sólo por el cadáver, sino porque el dragón giraba la cabeza hacia él y lo miraba, como si Nudler hubiera previsto de alguna manera la tragedia.

Ahora los veinte dragones tenían el mismo giro de la cabeza hacia la punta del ala levantada, lo cual perlaba a la muestra de un sudor conceptual, de un sentido general de anzuelo que extasiaba a los críticos y obligaba a todo el mundo, críticos incluidos, a moverse por el taller con suma cautela.

La muestra no sólo revivía al acuarelista, es decir a alguien que había trabajado en las antípodas materiales de Nudler con sus grandes chapones y hierros retorcidos y

chispas y martillazos y manos lastimadas con fuego azul, sino que además lo reensartaba, sugería la posibilidad y hasta el deseo de que su muerte se repita, esta vez encarnada en otro actor, sin que tenga ya la menor importancia a qué se dedica. El efecto era de temor, de indignación, de sorpresa, de histeria, de asco, pero todo montado sobre la base de la superstición paranoica, que era el efecto principal. Una mujer que apretaba en las manos una carterita dorada le decía a un hombre que se apretaba un testículo con la mano en el bolsillo que todo en la vida sucede siempre al menos dos veces y que el hecho de que ellos estuviesen ahora allí era ya un tropiezo.

—Podemos irnos —sugirió el hombre.

—No hago otra cosa que pensar en eso, pero ¿me creerías si te digo que estoy aterrada, paralizada, que no me atrevo a dar un paso por miedo a tropezar? Podría tomarme de tu brazo, pero ¿y si resulta que sos vos el que tropieza? ¿Notaste lo desperejo que está el suelo? ¿Notaste lo afiladas que están las puntas de esas alas? Tal vez debería sacarme los tacos, pero ¿y si caigo al inclinarme? ¿Y si alguien me ve salir descalza? ¿Qué sería peor, salir descalza o lastimada? Yo preferiría salir descalza, pero para eso debería moverme y no puedo, necesito ayuda, es notable lo rara que me siento. Debería tomar algo. No, no, por favor, no me dejes sola, alguien podría empujarme. Estos tacos... Además no me refiero a tomar una copa, no me refiero a eso.

Cerca de allí alguien le contaba a otro la historia de una cortadora de césped que le había rebanado los dedos de los pies a tres personas seguidas, el primero se la había regalado al segundo y el segundo al tercero, hasta que éste la mató de un escopetazo.

Vera se paseaba divertida por entre la gente escuchando sus conversaciones y deteniéndose de tanto en tanto a saludar a los conocidos. Entonces lo vemos a Horacio Tambutti, el único escritor ¿cómo decirlo?, «profesional» amigo de Vera. Los amigos de Vera (una bióloga y cuatro o cinco ex compañeros del colegio que todavía buscaban su destino, sin contar a los guionistas) no tenían absolutamente nada que ver con la literatura, un margen del que Vera parecía ir despegando poco a poco. Para ella se trataba de escribir, todo su entusiasmo y curiosidad estaban puestos exclusivamente en escribir, con una independencia casi escalofriante de las otras ramas de la actividad, por decirlo de alguna manera, incluida la amistad con otros escritores y la obra de esos otros escritores, contemporáneos suyos. No leía revistas especializadas, no curioseaba en Internet, no iba a presentaciones de libros, las industrias universitaria, periodística y editorial le eran tan desconocidas como las lunas de Urano; no estaba «en el ajo», como decía Nudler de sí mismo, aunque a su edad escribía mejor que muchos escritores de los que no podría decirse que fueran principiantes; al contrario, eran bien profesionales, ya habían convertido sus obras en una carrera y sus vidas en una provenzal, siguiendo la metáfora del ajo.

Tambutti (treinta y cinco años, bucles en la nuca) era el líder de la facción vanguardista, o lo había sido, en la época en que sostenía sus experimentos

manejando un taxi (es decir cuando pasaba diez horas manejando un taxi, diez horas escribiendo y cuatro con pesadillas), hasta que un episodio de corte policial lo catapultó a la fama. Ahora mismo venía de una gira de presentación de su último libro por México, Chile, Colombia y Venezuela, titulado *Un momento*, en el que narra los acontecimientos previos y posteriores a lo que él mismo llamaba «lo más triste, sórdido, patético, idiota, ridículo y también terrible del mundo»: una tarde, en la calle, notó que una mujer lo miraba; era una mujer común, parecida a millones de mujeres, una de esas mujeres capaces de pasar inadvertidas hasta en su propia casa y mucho más en la calle, de no ser por la fijeza con que lo miraba. La mujer estaba a unos diez metros de distancia, parada sobre el cordón de la vereda. De su brazo izquierdo colgaba una cartera. Era atractiva, sin tener por eso nada especial, y joven, con una de esas juventudes que no tienen por sí mismas ninguna importancia, al contrario del «aire de juventud» de Tambutti, que lo perlababa de un encanto extra, pegado como una ventosa inorgánica al halo de misterio que le daba su fe en lo que escribía. Tambutti empezó a acercarse; él daba un paso y ella otro. Él un paso, ella otro. Faltó poco para que la luz del día se apagara a su alrededor y para que no se oyera nada, aparte del metal de la ciudad. Una vez que estuvieron uno frente al otro la mujer abrió la cartera, al mismo tiempo que Tambutti despegó los labios. Había una coordinación absoluta, dijo Tambutti. Entonces la mujer sacó una pistola y le pegó un balazo en la cabeza.

Después se supo que la mujer lo había confundido con otro, pero Tambutti estuvo siete años en coma. *Un momento* narraba esa experiencia (no la del coma, desde luego, aunque allí se había permitido licencias poéticas extremas) y fue un gran éxito de ventas, un éxito notable, inmenso, descomunal. El episodio que casi lo mata había terminado por darle una vida; ahora Tambutti era rico, podía darse el gusto de no hacer nada, ni siquiera escribir; pasaba buena parte del año viajando por el mundo, dando charlas y entrevistas en las que contaba siempre el mismo cuento, o pavoneándose en una Harley-Davidson 1930 con sidecar. Nada le gustaba tanto como que le preguntaran *cómo fue*; su éxito se basaba en un hecho real y, por lo tanto, la gente se acercaba y le preguntaba cómo fue, siempre deseosos de un poco de repulsión, que él satisfacía generosamente, lo hubieran leído o no.

Trini se acercó, le dio un beso a Vera aunque ya le había dado dos y cuando Vera le presentó a Tambutti le preguntó:

—¿Cómo fue, Tambutti?

Hasta ese momento yo mismo había sido presa de *lo enorme* del éxito de Tambutti más que de su mérito o sus razones, como si la mera dimensión me hubiera anestesiado. Pero al oír la pregunta en boca de Trini y el comienzo de la respuesta de Tambutti, pulida como un texto, caí de pronto en la cuenta de que el asunto no tenía el más mínimo interés y que su repercusión se debía no a un malentendido sino justamente a que era fácil de entender y de vender, y también por supuesto a la casualidad.

Y en ese momento vi a Diana; estaba en el extremo opuesto a nosotros, charlando animadamente con tres o cuatro personas. Era la primera vez que Diana, Vera y yo coincidíamos en un mismo lugar. Diana no parecía haberme visto todavía; se la notaba suelta, relajada y alegre. Me disculpé con Tambutti, le dije a Vera que enseguida volvía, me aparté y fui a saludarla.

Uno de los hombres con los que estaba Diana dijo algo y ella echó la cabeza hacia atrás, riéndose; después me vio. Alzó las cejas como si le resultara extraño verme allí o como si verme le hubiera hecho notar lo extraño de que ella estuviera allí y se despegó del grupo para venir a mi encuentro. Yo no conocía a la gente que estaba con ella y no me los presentó, pero me di cuenta de que estaban por irse. Diana y yo cruzamos un par de comentarios sobre la muestra, acordamos que yo iría a buscar a Julián al día siguiente y justo cuando los de su grupo empezaron a moverse hacia la salida Diana vio a Vera al otro lado del taller.

—Ah... —dijo.

Iba a decir algo más, pero no lo hizo. Me dio un beso en la mejilla y se unió al grupo en retirada.

Volví junto a Vera.

Por la ventana vi que Diana subía a un auto estacionado frente al taller. Los demás se distribuyeron en un auto detrás del auto al que había subido Diana y que manejaba un hombre cuya cara no alcancé a ver, una sombra, una silueta oscura que extendió una mano hacia su pelo y le acarició brevemente la cabeza antes de poner primera y salir despacio, con todo el tiempo del mundo por delante.

—Entonces abrí los ojos —decía Tambutti—. Estaba acostado. Por un instante me extrañó darme cuenta de que había estado durmiendo a esa hora del día, las cuatro de la tarde, las cinco, las cuatro y media, pero enseguida noté que no era mi cama. Tampoco era mi pieza. ¿Era la pieza de alguna amante? No recordé haberme acostado con nadie que no fuera Vilma en las últimas semanas («je je», añadió). ¿Dónde estaba? Un silencio espeso inundaba el lugar. Descorrí la frazada que me cubría y, al incorporarme, algo me tiró de la boca, como un anzuelo... aunque no debería usar esa palabra acá, con perdón de Trini (Trini negó en silencio con la cabeza, compenetrado con el relato). Sentí el mismo tirón en un brazo. Un recipiente de suero se balanceaba frente a mí. Confundido, me dejé caer de nuevo sobre la cama. Lo primero que pensé fue que había tenido un accidente. La sensación fue muy rara, porque no estamos preparados para tener accidentes: les tememos, deseamos que nunca ocurran, tomamos nuestras prevenciones, pero no por eso aprendemos algo sobre el azar...

—Eso es verdad —dijo Trini.

—Mucho menos preparados todavía estamos para volver de ahí —continuó Tambutti—. Así que la sensación fue de fatalidad: no me alegró estar vivo, no; eso sucedió después. Recordé que iba en auto, y al verme solo suspiré aliviado, como en las películas. Inmediatamente me toqué las piernas. Ahí estaban. Esa comprobación bastó para agotarme, como si acabara de levantar un gran peso. Un minuto después,

ya más tranquilo, palpé el resto de mi cuerpo. Curiosamente no incluí la cabeza... Estaba *entero*. No tenía ninguna herida. A lo mejor no había sido un accidente, a lo mejor había sido un desmayo, pensé. De hecho me ardía la cara. Estaba transpirado, empapado, pero tuve la impresión de que hasta un minuto atrás había estado más seco que un pétalo de tela. Me dije que no había ninguna razón para alarmarse. Y entonces entró una enfermera. Debía tener cincuenta años, cuarenta y ocho, cuarenta y nueve. Era una de esas mujeres divididas por la cintura: muy flaca de la cintura para arriba y enorme de la cintura para abajo. La parte de arriba entró con expresión aburrída mientras que la parte de abajo se movía rápido, como con urgencia. Me quitó el anzuelo de la boca, reemplazó la botella vacía de suero y se inclinó un momento sobre la pantalla de un monitor, a la izquierda. Después giró hacia mí. Ya me quitaba la vista de encima cuando de pronto reaccionó y se llevó las manos a la boca. Salió disparada; la parte de abajo se dio vuelta y echó a correr mientras que la parte de arriba seguía mirándome con los ojos abiertos como platos voladores. Medio minuto después el cuarto se llenó de médicos. Uno se me acercó sonriendo y me preguntó si me sentía bien. Otro me puso un termómetro. Los demás se repartían entre el monitor y mi cara. Hablaban todos al mismo tiempo, asombrados, contentos. Pregunté qué había pasado. Me dijeron que acababa de despertar. Si no hubiera sido por esa respuesta, en ningún momento hubiera pensado que estaba soñando. ¿*Despertar*? Era evidente que algo no andaba bien. ¿Qué tiene de raro despertar? «Estuvo en coma», me dijo alguien. Hubo un silencio y la misma voz agregó: «Siete años». Me arranqué el suero y fui al baño. Todos alargaron los brazos hacia mí, solamente los alargaron, nadie intentó detenerme. Voy a decir rápido lo que vi, aunque para mí se detuvo el mundo. Había *cambiado*, chicos. Me reconocí, por supuesto, pero podría no haberlo hecho, porque de la misma forma en que no estamos preparados para sufrir accidentes notamos los cambios físicos únicamente hacia atrás, nunca hacia adelante... dejando de lado a la imaginación. Lo que veía era presente, y además imposible: la última imagen que tenía de mí no se correspondía con ésta. Era más viejo. En ese momento, sin la sensación del paso del tiempo, esperaba verme tal como era el día anterior. Fue un impacto. Se me doblaron las rodillas. Y justo cuando uno de los médicos dio un salto hacia mí para evitar que me cayera, lo recordé todo.

—¿Fue así, fue realmente así? —preguntó Trini maravillado.

—No —le dijo Tambutti mirándolo con fastidio.

Esa noche, ya en la cama, mientras Vera escribía, me pregunté una y otra vez quién sería el hombre que manejaba el auto al que subió Diana; repasé tantas veces su mano en sombras acariciándole la cabeza que, ya entredormido, me sobresalté al sentir que también me acariciaba la cabeza a mí. Ahora me estremezco sólo con pensar que el sobresalto por que también me acariciara a mí no tuvo una pizca de gracia: fue más bien horrible, la prefiguración de algo horrible, horrible por donde se

lo mire.

Al día siguiente hubo una nueva reunión en el canal, esta vez con los actores protagonistas y el director del programa.

Trini me llamó temprano. Quería pasarme a buscar para delinear conmigo una estrategia con la que enfrentar y resistir los embates del elenco, bestia de tres cabezas (el bueno, el malo, la heroína engañada o casualmente en lo cierto) dispuesta a hundir sin piedad, una y otra vez, en nuestras pobres carnes, su colección de puñales. Nada es tan cruel como un elenco de telenovela cuando algo no funciona bien. «Cuidado con la gente que se maquilla», solía decir Boas. Trini y yo estábamos de acuerdo con eso en líneas generales, pero también conocíamos la segunda parte: «Cuidado con Boas cuando está con gente que se maquilla».

Durante el viaje Trini le robó unos minutos a la estrategia para dedicárselos al éxito de la muestra de Nudler, de la que *finalmente* nadie salió herido; fueron con un grupo de amigos a comer a un bodegón, Nudler estaba tan contento que se emborrachó y vomitó en la mesa, etcétera. Debió haber vomitado también en el auto, porque apenas subí se me cerraron los bronquios. Trini quiso saber cómo había sido el encuentro Vera-Diana; le dije que no se habían cruzado y le pregunté quiénes eran los tipos que estaban con Diana; me dijo que no los conocía, pero agregó con malicia que se notaba que uno de ellos estaba «loco» por Diana. No dije una palabra sobre Láinez. Por último, mirándose en el espejito retrovisor, Trini resumió su estrategia: dejarlos hablar.

Estuve de acuerdo.

La secretaria de Boas, más famosa para mí que los actores, ya que a ella la veía más seguido que al programa, nos condujo hasta la sala de reuniones: una mesa larga rodeada de sillas vacías, excepto en el extremo norte, o sur, donde se agolpaban Boas, el director y los tres protagonistas, todos en ese momento hojeando un libreto viejo, es decir del día anterior, donde sin duda no había sucedido nada de lo que debía suceder, o «había sucedido pésimo», según la extraña sintaxis que reinaba cuando entramos.

El encuentro empezó con agresiones baratas y terminó con insultos y abrazos. El galán malo había trabajado siempre de galán malo y desde hacía años se movía como pez en el agua en ese rol, así que no tenía mucho para decir, aparte de apoyar al galán bueno y a la heroína, que eran los que estaban verdaderamente enojados. El galán bueno era un tipo de mediana edad, musculoso, caprichoso, emocionalmente producido, con implantes dentales en los colmillos, pelo largo y camisita *mao*. La heroína era igual a él, excepto por el dato de que sus implantes no estaban en la boca sino en el pecho. Eran esa clase de gente que discute si es mejor Buster Keaton o Chaplin y que serían capaces de lavar un *shopping* con la lengua con tal de no perder el pelo, en el caso de ella, o echar tetas, en el caso de él (para seguir con sus preocupaciones principales además de actuar, digamos). Hasta Trini, que había nacido en el medio y aspiraba a morir en él, los admiraba con recelo. Los actores,

junto al productor y al director, formaban una suerte de Estado Mayor Conjunto especializado en eludir responsabilidades cuando las cosas salían mal (lo que se había ahorrado el productor, los planos anodinos del director y la intención del galán — tanto la del bueno como la del malo— que recibe un puñetazo y cae pensando en *gustar*); así que ahí estábamos nosotros, los verdaderos responsables. Lo único claro después de una hora de tolerar los embates del grupo fue algo que dijo Boas:

—Se cae, muchachos, esto se cae.

El comentario re avivó mi preocupación, la impotencia de Trini, la humillación de los actores y el tedio del director, porque sentíamos todas cosas distintas, Valeria, la protagonista, insistió con la psicología del personaje («es tarada», dijo, «lo ama y no se da cuenta de que lo ama»; "a mí la gente en la calle me dice pegale un cachetazo, Valentin», intervino el galán bueno) hasta que en uno de los cinco televisores de la sala un periodista anunció novedades en el caso del asesino bautizado «del edificio» y todos nos dimos vuelta a mirar. Boas agarró el control remoto equivocado y subió el volumen a un cocinero que trataba de abrir una ostra con la punta de un cuchillo y que dijo entre dientes «la dura concha del ego»; enseguida, con otro control, también equivocado, subió el volumen a un grupo de panelistas enardecidos con algún tema del que sólo alcanzamos a oír la palabra «beso». Finalmente dio con el control correcto, pero la noticia, un *flash*) informativo, languidecía: si había algo importante que decir, ya había sido dicho.

Boas quitó el sonido.

—Y encima la realidad no ayuda —dijo.

Todos lo miramos sin asentir.

El programa salía al aire a la misma hora que los noticieros de otros canales y últimamente la realidad producía hechos con los que era difícil competir, según su «teoría». Desde una semana atrás el caso del asesino del edificio se llevaba todo el interés de la gente: alguien había matado a seis personas en distintos pisos de un edificio de Recoleta (un matrimonio que almorzaba en el segundo piso, una anciana en el tercero, un joven y un técnico que reparaba su computadora en el quinto, y a la esposa del portero en planta baja, una mujer menuda con la que se había ensañado antes de huir). Era evidente que el tipo no sabía lo que quería, aparte de matar; algo muy parecido le pasaba a los actores. Hasta que Boas no dio por terminada la reunión, la heroína insistió con su pedido de «lógica» en «las pasiones del personaje» y el galán bueno con sus citas anónimas recogidas en la calle o en su casa, todas inventadas, sin duda, mientras que el malo, a medida que aumentaba la irritación de sus compañeros, se abismaba más y más en la tarea de quitarse una basurita de debajo de una uña, o un pellejito de la cutícula, o una idea obsesiva de larga data que el trabajo mantenía a raya y que afloraba cuando lo perdía o cuando estaba a punto de perderlo.

Después de la reunión lo fui a buscar a Julián. Llegué una hora tarde. Julián me esperaba con su mochila ya lista, sentado en el último escalón de la entrada; hacía

volar un muñeco mientras Diana plantaba unas flores en un macetón. La música de cámara que salía por la ventana abierta me hizo sentir que el cuadro había sido real hasta el momento en que llegué. Los guantes de jardinería amarillos que usaba Diana subrayaban el aire de *composición*, de escena exclusivamente dirigida a mí, incapaz de provocar el más mínimo rizo en la atención de un extraño.

Por un momento ninguno de los dos me vio. Diana estaba de cuclillas, con el pelo atado en una trenza, manejando inhábilmente una palita de jardinería tan nueva como los guantes; hacía un pozo en la tierra seca y dura del macetón y la ponía sobre un diario abierto en el suelo. Julián, con el muñeco en alto, gritaba en voz baja que lo soltara, que el muñeco lo soltara a él, mientras él ponía cara de dolor y estiraba más y más el brazo, como si el muñeco intentara arrancárselo describiendo ochos por encima de su cabeza.

Llovió todo el fin de semana. Mientras cocinábamos, mientras jugábamos con Julián, por la mañana o por la noche mientras él dormía, Vera fue *separando* las cosas que pensaba llevarse; lo hacía al pasar, como una actividad dentro de otra. El domingo a la tarde ya había seleccionado y acumulado en el escritorio, sobre las sillas y en el suelo, todo lo que después pondría en las valijas, desde ropa hasta papeles.

En determinado momento Julián le preguntó adónde iba y Vera le contó que se iba un tiempo a Berlín. Julián hizo un silencio, se apartó sin decir nada y empezó a guardar sus juguetes en la mochila. Era la primera vez que recogía sus propias cosas. Cuando terminó volvió junto a mí.

—¿Te vas a quedar solo? —me preguntó.

Asentí sonriendo, le guiñé un ojo y dije en tono cómplice que íbamos a tener toda la casa para nosotros. Pero a él no le hizo ninguna gracia. Más bien estaba triste o preocupado.

—Yo me vaya quedar con vos —dijo.

Y se sentó en el suelo entre mis piernas, como si me protegiera protegiéndose.

Aun así no culpó a Vera, no le reprochó nada y cuando se despidieron le dio el mismo abrazo cariñoso de siempre, ni más fuerte ni más largo, es decir sin noción del tiempo, como si fuera a verla de nuevo el próximo fin de semana, y aceptó con alegría la promesa que le hizo Vera de traerle un regalo, e incluso se animó a decirle qué es lo que quería.

Cuando Diana y yo nos separamos, la noche anterior seleccioné y busqué lo que iba a llevar conmigo. Esa noche había llegado el día. Caminé a un lado y a otro por la casa evaluando qué cosas necesitaría o querría conservar en mi nueva vida. El resultado de esa inspección estaba ahora en una caja en el escritorio de Vera, una de esas cajas desplegadas que se compran en los supermercados o en los negocios de

baratijas chinas. Pero aquella última noche en la casa que todavía era mi casa lo que hice en realidad fue desechar las cosas con las que había vivido hasta entonces. Los libros, por empezar. No podía llevarme la biblioteca, en la que convivían mis libros con los de Diana, ni mis discos, una montaña de todas las épocas que algún día sería de Julián. Esa misma noche mis discos quedaban en sus manos. Era mi plan, de todos modos. Elegí unos pocos. *Marquee Moon* de Televisión en primer lugar. Guardé en la caja algunos papeles personales, el pasaporte, la agenda. También me llevé unos cuantos dibujos de Julián, y algunas fotos. En una hoja en blanco copié los números de teléfono de los médicos de Julián, el de su pediatra y el de un traumatólogo al que lo habíamos llevado la semana anterior porque le dolían las piernas: se estaba estirando, estaba *creciendo*. «El dolor del crecimiento», dijo el traumatólogo. Lo último que guardé en la caja fue una foto de nosotros tres que me llevó un buen rato encontrar. Julián debía tener unos dos meses de edad y Diana y yo lo besábamos en las mejillas, uno en cada mejilla. Julián tenía la cabeza apenas echada hacia atrás, los ojos cerrados y la boca entreabierta. Fue todo lo que llevé.

—¿Dijo a qué hora volvía? —le pregunté a la mucama mientras Julián corría escaleras arriba para encender la computadora.

La mucama se encogió de hombros. Pensé quedarme hasta que llegara Diana, pero la posibilidad de que la mucama se negara a dejarme entrar a casa me acobardó; le pedí por favor que no le quitara a Julián la vista de encima, a lo que asintió con un gruñido, y me fui. A mitad de camino llamé por teléfono. Atendió Diana, que acababa de llegar. Me preguntó cómo la había pasado Julián durante el fin de semana.

—Muy bien —le dije.

—Me hubiera gustado que te quedaras a comer con nosotros —dijo ella.

Suspiré con un silbido, como un muñeco de goma. Yo amaba aquella secuencia de llegar a casa, besar a mi hijo y dormir abrazado a una mujer que había dado pruebas más que suficientes de que, de ser por ella, estará a mi lado el resto de su vida. ¿Es posible que un milagro como ese resulte tan débil —quizá porque uno pone al deseo en la cima, cuando sabe que en la cima no está el deseo sino el terror? ¿Qué pasa si la vida real, la vida improductiva o plena, está con la mujer a la que se va a dejar, pero junto a la que se tiene y con la que se hace casi todo lo que uno ama?

Toqué timbre en la casa de Vera. Enseguida noté que yo vivía allí y que tenía las llaves de la puerta en el bolsillo.

Monique Maosake estaba de pie junto al equipo de música. Con la cabeza inclinada leía el lomo de los discos. Una carterita de cocodrilo sintético colgaba de su hombro. Ya eran casi las nueve de la noche.

—Fuera —le dije.

—Así no se trata a una dama... —murmuró ella sonriéndose.

Me senté en un sillón, me quité las zapatillas. Estiré un brazo y agarré una calculadora del primer estante de la biblioteca. En los últimos 15 años, como guionista, yo había escrito, directa o indirectamente, a razón de 20 libros semanales de 40 páginas cada uno durante 10 meses del año, un total de 120.000 páginas. A esos 15 años debería quitarle los 3 o 4 años en los que no tuve trabajo y durante los que me gasté el dinero que había ganado en los 11 o 12 años restantes, pero después de un cierto punto toda cifra da lo mismo, es siempre una «friolera», como dice Trini. Ahora bien, ¿cuál es la altura del trabajo de un año? 2 metros. Si un libro mide 1 centímetro de altura, 200 libros apilados uno sobre otro miden 2 metros. Por lo tanto en 15 años yo había escrito una montaña de 25 metros de altura: la altura de King Kong.

Vera acompañó a Monique hasta la puerta. Volvió diez minutos después. Apenas entró sonó el teléfono. Atendió. Era Trini. Hablaron, se despidieron (hubo una posdata en la que Trini preguntó por mí y ella dijo «acá está»). Cuando colgó, alguien tocó el timbre. Vera dio una carrerita hasta la puerta. «La posdata de Monique», pensé. Era un *delivery*. Comimos pizza y tomamos cerveza sentados frente a frente en los sillones del living. Hubo un par de llamados más durante la comida. Después la ayudé a hacer las valijas, cruzando miradas en silencio como si estuviéramos descuartizando a un acreedor.

A medianoche me tiré en la cama. Durante un rato oí a Vera que caminaba de allá para acá, abriendo y cerrando cajones; después sentí el peso de su cuerpo en la cama y me di cuenta de que me había quedado dormido. Vera acercó su boca a mi oreja y me preguntó en un susurro si me sentía bien. Le dije que sí. La abracé. Estaba desnuda, pero también agotada. Sin quitarse mis brazos de encima, más bien sujetándolos, giró, me dio la espalda y se acurrucó en mí, la nuca en mi boca, sus pies entre mis pies. Pensé decirle: «¿Por qué le vendés tu relación conmigo a una productora alemana?». Pensé que ella me contestaba: «Peor que venderse es estar en venta». Y durante unos segundos aumenté la presión del abrazo; después me relajé, como si acabara de gastarlo todo.

Al día siguiente, cuando entré a su casa, de regreso del aeropuerto, el teléfono estaba sonando. No atendí. Era Láinez. Habló tanto que el contestador automático se cortó en mitad de una frase. Volvió a llamar. Quería saber si estábamos pensando en *la historia*. Me di una ducha y trabajé un par de horas en el programa. Ahora que Vera no estaba su casa me pareció más que nunca su casa. Excepto yo mismo, no había rastros de mí. Era como un amante que registra las marcas previas al abandono (el envase de *shampoo* en el fondo de la bañera, los restos de una torta de crema en un plato) y que al hacerlo se vuelve un intruso.

Una de las botas que finalmente había desechado estaba sobre la cama y la otra en

el suelo; en el jardín, colgando del respaldo de una silla como una prenda de vestir estaban sus anteojos. Pero ni rastros de mí. Vera había pasado como un remolino sobre mis huellas, borrándolas durante los preparativos finales de su viaje; no había más que la presencia de su ausencia en toda la casa, mirara donde mirara.

Capítulo 9

Todas las semanas Vera me mandaba por correo electrónico lo que había escrito y yo lo leía cuidadosamente y se lo reenviaba lleno de subrayados y sugerencias y acotaciones y notas al pie. Vera me contestaba enseguida para agradecerme las correcciones y hacía silencio hasta la semana siguiente, cuando volvía a mandarme el archivo con lo nuevo de su novela. Rara vez me escribía entre un capítulo y otro y aunque en esas ocasiones me decía que me extrañaba yo tenía la sensación de que no era así. Sus mensajes eran ligeros, en letra mayúscula, y carecían de «paisaje»: no decía absolutamente nada sobre el lugar en el que estaba, sobre la gente con la que vivía, sobre lo que había hecho o sobre lo que planeaba hacer. Tampoco preguntaba nada sobre mí.

Yo escribía en su novela porque la quería, y recién en segundo lugar porque mi trabajo pudiera servirle o resultarle útil. «No te creas que no me doy cuenta», me dijo una vez, a veinte días de su partida. Eso era todo. Le pregunté a qué se refería y no me contestó, pero ahora en su próximo correo hubo una descripción muy detallada, casi loca, de una excursión que había hecho a los suburbios para ver a un marroquí que por doscientos euros se tragó una serpiente viva. El espectáculo la había hecho vomitar, pero también la había fascinado: durante varios días siguió hablándome de eso, dándome más y más detalles sobre el asunto, hasta que por fin pareció olvidarlo y volvió a su novela.

Nunca me escribió tanto *a mí* como durante esos días en los que dejó de escribir su novela. Pero yo en el fondo temblaba cada vez que al abrir el correo me encontraba con un mensaje suyo *sin archivo adjunto*, es decir sin novela. En ese mensaje Vera podía decirme que había conocido a alguien, etcétera, en tanto que su novela —que no garantizaba nada en ese sentido, aunque era imposible para mí obviar su «no te creas que no me doy cuenta»— se había convertido en nuestra forma de estar juntos.

A veces la extrañaba y a veces la odiaba. A veces me daban celos. La paranoia —que para mí es un estado de acceso a la verdad— se ponía a descascararlo todo con sus garritas de hurón: no podía evitarlo.

Una tarde llamé a los productores de los programas en los que dijo haber trabajado el ex actor del saco a cuadros; quería saber quién era, pero nadie lo conocía y los programas habían sido borrados. ¡*Fin!* Me senté a tipear. Era un día silencioso, limpio y soleado, un viernes que imitaba a un domingo, con mariposas diminutas, grisáceas, de alas obesas y peludas, de cabeza amarga, de abdomen agrio, que volaban allá y aquí bajo la atenta mirada de unos pájaros (diez, doce) frustrados en las antenas de televisión de las casas vecinas. Entonces una pelota de fútbol cayó del cielo, por decirlo así. La pelota rebotó sin gracia (no estaba del todo inflada) y quedó

sobre una reposera, junto a un paraguas, en un clima ligeramente dadaísta. Hacía varios minutos ya que en mi guión había sonado el timbre, así que le hice decir «¡Adelante!», al personaje que estaba adentro. Acto seguido un chico de unos once años saltó el tapial desde la casa vecina hacia el jardín, agarró la pelota, se la puso debajo de un brazo y de pronto se encontró con que volver no era lo mismo que venir. El tapial no era muy alto, unos dos metros, más, pero el chico no había calculado que fuera lo que fuese aquello en lo que se había apoyado del lado de su casa para saltarlo —una mesa, una escalera— no estaría también de este lado. Dio una vuelta por el jardín buscando algo a qué subirse, intentó con la reposera, que no le alcanzó, arrojó la pelota hacia su casa y gritó hacia allí que no podía volver. Estaba atrapado. Apoyó una mano en la pared, mirando hacia arriba, como si estudiara la posibilidad de adherirse (en adelante ya no podría fantasear con el Hombre Araña) y empezó a llorar. Desde la casa vecina llegaron las risas de otros chicos. Me levanté y salí. Al verme abrió más la boca que los ojos. Le hice un gesto indicándole que se acercara y lo acompañé hasta la puerta de calle. Creía que me había ido de viaje. Le dije que no, que evidentemente estaba ahí. Me dijo que su mamá había dicho que Vera y yo estábamos de viaje. Le dije que su mamá estaba equivocada. Asintió en silencio, después me dio las gracias y corrió hasta su casa. Esperé a que entrara. Antes de entrar a la mía eché un vistazo a un lado y a otro. Todavía antes de entrar pisé la caca de un perro, fui hasta el cordón de la vereda, me limpié lo mejor que pude, saqué del bolsillo del pantalón una hoja de papel doblada en seis (la agenda de esa semana), chequeé el día y la hora de la próxima reunión de autores, alguien que pasó en bicicleta y a quien nunca había visto me saludó con la mano, una brisa fría me trajo a la mente una mañana con Julián y Diana en la cama (los tres recién despiertos, las tres cabezas juntas) leyendo *Las aventuras de Tintin*, sonó mi celular, atendí, era la secretaria de Boas, dije que sí, dije dos veces que sí, corté, cerré la puerta con llave y paré un taxi. Sabía qué era lo que Boas iba a decirme y con qué ánimo volvería yo y entraría por fin a casa.

Todavía antes de entrar fui a mi casa «original» a buscar a Julián. Fui inmediatamente después de la reunión con Boas. Aun así era tarde. Diana me dijo que había pensado que ya no iría. Me disculpé y le dije que había tenido una reunión importante y que de hecho acababa de quedarme sin trabajo. Ella hizo una pausa y desvió la vista, apenas unos centímetros, la distancia suficiente para asimilar la noticia. Después me invitó a pasar. Tenía invitados. Julián jugaba en su cuarto con los hijos de uno de ellos. Los invitados se sorprendieron de verme. En una época también habían sido amigos míos, pero no habíamos vuelto a vernos desde que Diana y yo nos separamos.

La mesa estaba puesta para cinco. Diana agregó un plato. La última chispa de una fogata de malhumor acababa de apagarse (¿cómo era posible que Vera le hubiera

dejado «su» programa a la japonesa cuando sabía que mi economía andaba en la cuerda floja?). Enseguida me sentí cómodo y a gusto. Era un grupo de lo más heterogéneo y a la vez compacto, quizá porque no se esforzaban por resultar menos inteligentes ni más graciosos de lo que eran. Cuando Diana trajo un plato para mí lo hizo sin preguntarme nada, y cuando yo amenacé con decir que me iba, que me había gustado verlos y saludarlos pero que no me quedaría a cenar me hizo un gesto increíblemente impúdico (me trató como a una mujer, pero como a una mujer arruinada por la cultura, con los párpados violetas y un pañuelo de gasa rosa al cuello, una de esas mujeres que no pueden acabar si antes no llegan al orgasmo) que agradecí durante las dos horas que pasé con ellos: nadie habló de cine, ni de televisión, ni de productoras, nadie barajó ambiciones, ni traficó o escamoteó contactos, ni alianzas, ni camarillas, ni poderes, ni se urdieron historias sobre el fondo rabioso de lo que aspira únicamente al reconocimiento y la recaudación.

Después de comer y antes del postre subí a saludar a Julián (¡lo había olvidado!). Estaba sentado en el suelo con sus amigos, los tres serios y callados alrededor de un montón de juguetes con los que de pronto parecían no saber qué hacer. Le dije que iba a volver a buscarlo mañana, le di un beso y bajé con ganas de quedarme hasta el final y con la intención de irme lo más rápido posible. Pero algo había cambiado durante mi ausencia. Ahora estaban todos serios. Sus miradas se paseaban por la casa como reflectores por un presidio: uno miraba al suelo, otro al techo, otro a la pared. Esther era la única que no miraba a ninguna parte: mantenía los ojos cerrados y Diana le acariciaba una mano sobre la mesa, mientras Daniel, el marido de Esther, un ex nadador olímpico dedicado al cultivo industrial de flores, se ponía el saco, agarraba sus cigarrillos, los guardaba en el saco, buscaba en el saco las llaves del auto, las encontraba sobre la mesa (el saco era central en ese momento de su vida, pero mantuvo las llaves en la mano) y, con un tono de voz marcial, anunció que se iba. Me había escuchado decir lo mismo a mí al bajar la escalera, así que se ofreció a llevarme, algo a lo que ya no me pude negar: una cosa era aceptar una cena de mi ex mujer y otra quedarme a consolar a sus amigas. Saludé.

Salimos. Diana me acompañó hasta la puerta. Le pregunté qué había pasado. Me dijo que ya me lo contaría Daniel y me preguntó si me sentía mejor, si estaba más tranquilo. Tuve que pensar para darme cuenta a qué se refería. Para ella eso fue una buena señal: la había pasado bien. Sí, la había pasado bien, pero ahora tenía que irme. No sé quién dijo eso. ¿Tenía que irme? ¿Quién dijo que tenía que irme? ¿Lo dijo Diana? ¿Lo dije yo?

En el auto, durante el viaje, Daniel me contó que Esther lo había engañado. Iba a preguntarle cómo lo sabía cuando se me adelantó y me pidió que no le pregunté cómo era que lo sabía. No se lo pregunté, le pregunté si se había enterado recién. Dijo que sí. Mi próxima pregunta, forzosamente, debía ser cómo, pero Daniel repitió que no le

pregunte cómo, eso ya me lo diría Diana. Le dije que Diana me había dicho que eso me lo diría él, y él dijo que no tenía ninguna gana de hablar de eso ahora. Le pregunté si estaba seguro. Daniel vaciló, pero no dijo palabra. Así que no insistí. Hicimos el resto del viaje en silencio. Me dejó en la puerta de casa. Antes de bajar del auto le pregunté si estaba bien y dijo que sí. Le di la mano. Le dije, por cortesía —porque era lo último que hubiera querido aunque me la había hecho pasar tan bien—, que me llamara si necesitaba hablar. «Voy a estar despierto cinco minutos más», le dije en tono de broma. Él hizo un chasquido con la lengua y arrancó con la puerta abierta. La cerró diez metros más adelante, sin detener la marcha. Era la una de la mañana. Me lavé los dientes sin mirarme al espejo y me tiré vestido en la cama. Tenía fuerzas de sobra para desvestirme, lo que no tenía era voluntad. Cerré los ojos y dormí un minuto. Me desperté porque algo me molestaba. Me di cuenta de que era la luz de la luna, que me daba en la cara. No, no puede ser, me dije. Me levanté, cerré las cortinas, me quité la ropa y, en lugar de meterme en la cama, fui al living, me serví un *whisky*, me senté en un sillón y me quedé un buen rato a oscuras odiando la persecución de la luz de la luna sobre mí. Era falsa, pero dos veces no me iba a hacer levantar. Mi vida era falsa, ¿cómo no iba a ser falsa esa luz? ¿Falsa la luz? Qué ridículo. Ridículo, pero también tremendo: la sensación de lo falso cuando se impone a lo real, como una mujer petisa y chata que impacta por la altura y por las tetas. ¿Algo más? Sí: hasta mañana.

Al día siguiente, pero siete años atrás (la vida real es así), sostuve a Julián en mis manos mientras una enfermera lo lavaba. En determinado momento me di vuelta y miré por encima de un hombro: Diana me sonreía desde la cama, con los ojos brillantes de emoción. «El bebé de mis sueños». Estaba agotada por el esfuerzo, pero hasta su palidez era feliz. Entonces un médico se interpuso entre nosotros. Diana estiró una mano y lo apartó. La expresión de su cara no había cambiado, su cabeza ni siquiera se había movido. Simplemente apartó al médico con la mano y siguió mirándonos.

¿Qué hubiese pasado si un dios injurioso y menos indiferente que el que tuvimos le hubiera dicho que en unos años más iba a irme y que le tocaría retorcerse de dolor y sinsentido?, (¿en qué momento empezó a tener sentido haber nacido, para que uno sienta el deseo de hacer nacer?). Diana hubiera seguido sonriendo. Tal vez no apartaría al médico con la mano, pero yo la vería sonreír cuando él se fuera.

—¡Papi...! —me llamó Julián desde el jardín, salvándome de ese entresueño celeste, deshilvanado y ocioso.

Fui.

Había un pájaro muerto entre unas flores. Estaba agusanado. Julián lo había descubierto buscando «el nido de las maripositas», que eran cada vez más. Le dije que no lo tocara.

Fuimos al cine y cenamos afuera. (En el cine Julián dijo: «Me gustaría venir con cinco chicos y diez padres a ver Chucky, el muñeco maldito»). ¡De vuelta en casa se durmió mirando dibujos animados. Cambié de canal. El asesino del edificio había vuelto a atacar, esta vez en los pisos 1 Y 5 de un edificio al sur de la ciudad. En el piso 5 había matado a tres personas. Frente a la cámara y ante un micrófono, una mujer que vivía en el piso 4 y que al hablar tensaba y aflojaba las aletas de la nariz decía que a la hora de los asesinatos ella «sintió» el timbre y que no llegó a atender porque estaba en el baño. El asesino bajó otros dos pisos, llamó a un departamento en el piso 1 y cuando desde adentro lo atendieron disparó cuatro veces a través de la puerta, hiriendo de gravedad a un psicólogo en slip. Se suponía que usaba un silenciador, porque nadie había escuchado disparos.

Siete años atrás, al día siguiente (recién entonces) me di cuenta de que era padre, un padre. Julián había tenido una complicación respiratoria y pasó varias horas en una incubadora. Le habían puesto una campana de vidrio en la cabeza, dejando los bracitos afuera para que no se arrancara las cánulas, y lloraba, lloraba sin sonido, lloraba y yo no podía oírlo, agitaba las manitas en el aire y no podía tocarlo... Durante los meses siguientes estuve particularmente atento a su respiración. Podía oírlo hasta dormido (cuando yo dormía). Tenía miedo de que se ahogara, que perdiera demasiado peso o que tuviera alguna enfermedad; cuando empezó a gatear tuve miedo de que pusiera un dedo en un enchufe, que se tragara un encendedor, que se metiera algo en el oído; cuando empezó a caminar temí que se golpeará con la punta de una mesa, que cayera del balcón, que se metiera en el lavarropas; cuando empezó a ir al colegio tuve miedo de que un extraño lo robara, que lo abusara el profesor de flauta... La lista era infinita. Un hijo es una industria de producir terror.

Me acosté a su lado ocupando el lugar de Vera en la cama y lo abracé como sólo yo podía abrazarlo, después de todo.

El lunes llamé a mis conocidos en el mundo de la TV para ponerlos al tanto de que estaba «con ganas de hacer algo». Hablé con Láinez y le propuse una historia que no le gustó. Volví a llamarlo a la noche y le conté otra. Me dijo que necesitaba «masticarla» un poco. Antes de cortar le pregunté por el tiburón y él por Vera. Con cierta lógica, se interesó por mi respuesta mucho más de lo que yo me interesé por la de él.

A medianoche, ya lanzadas mis redes (con todas mis fuerzas aunque no muy lejos de la costa), abrí el correo y trabajé hasta las dos de la mañana en el nuevo capítulo de la novela de Vera.

Al día siguiente me encontré de pura casualidad con la japonesa en un restaurante. Se la veía tan sola que por un momento olvidé que yo también lo estaba. Nos engañábamos: los dos esperábamos a alguien, aunque ese alguien fueran personas distintas. Tomamos un vodka en una copita pensada para jerez y me levanté

cuando llegó Boas, me levanté sin presentarlos, lo que empezó a pesarme a medida que pasaba el tiempo y se hacía evidente que la persona que ella esperaba no llegaría.

Fue en ese almuerzo cuando Boas me habló de Joan Bardem, un productor catalán de veintinueve años de edad, amigo suyo, que buscaba un guionista para una película. Boas había pensado en mí. Le pregunté por qué. Boas alzó las cejas y a su vez me preguntó si había hecho mal. Después atendió un llamado. La japonesa había empezado a comer. Boas cortó y me dijo que tenía que apurarme: era una producción grande y el avispero de los guionistas debía estar ya bastante revuelto. Sacó del bolsillo interior del saco una hoja impresa y me la entregó: la idea. Cinco líneas y media. La leí mientras él atendía otro llamado. Era nada, pero todo es nada hasta que se escribe. Sin dejar de oír lo que alguien le decía al otro lado del teléfono Boas señaló la hoja impresa con el mentón y me hizo un gesto de pregunta con la mano. Apreté los labios y asentí con la cabeza.

—¿Qué te parece? —me dijo cuando cortó.

—Bien —le dije—. ¿Y ahora qué tendría que hacer?

—Nada. Pensar. El tipo quiere un drama. De todo lo demás me encargo yo. Vos desarrollá eso en unas quince o veinte páginas y cuando lo tengas me avisás. No, vamos a hacer algo mejor. Le hablo hoy mismo y le digo que te interesó y que ya estás trabajando y lo dejo en contacto con vos. Ojo, te vendí muy bien, tenés que trabajar en serio. Hay mucha plata.

Le pregunté qué era lo que quería él.

—¡Nada! —dijo, sorprendido por mi pregunta pero lejos de ofenderse.

Me quedé en silencio, mirándolo. Mirándolo y creyéndole, algo que debe haber notado. Entonces se sonrió, pestañeó, puso las manos sobre la mesa, dejó caer los hombros y con un tono de voz distinto, un tono bajo, como de alivio, dijo:

—Nunca ayudé a nadie.

En ese momento llegó Belgrano, un viejo guionista largamente desempleado. Se sorprendió de encontrarme con Boas, pero Boas lo despachó sin vueltas, e incluso con un gesto de la mano en línea recta. Belgrano fue a sentarse con la japonesa.

—A mí tu inteligencia me da lástima —dijo Boas con su particular sintaxis, en este caso una bonita contracción de sentido—. Siempre me pareció que vos tenías que estar en otro lado. («Puede ser una trampa», me dije). Mirá esos dos —añadió señalando a Belgrano y la japonesa—: dan la vida por esto, pero no la dan de apasionados, la dan de compulsivos. No pueden hacer otra cosa, ni siquiera pueden divertirse. Yo hice toda la vida lo mismo, pero yo por lo menos mando. Vos tenés talento, sos culto y estás en el lugar equivocado: acá esas cosas no se aprecian. Yo con el veinticinco por ciento de tu talento sería Suar. Acá esa medida es un techo. De ahí para abajo está todo bien. De ahí para arriba sobrás, rebotás. ¿No pensaste en ponerte a escribir un libro? —moví la cabeza sobre un hombro y sobre el otro. Boas hizo una pausa—. Es todo basura —murmuró después. Entre la pregunta por el libro y el resultado de la pausa («es todo basura») traté de imaginar los ingredientes del

cóctel que lo había arrastrado a esta crisis; no encontré nada (¡después de todo apenas lo conocía, aunque él creyera conocerme a mí!), pero seguramente en la mezcla había un buen fracaso comercial y hasta unas rayaduras de Osho. Tenía cara de haber dormido poco. Después supe que la noche anterior había participado en Montevideo, Uruguay, de la tercera edición de un encuentro multinacional de operadores de televisión, programadores, canales de TV Paga y TV Abierta, empresas enfocadas en el área satelital y la telefonía y gremios y agrupaciones del sector, y que había bebido y charlado animadamente con representantes (ejecutivos, tesoreros) de la Organización de Asociaciones y Empresas de Televisión Paga de Iberoamérica, de la Comercializadora de Programación para Televisión, de la Asociación Argentina de Televisión, de Red Intercable, de la Asociación Nacional de Broadcasters Chilenos, de Agremiaciones Televisivas Paraguayas, de Pirineos TV, de Cadenas Públicas de Información Europea en América Latina, de la Asociación Interamericana de Televisión del Sur, en un clima o marco de diversidad y enriquecimiento del que unas horas después, ya en el vuelo de regreso, no quedaba más que el logo de los patrocinadores del encuentro. Probablemente no pudo conciliar el sueño. Se levantó, encendió su computadora y (¿quién no estaba al tanto de su adicción a la pornografía?), visitó páginas de sexo duro, páginas que se llamaban «abuelas enculadas», «bisex teen», «lluvia dorada», «dando y recibiendo», «consoladores vivos», «anal amateurs guarro», «defeque hentaí», «ninfómanas peludas», «incesto», «orgía de enanas», «tutto transexual», «sex zoo», «putix animado», «eyaculaciones caseras», «orgías bizarras» y «coñitos de zorras pelirrojas». Después me llamó. Eran las once de la mañana y quería almorzar conmigo.

Boas se suicidó ese mismo día por la tarde, pero Joan Bardem y yo seguimos adelante. A Bardem le había gustado mi desarrollo de la historia y la forma en que había delineado a los personajes. Me ofreció una pequeña fortuna y me mandó un contrato que firmé a expensas de mi fobia a volar: una de las cláusulas decía que el guionista debería viajar a España en la etapa de preproducción para hacerle al guión los ajustes que hicieran falta si el productor así lo requería. En ese momento no me importó.

Trabajé desde las primeras horas de la mañana hasta las primeras horas de la noche como un poseído y en menos de tres semanas tuve una primera versión, pero no se la mandé hasta diez días después. El prejuicio con la velocidad es más fuerte que con la lentitud; nadie parece haberse puesto a pensar que aquél a quien las cosas le llevan mucho tiempo puede estar, más que dedicándose concienzudamente al asunto, en alguna clase de dificultad. El tiempo es un plus en favor del resultado, una primera garantía. Al menos a ojos del que pone la plata. «Que te cueste si me cuesta» es la ecuación. («Después vemos qué salió»).

Así que mientras esperaba prudentemente a que pasaran esos días, imaginé las

objeciones de Bardem, para lo cual tuve que meterme en su cabeza, palpar el interior de la cabeza de un desconocido (terreno pegajoso, olor a quemado, penumbra), y me puse a trabajar en la segunda versión; menos una forma de ganar tiempo que de hacer lo que me gustaba: discutir solo, pelear solo, soñar solo. Y sólo escribir.

Una tarde vino Nudler. Apareció de pronto, sin llamar, sin avisar, fiel a su ningún estilo, con un libro de Georg Groddeck en la mano, las *Conferencias* que éste había pronunciado en su sanatorio de Baden-Baden entre 1916 y 1917.

—Tomá, lo encontré en el taxi —dijo apoyándome el libro de canto en el pecho-o Se me acercó un tipo recién cuando bajé y me preguntó si vos seguías viviendo acá. Ni buenas tardes dijo. «¿No ves que sí, que lo vengo a visitar?», le dije yo.

—¿Tenía un saco a cuadros?

—No —dijo Nudler después de pensarlo, como si un saco a cuadros fuera algo difícil de recordar.

Salí a ver si el tipo seguía por ahí y cuando volví encontré a Nudler sentado en mi sillón. Me dijo que la casa era linda. Le dije que no lo esperaba. Me dijo que Trini, sorpresivamente, lo había querido matar.

—En serio —dijo—, matar en serio.

Se hacía de noche...

—Te vine a ver porque me parece que podrías hablar con él.

—No.

Hice un llamado. Trini confirmó la versión de Nudler. Y es más, dijo, necesito, creo, medicación, un psiquiatra. «Hace una hora que no paro de llorar», dijo. Dios mío, me dije. Corté y le dije a Nudler que se calmara, que fuera a dar una vuelta, que se tomara un vino, que yo tenía que trabajar.

Nudler desprendió los tres botones de la camiseta negra que llevaba puesta, hizo una torsión y sacó un hombro al aire: tenía un tajo, un tajo sin sangre, un raspón de cinco centímetros de largo. Él también se lo miró. Después volvió a guardarlo, se abotonó la camiseta y dijo:

—¿Te das cuenta?

Cuando sacó el hombro hubo un relámpago. Cuando me preguntó si me daba cuenta empezó a llover. El viento apoyó la palma de su mano en la puerta que daba a la galería y la puerta se abrió; también se abrió el libro de Groddeck sobre la mesa. Las páginas pasaron a toda velocidad.

Le dije que a lo mejor había llegado la hora de que no se vieran más. Me dijo que él pensaba lo mismo. Le dije que entonces... Me preguntó si tenía algo para tomar, algo fuerte, y si no pensaba cerrar la puerta. Esto último lo dijo cerrando el libro de Groddeck y aplastando la tapa con un dedo.

Yo hice un largo silencio.

Después me levanté y cerré la puerta. Me di cuenta de que estaba sentado cuando me levanté, y que había cerrado la puerta cuando él quitó el dedo de encima del libro. Se echó contra el respaldo del sillón, con las manos enlazadas detrás de la nuca, y

tosió dos o tres veces con la boca abierta.

—La verdad estoy hecho pelota —dijo—. Nunca pensé que íbamos a llegar a este punto. Yo le pego una patada en el culo y él me clava un cuchillo en un hombro: no hay proporción. Me fui para evitar un desastre, créeme. Si me hubiera quedado, ahora no estaría acá. Yo no estaría acá y Trini no estaría en ninguna otra parte —dijo, y se besó mentalmente los dedos en cruz.

Esa noche no pude echarlo. Se quedó a dormir. Llovía, llovía mucho. Estaba lejos de su casa, pero no esgrimió esa razón: dijo que tenía miedo de pasar por lo de Trini, no miedo a agarrarlo del cuello sino miedo a no soltarlo después. Desequilibrado, ésa es la palabra que usó. Él y Trini. Estaban desequilibrados los dos. Dijo:

—¿Me podré tirar en algún rincón?

Le escribí a Vera contándole que Nudler estaba en casa y me respondió con dos signos: un signo de pregunta seguido de un signo de admiración.

Esa noche esperé a que Nudler se durmiera y después esperé que roncara, gritara, tosiera, escupiera y que sus pulmones silbaran y sus extremidades inferiores temblaran y voltaran algo, pero no sucedió nada de eso; fui hasta el living en puntas de pie: Nudler dormía en el sofá, inmóvil y mudo como una tumba. Empezó a sonar mi celular. Nudler ni mosqueó. Miré el *display*: era Trini. Instintivamente no atendí. Era la hora del instinto.

Un momento después empezó a sonar el teléfono de línea. O a lo mejor fue al revés, sonó primero el teléfono de línea y después el celular. Trini trataba de entrar por algún lado. Antes de que cortara reaccioné, salté sobre el teléfono y le dije en voz baja pero enérgicamente que sacara a Nudler de mi casa. Del otro lado se hizo un silencio y después la comunicación se interrumpió. A lo mejor no era Trini.

Al día siguiente salí temprano. Nudler dormía; ahora sí roncaba, y hasta tenía espuma en la boca. Llevé a Julián al colegio.

—¿Todos los humanos que hay ahora en el mundo van a morir? —me preguntó.

Desayuné en el bar de una estación de servicio y escribí un diálogo en la parte áspera de una hoja que me dio una empleada. Cuando levanté la vista vi pasar a Inés Montes, que había estado casada con un amigo de Diana, un escritor de apellido Froind que había muerto unos años atrás y cuya obra, cinco largas novelas publicadas y dos definitivamente inéditas, había desaparecido antes que él; su obra desaparecía a medida que era editada. Recuerdo mi congoja por la forma en que era ignorado, por el vacío y la condescendencia a su alrededor. Yo había leído sus dos primeras novelas (ni siquiera yo las había leído todas, probablemente ni siquiera Inés) y no era malo, todo lo contrario, era un buen escritor; el problema era que lo hacía todo demasiado bien. Con un poco menos hubiera sido tal vez un escritor comercialmente exitoso; con un poco más, hubiera escrito algo importante o de valor. Ese equilibrio lo volvía inocuo, epigonal; lo anulaba. No era Svevo en relación con Joyce. Froind producía el efecto de un hijo que mira a su padre y piensa que lo que el padre tuvo que lograr mediante la lucha, él lo obtiene de su mano.

Trabajaba sin descubrir, como un espejo en el que nadie se mira. Cuando murió era todavía joven: tenía cuarenta y cinco años.

Antes de morir le dijo a Inés: «Escribí un promedio de 5 horas diarias durante 30 años. Eso da un total de 55.000 horas, sin contar el tiempo que pasé leyendo. No viví, mi amor. No viví».

Nudler estaba masturbándose de pie en medio del living cuando llegué.

He visto a una chica de quince años quitándose el ojo de vidrio en una pista de esquí, he visto una mariposa parada sobre una mosca muerta, he visto al botón y al *velcro* darse la mano, he visto a un hombre negro, vestido de negro, con un bastón negro, con anteojos negros, bajar de un auto negro a plena luz del día, he visto a Kubrick rascándose un huevo en una esquina de Hampstead, a metros de la casa de Keats, he visto a un ciego manoseando a la *Lolita* de Nabokov con la yema de los dedos, en una edición preciosa; si tengo tiempo y una oportunidad tal vez un día vea rayos gamma sobre el hombro de Orión. Pero ver a Nudler masturbándose en mi casa era sencillamente demasiado.

—¿Tenés pensado dónde vas a acabar? —le pregunté de pronto.

Nudler ni se inmutó, como si habitualmente se masturbara en casa de otro y fuera habitualmente sorprendido. Se levantó el pantalón, se ajustó el cinturón con cierta violencia y, por toda respuesta, me alcanzó una hoja de papel de cuaderno en la que él mismo había escrito: «Papá, te devuelvo lo único que te debo».

—Bah —dijo con desprecio—, después de todo es una idea de Dalí.

—¿De quién?

—Del boludo de Dalí.

—¿Dalí boludo? —dije.

—Era un genio.

—¿Era un genio y le decís boludo?

—Todos los genios son medio boludos.

Después de este diálogo (pleno de misterio y a la vez plano) volví a pedirle que se fuera. Le dije que necesitaba estar solo para trabajar. Pero alguien que ha dado una muestra tan grande de *invasividad* como él no iba a tomarse jamás en serio un pedido como el mío. Abrió las palmas de sus manos quemadas (recientemente frotadas) y juró que no molestaría. Me encerré en el escritorio, transcribí a mi archivo el diálogo que había escrito esa mañana en la estación de servicio y seguí adelante con lo demás.

Un par de horas después vino a pedirme un cigarrillo. Le dije que no tenía y le pregunté si no quería ir a buscar. Aceptó. Lo dejé salir, cerré la puerta y ya no volví a abrirle.

Tocó el timbre largo rato. Después llamó por teléfono. No atendí. Cuando se activó el contestador automático, Nudler empezó a decir en voz baja, con tono de

complicidad:

—Che... —pausa—. Che... —pausa—. Dale, che... —pausa—. Che, atendé... —pausa larga—. Che, ¿me oís?

Caí en la cuenta de que no tenía amigos (yo no tenía amigos). Los había perdido, había dejado de verlos, de llamarlos, de interesarme por ellos. ¿Cómo era posible que un energúmeno como Nudler estuviera rogándome que le abriera? Conocía a muchísima gente en los circos más variados de la comedia humana, pero no eran amigos. Podía decir que «eran» pero no que eran.

Mis verdaderos amigos estaban en la infancia, donde ya no estábamos ni ellos ni yo. Nos mirábamos con desconfianza cada vez que nos encontrábamos, pero no desconfiando uno del otro sino sólo de uno mismo, incómodos en la confrontación con el que ya no éramos, como si algo terrible hubiera ocurrido de un día para el otro. Algunas amistades se habían deslizado hasta la adolescencia; dos de ellos habían sido asesinados por la dictadura militar y un tercero se había ido a Brasil, de donde no había vuelto más. A partir de entonces tuve amistades fugaces que terminaron en traiciones, decepciones o alejamientos repentinos, aparentemente inmotivados. Después vinieron las amistades laborales (los compañeros de trabajo) y por último los amigos de Diana y los amigos de Vera. Me llevé siempre muy bien con los amigos de Diana, hasta que Diana y yo nos separamos. Entonces ellos y yo dejamos de vernos. Al principio cruzábamos de tanto en tanto algún llamado, pero todo era forzado y vacío sin Diana como nexos, además de mi sospecha de que cualquier cosa sincera o cualquier confidencia que yo hiciera circularía y sería comentada en grupo, y sentía alivio al cortar. Los amigos de Vera eran mucho más jóvenes que yo y no tuve nunca ningún problema con ellos, ni ellos conmigo; la verdad es que no es muy difícil ser aceptado por los jóvenes. Detestan la infatuación (hay que *adoptar* sin impostar, parecen decir) y se cagan en la experiencia. ¡Y lo bien que hacen! Pero, aunque me gustaba que me hicieran conocer música nueva, por ejemplo, no llegaba a interesarme por las cosas con las que soñaban mientras la oían. Así que los evitaba. Mientras Nudler... *ahora*, mientras Nudler dejaba su mensaje en el contestador, caí en la cuenta de que hacía décadas que no tenía un solo amigo verdadero, que hacía décadas que había dejado de preocuparme por la amistad, y que deberían pasar décadas antes de que fuera capaz de reconocer que eso me dolía y levantara el teléfono y le dijera al monstruo que me dejara en paz.

Habíamos ido a almorzar a uno de los bares sobre el río y de pronto Julián dijo:

—¡Mamá!

En la mesa de al lado un hombre sostenía el diario abierto frente a su cara; en la página de atrás había una foto de Diana.

Julián me preguntó si mamá estaba lejos.

—No, está en casa —le dije.

Cuando el hombre dejó el diario le pregunté si me lo prestaba un momento. Di vuelta las páginas buscando la foto de Diana. Era un reportaje. Empecé a leerlo. Julián se bajó de la silla, dio media vuelta a la mesa y me abrazó por detrás.

—Me gusta que estén cerca —dijo.

Bardem estaba muy satisfecho con la primera versión y yo con mis «anticipaciones» a sus comentarios: había acertado en un porcentaje bastante alto. Y si antes había dejado que pasaran unos días antes de mandarle la primera versión, esta vez hice apenas unos cambios y reajustes y le mandé la segunda versión inmediatamente. Bardem estaba sorprendido. Iba a leerlo y me diría qué opinaba. Ahora, de pronto, era yo quien tenía que esperarlo a él.

Llamé por teléfono a Diana. ¿A quién podía llamar, si no? Estaba contento. Atendió la mucama. Me dijo que Diana había salido. Eran las nueve de la noche. Me atreví a preguntarle con quién.

—Con un señor, señor —dijo ella.

—¿Y Julián?

—Acá está. ¿Quiere hablar con él?

Julián tardó un buen rato en atender. Estaba apurado y molesto. Me preguntó por qué lo llamaba siempre por teléfono. Le dije que lo llamaba porque me gustaba hablar con él. Me dijo que a él no le gustaba hablar conmigo cuando estaba mirando los dibujitos. Que no lo llamara cuando miraba los dibujitos. Me dijo que ahora, por culpa mía, se había perdido lo mejor.

Al día siguiente me encontré con Diana. Yo mismo me sorprendí al decir lo que dije, pero ella asintió como si hubiera estado esperándolo desde hacía mucho, mucho tiempo.

—Tengo que arreglar algunas cosas —dijo.

Entendí a qué se refería.

Diana tiene ojos marrones. En realidad el color de sus ojos oscila (se mueve) entre el guinda brillante y el cerezo, también brillante. Al atardecer es el color de un *scotch*. Por la mañana, de acuerdo con la luz más que el ánimo, sus ojos te hacen pensar en lo que tocamos, o en lo que podemos tocar, o en lo que nos toca. Cualquiera que se haya perdido en la naturaleza de los ojos de Diana tiene que aprovechar la noche y guiarse por las estrellas. Saldrá. Es una manera de decirlo, por supuesto. Pero aun cuando sus ojos indican rodeos espiralados y senderos sin comienzo ni fin, inspiran confianza. Confianza y generosidad. En los ojos de Diana todo salta, asoma, se deja ver. Un breve vistazo a sus ojos alcanza para saber que lo dará todo por uno. En los ojos de Diana se lee como en un libro abierto. Ella misma sostiene el libro. Si está enojada, o angustiada, o ansiosa, sus ojos son como los ojos

de los gatos del poema de Picabia cuando miran a un pájaro: piensan. Y a la inversa, si uno dice una palabra de más (*tres* palabras de más, en realidad) sus ojos son como los ojos de los pájaros que miran a los gatos: dudan. Si te desea o te detesta sus ojos consiguen que adviertas hasta la menor de las microscopías: los desplazamientos de aire ante cada parpadeo, por ejemplo. A veces en sus ojos se ve más allá, a veces más adentro. Si está feliz sus ojos te siguen. Si está más feliz, te acompañan.

En la oscuridad (una rodaja plana y circular de oscuridad, como la feta de una materia sin bordes) vi una pequeña piedra luminosa que giraba acercándose. Se acercó lentamente, siempre girando, hasta que pude verla bien. Era un diamante. No me cegó, lo ocupó todo pero no me cegó. En su interior había un gauchito sentado a una mesa de madera clara, con un lápiz en la mano. El gauchito escribía directamente en la madera. Adelanté la cara y alcancé a leer: «Esos días con vos se recortan del resto de mi vida con la tonalidad de lo ideal: si alguna vez tuviera la desgracia de estar a punto de ahogarme, en la película completa desde mi nacimiento, esos días (qué pocos fueron, ¿no?), se destacarían en la oscuridad con tal suficiencia que yo, entre las olas, sonreiría, en vez de luchar». Apenas terminé de leer, el diamante se alejó llevándose al gauchito enamorado a toda velocidad. Yo entendía que era un sueño y que el mensaje no estaba dirigido a mí, pero que estaría autorizado a descifrarlo o a interpretarlo si despertaba en ese instante. Todavía dentro del sueño, me desperté. Pero había olvidado el texto del gauchito y por más que intenté recordarlo no pude. Entonces desperté de verdad y lo recordé todo, palabra por palabra.

Pero esta vez ahí estaba Vera.

Recién llegaba. Tenía un saco doblado sobre un brazo y me había apoyado una mano en un talón, como si estuviera a punto de echarse encima de mí. Sonreía.

Me abrazó.

—Hola —dijo.

Lo dijo en un susurro, rozándome la mejilla con los labios. Después alzó la cara y me miró; hacía mucho tiempo que no nos veíamos y lo sentí: sentí que hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

Al día siguiente (pero como desde más allá del día siguiente) le dije que había hablado con Diana y que iba a volver con ella. Vera apartó la vista, giró la cabeza lentamente y me preguntó qué había pasado. Traté de explicárselo cuando volvió a mirarme. La explicación fue también para mí.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Después, como si ya no quisiera tocar lo que decía, dejó caer la mano con la que hasta ese momento se había pellizcado los labios y dijo con una voz apenas audible:

—No puedo creer que no me quieras...

Le dije que no lo crea. No la quería menos que antes, pero todo lo demás había

cambiado.

Ese mismo día me fui.

TERCERA PARTE

Capítulo 10

El Dr. Comas dedicó el segundo encuentro casi enteramente a contarme por qué podía confiar en un avión. Habló de la cabina, de los pilotos, de la altitud, de las turbulencias, de las tormentas, del despegue y del descenso. El dato más importante, para mí, fue que un avión es doble, y en parte triple. Es decir: los sistemas más importantes —electrónicos, hidráulicos y neumáticos— están dispuestos en zonas independientes y son sustituibles: en caso de que falle uno, puede actuar otro. Las dos manitas de mi mente se pusieron a aplaudir.

¿Estaba tomando el psicotrópico? Sí, todavía no sentía nada. Tranquilo. Finalmente me puso el casco del simulador de vuelo y «despegué», pero la imagen estaba demasiado pixelada, con pixeles del tamaño de una caja de fósforos, así que el efecto, cualquiera de los efectos esperados, fue nulo. En pleno vuelo, para colmo, el Dr. Comas atendió un llamado, probablemente de su esposa («querida», le decía, aunque podía decirle querida a su hija, a su amante, o a las tres) y, mientras yo hacía fuerzas para imaginar que estaba a diez mil metros de altura, hablaron de la ubicación de unas macetas con unas plantas que habían encargado y que por lo visto acababan de llegar. El Dr. Comas parecía molesto por la interrupción. Despachó el asunto lo más rápido que pudo, después me quitó el casco, me dio unas páginas fotocopiadas con instrucciones para unos ejercicios de respiración, me dio también la mano y abrió la puerta del consultorio diciendo que me esperaba el jueves. Era martes.

En la sala de espera alguien acababa de dejar un gran macetón de cemento con un ficus larguirucho y sediento que daba la impresión de estar examinando su nuevo hábitat mientras la secretaria del Dr. Comas, con el cuerpo en el pasillo y el brazo en la sala de espera (sosteniendo la puerta abierta), les decía algo sobre una factura o sobre una firma a las personas que habían traído el macetón y que por lo visto iban en busca de otro. El ascensor empezó a bajar antes de que ella completara una frase, lo que la puso de malhumor (ya lo estaba en realidad, sólo que ahora tenía un motivo), así que cerró la puerta protestando entre dientes; cuando le pregunté dónde quedaba el baño, me señaló a mí (el baño estaba a mi espalda) con el mismo gesto automático con el que me hubiera mandado matar si yo fuera judío y ella nazi. («Querida», le decía el Dr. Comas).

Después de usar el baño pagué la sesión y salí al pasillo. Oí los pasos cortos y pesados de los hombres cargando un macetón en el ascensor, tres pisos abajo; un momento después el ascensor se abrió frente a mí. Traían otro ficus, mucho más grande que el anterior. A uno de los hombres no lo había visto nunca; el otro era el tipo de cabeza rapada que había violado a Diana.

Lo que sentí al reconocerlo fue tan intenso que no importa. Pero tuve que clavar las uñas en la pared y encoger con fuerza el brazo como un alpinista para apartarme y dejarlos bajar. El tipo de la cabeza rapada tenía puestas las mismas sandalias de cuero que aquella vez. A pesar de que yo lo miraba fijo, no me miró; se agachó para agarrar

el macetón por la base, lo alzó mientras el otro tiraba hacia arriba del tronco del ficus y, callados, sin respirar, con una carrerita, lo entraron al consultorio.

—Por acá, por acá —les decía la secretaria.

Subí al ascensor, cerré la puerta, bajé. Si el próximo paciente del Dr. Comas hubiera llegado en ese momento y me hubiera visto salir habría pensado que algo andaba mal con la medicación, o que su propio miedo a volar no era nada después de todo. Caminé rápido a un lado y a otro, sin alejarme del edificio, buscando la camioneta de un flete o de un vivero, en la que debía figurar alguna dirección. El único vehículo en el que podían haber cargado semejantes macetones era una Traffic (blanca) estacionada a metros del edificio, pero en los costados no figuraba ninguna dirección. Paré un taxi.

—¿Adónde? —me preguntó el taxista después de quince largos segundos de silencio.

—Espero a alguien —le dije sin despegar la vista de la puerta del edificio.

Entonces dos autos se rozaron a nuestro lado. Los dos iban conducidos por mujeres de mediana edad, vestidas de verde. Inspeccionaron sus autos durante un momento y, mientras una se ponía el pelo detrás de las orejas para llevarse después las manos a la cara, la otra se acercó al taxista y lo acusó de provocar el roce, estacionado como estaba en doble mano. El taxista, señalando con el pulgar por sobre un hombro, le dijo muy tranquilamente que tenía las balizas puestas, a lo que la mujer respondió con un insólito —por la violencia del tono más que por el lenguaje— «me cago en las balizas». El taxista sopló por la nariz con esa condescendencia entre falsa e impotente de la obra trágica que se permite expresiones de poca monta. Dije que enseguida volvía y me bajé. El tipo de la cabeza rapada estaba demorándose demasiado; temí que hubiera salido en un momento de distracción mía, quizá durante el choque, así que volví a entrar al edificio, volví a subir, volví a encontrarme con la puerta abierta del consultorio (el tipo de la cabeza rapada seguía ahí), volví a bajar y volví a subir al taxi. La mujer se había apartado e intercambiaba con la otra los papeles del seguro, pero de tanto en tanto miraba de reojo al taxista, quien a su vez se miraba en el espejito retrovisor, estirándose un labio hacia adelante con dos dedos y doblándolo hacia afuera con una presión del pulgar.

—¿Podés creer que me pegó?

—¿Le pegó? —repetí yo sin quitar la vista de la puerta del edificio.

—No me lo esperaba. Hasta ahí para mí venía todo bastante bien, la tipa sacada, yo tranquilo. Me dijo una sarta de incongruencias que cualquiera se hubiera reído. Y yo me le cagué de risa en la cara, lógico. Ahí la tipa sacó una mano y me la puso en el hocico. Sentí como una piedra en la boca y le miré la mano: tenía un anillo, un anillo de rubí. «Me cortaste, hija de puta», le dije. «Bajá que te corto bien», me dijo ella y mientras tanto bailoteaba en puntas de pie con la guardia en alto. Bajé. Me tiró otra mano y la agarré de la muñeca y le doblé el brazo hasta que puso una rodilla en el suelo. «No, la muñeca no, la muñeca no», gritaba, «tengo que operar, soy cirujano».

La solté. «Mi hijo se opera mañana», le dije. Me preguntó adónde. Le dije dónde y me preguntó el apellido y cuando le dije me dijo que lo operaba ella. Se me cayeron las medias. La tipa se empezó a reír. Yo no sabía cómo disculparme, imagínate. Mi hijo mañana está en sus manos. «Es que tiene una boquita, doctora», le dije yo. Me dijo que sí, que está un poco tensa, que la operación de mañana es la primera que hace y que no me preocupe, que es una operación muy simple...

La mujer se acercó a la ventanilla. Le dijo que se iba, que saldría bien, que todo saldría bien, que se quedara tranquilo. Después le dio la mano.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, doctora y disculpe el choque pero...

—Usted no tuvo nada que ver, fue la estúpida aquélla —dijo la doctora señalando con el mentón a la otra mujer, que acababa de irse—. ¿Cómo está ese labio?

El taxista *minimizó*, como se dice en televisión, encogiendo un hombro y negando milimétricamente con la cabeza.

—Tiene su carácter —comentó después, mientras la doctora se alejaba en su auto a toda velocidad—. Lo único que espero es que no se desquite con el nene —hizo una pausa—. No, los doctores no son de hacer eso, que yo sepa —nueva pausa—. Capaz incluso que le pone más atención, ahora que nos peleamos... —Otra pausa, esta vez acompañada de un chasquido con la lengua—. Ojalá no le haya estropeado la muñeca... —La última pausa fue la más larga: ya pensaba otra vez en el trabajo—. ¿Tardará mucho la persona?

—No, ahí viene, es ése.

El de la cabeza rapada subió a la Traffic por el lado del conductor. El taxista se había hecho a la idea de que el tipo viajaría con nosotros, así que estuvimos a punto de perderlos: había un espacio libre en la calle delante de la Traffic y salieron de pronto, sin maniobrar.

—Sigámoslos —le dije.

—¿Como en las películas? —preguntó él con una sonrisita, dándole arranque al motor.

En cierto sentido era yo el que manejaba. Preveía la dirección que iba a tomar la Traffic, me adelantaba a la posibilidad de que otro auto se ubicara entre nosotros y decidía la velocidad y el carril por el que debíamos ir, intercalando mis órdenes en el monólogo del taxista, un monólogo sin asunto: el zumbido de una voz. Estaba tan concentrado en la Traffic que mi sensación, unos diez minutos después, cuando de pronto dejé de verla, fue la de un borramiento total de la ciudad. Y cuando la Traffic milagrosamente reapareció ante nosotros, reaparecieron también las particularidades del trayecto, zonas abiertas y rápidas, arboladas, humeantes, con gente atónita que cruzaba a pie en cualquier parte y zonas de embotellamientos que parecían un juego de encastre, de pequeños avances y reacomodos que eran siempre recibidos con ráfagas de bocina. Finalmente la Traffic se detuvo. El Dr. Comas debía tener una buena razón para comprar plantas en un lugar tan alejado del consultorio; estábamos

a tres cuerdas de la General Paz. Del otro lado, diez o doce cuerdas más allá, estaba mi casa.

El tipo de la cabeza rapada y su acompañante entraron a un vivero; iban riéndose. Despedí al conductor del taxi y los seguí.

Recuerdo ahora la expresión de mi cara reflejada en los ventanales del vivero, que vi en aquel momento al acercarme a la entrada y por la que recién estuve a punto de escribir que vacilé («vacilé como si no me conociera», estuve a punto de escribir). No fue así. Entré directamente, entré sin dudar.

Conozco un Ulises que maneja una lancha colectiva en el Delta del Tigre, un Funes historiador y un Ismael que vende artículos de pesca, pero que el violador de la esposa de un hombre que regalaría su alma por una obra lleve el nombre de uno de los personajes más célebres de la literatura universal me dejó perplejo: Fausto, el tipo de la cabeza rapada se llamaba Fausto.

—¡Fausto! —dijo una señora al otro lado del mostrador, llamándolo.

El tipo de la cabeza rapada se apartó del hombre con el que había viajado en la Traffic y se acercó al mostrador, un tablón donde la señora revisaba un montoncito de papeles arrugados. Yo me había quedado cerca de la entrada, a unos diez pasos de allí, así que no alcancé a escuchar lo que dijo la señora, que parecía molesta, o sobrepasada de trabajo, pero a medida que fui acercándome entendí que era la dueña del vivero y que Fausto, a juzgar por la descortesía con que lo trató, no era un empleado cualquiera y que tal vez, a juzgar por la insolencia con que él le respondió, era su hijo.

Fausto agarró el teléfono, discó un número, habló con alguien.

La señora guardó los papeles y fue al encuentro de una parejita de novios que zigzagueaba entre las plantas con una expresión tan grande de liviandad que resultaban sospechosos; si en lugar de estar en un vivero hubieran estado en un aeropuerto habrían sido inmediatamente detenidos. El que había viajado en la Traffic con Fausto llevaba bolsas de tierra por un pasillo lateral hacia un patio en el fondo. A la derecha, muy cerca de mí, un hombre de mediana edad, vestido con ropa deportiva (el short le apretaba los testículos de tal forma que los bolsillos se abrían como orejas y el logo de *Nike* parecía el guiño de un ojo), inspeccionaba un arbolito de cincuenta centímetros de altura con flores rojas, unas flores diminutas, temerosas e implosivas, como atrofiadas.

Fausto se acercó y le preguntó en qué podía ayudarlo y, mientras el hombre del short señalaba el arbolito, me miró, me miró de reojo durante medio segundo como mucho y tuve miedo, no *de él* sino a que se diera cuenta de quién era yo, aunque eso era imposible porque era la primera vez que me veía. Ahora entiendo la causa de aquel temor: *todavía* no tenía la menor idea de lo que iba a hacer. Y no quería ser descubierto *antes* de saberlo, fuera lo que fuese.

Tenso, me sequé la yema de los dedos en las hojas de tres especies diferentes, como si estuviera examinándolas, mientras el hombre del short, definitivamente interesado en el arbolito, averiguaba cosas sobre la tierra y sobre la luz. El tono de las respuestas del tipo de la cabeza rapada, seco, expeditivo, negaba no sólo cualquier poesía sobre la nobleza de su actividad (la vocación por el cultivo, etcétera) sino que además traslucía un desprecio inmenso por ella.

(A solas, al caminar, debía apartar a su paso los plantines con un pie).

—Está bien, lo llevo —dijo por fin el hombre del short.

Fausto cargó en un brazo la maceta de plástico negro en la que el arbolito sobrevivía con lo justo y caminó hasta el mostrador. La envolvió en un papel que engrampó con una abrochadora, convirtiendo la maceta en un sobre (de hecho, «sobrevivir» es «vivir en un sobre»), dio un golpe con un dedo en la caja registradora, guardó los billetes que le había dado el hombre del short, dejó caer unas monedas en la palma de su mano y esperó a que el hombre saliera para venir a mi encuentro. Se reía por lo bajo. Lo miré y me sonreí.

—Tenía un tajo tremendo en el pantalón —me dijo.

—¿El tipo que salió recién?

Asintió con la cabeza. Ahora se reía abiertamente.

—Me tuve que hacer el antipático, no podía aguantar la risa. Una pizca de simpatía y terminaba a los golpes. Se le veía la raya de punta a punta. ¡Y lo contento que salió con su plantita!

—Te juro que no lo vi...

—Se le va a agrandar cuando se agache para meter la planta en el auto.

—Ahí se va a dar cuenta —le dije—. Va a sentir el peluche del asiento en el culo. Se rió.

—¿En qué te ayudo? —me dijo.

—No, en nada, voy a llevar esta nomás —le dije señalando con el mentón una yunta de flores de pétalos carnosos que se abrían mágicamente en la cima de un palito plagado de espinas.

—Agua y sol —dijo—, mucha agua y mucho sol. Se muere el mes que viene. No la tires: vuelve.

Le hice un gesto con la cabeza, algo así como un agradecimiento: la información que acababa de darme no tenía ningún sentido para mí.

Ese día, y al otro día, lo seguí, la primera vez hasta un viejo pub morado, donde se encontró con amigos, dos varones y una mujer, con los que tomó cerveza, sentados a una mesa en la ventana con caras de nada, hasta que subieron al auto de uno de ellos y se alejaron a toda velocidad, y la segunda vez hasta su casa, un edificio de los años 60, de cinco pisos. Un minuto después levantó la persiana del segundo piso, salió al balcón, tiró un cigarrillo a la calle y volvió a entrar. Vivía con su madre, la

mujer del vivero, que llegó una hora más tarde. Eran las nueve de la noche.

Me fui.

Cené con Julián y con Diana. (Julián dijo que los platos voladores son los aviones). Lo llevé a su cama y le leí *Moc y Poc*, de Luis María Pescertí, nuestro autor favorito. Trabajé en el guión hasta las dos de la mañana. Cuando entré al cuarto, Diana apagó la luz. Me desvestí resoplando y crujiendo, como si no me funcionaran las articulaciones, y me metí en la cama. Diana me dio la espalda; al abrazarla me sentí de nuevo flexible. Un minuto después le pregunté si estaba bien.

—Sí —dijo—. ¿Por qué?

—Te noto rara.

Giró hacia mí sin soltarse de mis brazos y me miró en la oscuridad.

—Yo también te noto raro a vos.

—Debemos estar raros, entonces.

Me sonreí.

Ella no.

Cerramos los ojos, *ajustamos* el abrazo y durante un buen rato fui consciente de que seguía despierta y de que a su vez ella era consciente de que también yo seguía despierto.

Alguna vez, durmiendo con Vera, soñé con Diana. Esa noche soñé con Vera. Soñé que Vera giraba sobre un pie; se reía como si bailara pero no era un baile sino exactamente un giro, un giro continuo y a distintas velocidades, a veces muy despacio, como si jugara con la idea de perder el equilibrio, ya veces tan rápido que sus rasgos se borraban.

Al día siguiente, después de mi sesión con el Dr. Comas, volví al vivero cuando cerraba. Fausto subió al mismo auto al que había subido un par de días atrás y, como aquella vez, el auto (sin duda la prolongación enérgica de un idiota sin carácter) volvió a alejarse a toda velocidad.

El viernes lo esperé en un taxi. Esta vez, como si se tratara de un juego, Fausto salió del vivero con su madre y empezaron a caminar a paso lento por la vereda; ella iba tomada de su brazo. Bajé del taxi y los seguí por la vereda opuesta.

La madre iba diciéndole algo, se dirigía a él con gestos vehementes de la mano libre y él asentía con la cabeza. Iba mirando al suelo, pero daba la impresión de estar pensando en otra cosa más que de escucharla; de tanto en tanto levantaba la vista y la fijaba en alguna chica que pasaba, o en una vidriera.

El monólogo de la madre se prolongó durante dos cuerdas, hasta que llegaron a una heladería. Allí se soltó del brazo de su hijo y entró a comprar un helado mientras que él se quedó afuera mirando a la gente que iba y venía, un flujo constante a esa hora de la tarde, que enseguida pareció molestarlo; con las manos en los bolsillos caminó hasta el cordón de la vereda, apartándose. Hizo un llamado con su celular, un

llamado muy breve que lo animó, tras el cual hizo otro, con el que empezó a reírse. Hablaba tan alto —no el volumen en realidad sino el brillo de la voz— que desde la vereda de enfrente yo podía captarlo con toda nitidez, aunque no entendiera nada de lo que decía. Seguía hablando cuando salió su madre (con la lengua mantenía a raya una montaña de crema y con la cucharita la atacaba), seguía hablando mientras cruzaban la calle hacia la plaza y siguió hablando hasta un buen rato después de que su madre ocupara un banco al pie de una estatua que se inclinaba hacia ella con un trapo en la mano.

Cuando por fin cortó puso un pie sobre el banco, cruzó los brazos sobre la rodilla y se quedó un momento pensativo. La madre le dijo algo, quizá le preguntó con quién hablaba. Recién entonces él reaccionó y se sentó a su lado. No me pareció que hubiera respondido a la pregunta. La madre volvió a hablar y a medida que hablaba él parecía más y más abatido, hasta que ella le dio un golpe amistoso en una pierna con la palma de una mano. Él la miró. Ella le dijo algo y él se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en los muslos y dejó caer la cabeza, que se bamboleó suavemente, sin negar, relajándose.

La madre desvió la vista hacia un niño que golpeaba el agua de una fuente con un palo. Tendría cinco o seis años. Una chica vestida de mucama se mantenía cerca de él, con los brazos cruzados, mirando atentamente a lo lejos, como si estuviera esperando la llegada de alguien. Daba la impresión de que ésta no era la primera vez que alguien no llegaba. Fausto se echó hacia atrás y le hizo un gesto a su madre con la cabeza: «¿vamos?», pero la madre estaba tan concentrada en el chico que él no tuvo más remedio que mirar hacia donde miraba ella. El chico había soltado el palo y trepaba por el borde de la fuente. La mucama seguía de espaldas. El chico se descolgó por el borde interior de la fuente y durante unos segundos se quedó inmóvil, sorprendido, como si se estuviera haciendo pis encima; después empezó a caminar por el agua. La madre llamó a la mucama. La mucama giró. La madre señaló hacia la fuente con la misma mano en la que sostenía la última mitad del vasito de helado, que inmediatamente después se llevó a la boca. La mucama dio una carrerita hasta la fuente, agarró de las axilas al chico y lo sacó del agua, retándolo y lamentándose. Ahora estaba muy ansiosa. Le quitó las zapatillas, las medias y el pantalón y los extendió sobre un banco con la esperanza de que el sol los seicara lo más rápido posible: no podía volver con el chico así. ¿Qué estaba haciendo ella mientras el chico se metía en la fuente? La echarían. El chico lloraba agitando las piernitas desnudas, como un pulpo...

Espiar a otro es enrarecerlo. Y cuanto más intrascendente es el registro de sus acciones, más raro resulta. Pero no era ese efecto lo que me llamaba la atención, sino la absoluta nada con la que construía su vida. Violar a mi esposa, si era la única mujer que había violado, debía ser el episodio más «intenso» de su vida hasta el momento; esa idea bastó para que lo odiara con todas mis fuerzas.

Esa tarde, y la siguiente, y la siguiente, encontré nada, y nada, y nada. Lo vi salir

al balcón y escupir; lo vi cerrar los ojos y alzar la cara al sol en la puerta del vivero durante cinco ridículos segundos de ansiedad; lo vi dormitar en la Traffic estacionada; lo vi salir de su casa con una remera rosa, detenerse y entrar de nuevo y volver con una remera azul; lo vi charlando con un vecino (un anciano que parecía divertirlo o del que se burlaba); lo vi tomando cerveza y leyendo el diario, solo, en el pub morado; lo vi entrar a un *shopping*, recorrer la mitad de la planta baja, volver sobre sus pasos, subir a un taxi; lo vi pasarse la mano por la cabeza, hacer gestos de impaciencia, limpiarse las uñas con una llave, caminar a distintas velocidades, despacio, rápido y otra vez despacio, como si ninguna ocurrencia o ningún propósito tuviera la fuerza suficiente para hacerle mantener el ritmo más allá del impulso inicial. Hasta que una noche me guió al encuentro de Vando Morea, el rubio.

Capítulo 11

Yo me ocupaba de los asuntos de orden práctico, de las finanzas, del mantenimiento físico de la casa y de la seguridad en general. (Diana es muy confiada y desaprensiva; mientras estuvimos separados la llamaba de tanto en tanto por la noche —la hubiera llamado *todas* las noches— para preguntarle si había cerrado la puerta. —Diana era capaz de dormir con la puerta abierta, como si viviera en Montreal— o si había encendido la luz del frente, a lo que ella respondía con un gruñido). También me ocupaba de que nada la molestara cuando escribía. Escribía a mano, en grandes cuadernos de hojas sin renglones, muy despacio, siempre de mañana, con una taza de café al lado y música de Jean Sibelius o Leas Janacek a bajo volumen. Casi no tachaba; bastaba con echarle un vistazo panorámico al cuaderno para saber que había masticado cuidadosamente cada frase antes de anotarla.

Yo me sentía parte del trazo claro y sereno de su letra.

El día que volví terminó un relato. Quiero decir, *Diana* terminó de escribir un relato. Yo llevé a Julián a dar unas vueltas en bicicleta. Escribir es una de las mejores cosas que Diana podía hacer por él. Julián veía a su madre *apasionada*. (¡El bien que le harían tantos padres a sus hijos si leyeran!).

Esa noche, mientras comíamos, sentí que no habíamos cambiado, que éramos exactamente los mismos que éramos dos años atrás. Y me asustó la idea de que todo fuera un error; no que fuera un error haber vuelto, sino que había sido un error irme de casa y que ese error continuaba ahora que había vuelto.

Julián me preguntó si iba a quedarme a dormir y me dio un beso y un abrazo cuando le dije que sí. Diana lo llevó a su cuarto.

Yo salí al jardín. Hacía tanto tiempo que no lo miraba que tuve la impresión de que el jardín entero se irguió cuando salí, como si hubiera enderezado la espalda. Ahí estábamos otra vez. Tuve que decirme que era normal que me sintiera incómodo o raro. Ya dejaría de sentirme así cuando supiera quién era. O en qué nos habíamos convertido Diana y yo. Pero eso llevaría un tiempo. De momento ya no iba a inquietarme que Julián y Diana estuvieran solos.

Después atravesé la casa de una punta a la otra —como había hecho la noche antes de irme, aunque ahora a paso rápido—, encendí la luz del frente y me aseguré de que la puerta de calle estuviera cerrada con llave.

El primer día fue así.

Le pregunté cómo estaba y dijo:

—Bien. ¿Qué es toda esta locura del tipo que entra a matar en edificios? Lo estoy viendo ahora mismo, no lo puedo creer.

—¿Lo agarraron?

—No. Ayer mató a tres personas cerca de acá, está todo el mundo hablando de

eso. ¿Dónde estás?

—En la calle.

—Es terrible. Hablé con Trini. Me dijo que lo echó a Nudler para siempre de su casa y que ahora no se anima ni a abrir la puerta.

—...

—¿Holá?

—Sí.

—Pensaste que no te quería, ¿no?

—...

—Yo también lo pensé, pero ahora te odio. El odio siempre nos da otra oportunidad, ¿no? Esperá, voy a apagar la tele... ¿Holá?

—Hola.

—...

—¿Vera?

—...

—¿Holá?

—Hay cosas tuyas por todas partes... Dios mío, hay cosas tuyas por todas partes. Y yo lo único que quería era hacerte bien.

—Vera...

—¡Se prendió el televisor!

—¿Cómo?

—Esperá... ¿Holá? ¿Podés creer que el televisor se prendió solo? Debo haber...

¿Te vas a España?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Quince días. Estuve haciendo un curso...

—Qué ridículo.

—Sí.

—...

—¿Cómo vas con tu novela?

—Bien. ¿Llamaste para preguntarme cómo voy con la novela?

—No.

—Es como un agujero negro, va todo a parar ahí.

—...

—¿Holá?

—Estoy acá.

—Yo estoy acá. Esta mañana me levanté y sentí que me asfixiaba... Encontré un papel abollado abajo de un sillón. Decía: «Papá, te devuelvo lo único que te debo». Pero no era tu letra. ¿Qué es eso?

—Una frase de Dalí. La escribió Nudler.

—...

—Vera...

—Qué.

—...

—¿Holá?

—Sí.

—¿Sabés qué me dijo una vez un tipo en una fiesta? Me dijo: «Tenés cara de zorro de oro muerto en la fuente». Me dijo eso y se fue.

—Es un versito de Montale.

—¿Cómo?

—Eugenio Montale, un poeta italiano. «El zorro de oro, muerto en la fuente». A lo mejor no es de Montale, a lo mejor es de Quasimodo...

—¿Es verdad?

—¿Si es verdad qué?

—¿Es un verso?

—Sí.

—¿Sabés todo?

—Casualidad. Lo leí. Lo recuerdo.

—¿Qué quiere decir?

—No sé, no tengo la menor idea. ¿Te lo dijo un italiano?

—No, un argentino. Pasó al lado mío, me dijo eso y se fue. Nunca lo había visto y no lo volví a ver. No sé por qué me acordé de eso ahora... ¡Sí! Me sentí halagada. Inquieta y halagada, un efecto *muy* tuyo sobre mí. Recién, cuando ibas a decirme algo y no dijiste nada... No importa.

—Sí.

—Me acordé de eso.

—...

—Te juro que me da todo tanta lástima...

—Lo siento, Vera.

—Empecé algo nuevo.

—¿En qué sentido?

—¿En qué sentido? ¡Empecé *a escribir* algo nuevo! Escribí una sola escena. Cuando termine la novela voy a seguir con eso. Oí esto. Él es un karateka, el mejor del mundo, un Bruce Lee. Tuvo una hija y la abandonó para seguir con su carrera. Cine, televisión, publicidad, mucho cine, cine, cine. Pero no era solamente una gloria, además era un genio. Un genio de verdad. Muchos años después de haber abandonado a su hija, ya retirado, ya viejo, vive en una isla, y su hija, que ha seguido sus pasos, profesionalmente hablando, y que tiene su mismo talento, lo busca, lo encuentra y va a verlo. Emoción, llanto, etcétera: el karateka parece un pelele. Esa noche se sientan los dos en la arena, a orillas del mar. Uno al lado del otro, padre e hija, los dos en silencio. Sopla un viento muy fuerte. Tienen un millón de cosas que decirse, pero no saben ni cómo empezar. El ruido del viento es muy fuerte y en cierta

forma los escuda, los ayuda a mantenerse en silencio. En determinado momento la hija le pide al padre que le enseñe su mayor secreto. Es lo único que le pide. El secreto de su técnica, digamos. El anciano la mira. El viento sopla cada vez más fuerte, suena tan alto que parece artificial. El anciano niega con la cabeza. Ella dice «por favor». El anciano entonces se levanta, da un par de pasos hasta la orilla, se concentra, y da unos golpes en el aire con las manos y los pies, unos golpes breves y veloces, casi como si escribiera en el aire con el cuerpo, y el viento cesa por completo. Después vuelve a sentarse junto a su hija. Ella está boquiabierta. No lo puede creer. Le dice: «¡Detuviste el viento! Dios mío, ¿cómo lo hiciste?». Él la mira y le sonrío y le dice tranquilamente: «Casualidad».

—Es genial.

—Lo escribí para vos. A mí también me gusta, pero lo escribí y lo pensé para vos. Todo lo que escribo lo escribo para vos. Lo que más me gusta de mí va siempre dirigido a vos... ¿Entendés por qué te odio?

Corté con Vera y me senté a una mesa en la vereda de un bar del tamaño de un botón, a metros de la casa del rubio. En la mesa de al lado había un hombre de unos setenta años, con el pelo blanco muy largo, casi hasta los hombros, muy prolijamente peinado y vestido. Lo miré sólo porque el estado de sus zapatos —resquebrajados, sucios— desentonaba con el resto de su ropa, y por un momento me distraje considerando la idea de que uno empieza realmente a envejecer cuando descuida el estado de sus zapatos, más que de cualquier otra cosa, como si se empezara a envejecer desde abajo, y de pronto me dijo:

—¿Sabe cómo fue que enloquecí yo?

—¿Perdón?

—¿Sabe cómo fue que enloquecí?

Negué en silencio con la cabeza. Su voz era suave y tranquila y se dirigía a mí con ademanes tan amables que no pude negarme a escucharlo, aunque por un instante deseé que me tragara la tierra.

—Mire qué simple —dijo—: una noche tuve un sueño y no pude salir más de ahí.

En el centro de su mesa (literalmente en el centro, obsesivamente ubicada en el centro) había una copita con un líquido espeso de color azul, sin duda uno de esos licores *Cusenier* que cubren toda la paleta de los colores primos (recordé que años atrás en algún lugar de veraneo había probado el de color rojo y que me había encantado y que me había prometido beber siempre esos licores pero que nunca había vuelto a probar uno ni a pensar en él); se llevó la copita a los labios, bebió un pequeño sorbo y después, durante un momento, *trabajó* a conciencia para ubicar de nuevo la copita en el centro de la mesa. Inclino apenas la cabeza a un lado y a otro, midiendo las distancias, se dio por satisfecho y giró de nuevo hacia mí.

—Era de noche —dijo—. En un claro en el bosque, o en la montaña... Vea qué

curioso: vivo en ese sueño desde hace años y no termino de saber si se trata de un bosque o de la montaña... —sacudió la cabeza, hizo un chasquido con la lengua—. Éramos unas veinte... personas y acababa de llegar un nuevo grupo. Tampoco sé a qué se dedicaba toda esa gente... Lo cierto es que esa noche soplaba un viento fuerte y muy ruidoso que dificultaba la conversación. (¿La próxima novela de Vera ya estaba en el aire, en el aire de la psicosis, *también?*). Habíamos encendido una fogata, como todas las noches, y el máximo placer era sentarnos alrededor del fuego a conversar, pero el viento, como le digo, ululaba, era el protagonista absoluto de la noche, aunque no conseguía hacer volar una sola chispa. Yo estaba a cargo de alimentar el fuego, de mantenerlo vivo, así que de tanto en tanto me apartaba, recogía algún leño del suelo y volvía para echárselo en la boca, si me permite la metáfora. Bien. El sonido del viento era tan fuerte que debíamos leernos los labios. En el grupo había un gran narrador, un hombre joven, obeso, con una boquita del tamaño de una ranura de teléfono público, que noche a noche solía competir conmigo: yo relataba primero algo, después relataba algo él. Por supuesto había otros narradores, en realidad todos en el grupo eran narradores, pero como decía mi madre «son muchos los llamados y somos pocos los elegidos». En el contingente de narradores que acababa de llegar había una mujer muy hermosa, de tez y pelo tan oscuro que daba la impresión de no tener cabeza cuando se apartaba de la luz del fuego y de recuperarla cuando se acercaba. Inmediatamente me sentí atraído por ella. Había notado que la mujer, mientras yo decía mi relato, leía mis labios, lógicamente, pero que aprovechaba mis pausas para mirarme a los ojos, como si yo también le gustara. Eso, si me permite la confianza, me excitó. Di tantos detalles, entrando y saliendo del asunto principal, que por momentos, mientras hablaba, temí no volver a alcanzar otra vez una cima semejante. Cuando terminé se pusieron todos de pie y aplaudieron a rabiar, aunque los aplausos no se oían. Después volvieron a sentarse. Era el turno del joven obeso. Yo me aparté unos segundos para recoger un nuevo leño (elegí un leño grande, ancho, seco), pero el joven no comenzó su relato hasta que volví. Entonces veo que la mujer de pelo negro se adelanta (aparece su cabeza) y me dice algo a voz en cuello. Yo me llevo una mano a modo de pantalla sobre una oreja, dándole a entender que no escucho nada. La mujer vuelve a decirlo en voz más alta, gritando. Me doy cuenta de que grita por la expresión de su cara. Y esta vez creo entenderla. Dice: «¿Qué se siente ser un genio?». ¡Dios! ¡Qué pregunta! Yo me sonrío, agacho la cabeza y vuelvo a mirarla, ahora pestañeando con pudor (como si por primera vez me molestara el viento). Ella, sin embargo, vuelve a gritar. Grita tanto que la cara se le deforma. Entiendo que quiere una respuesta, pero ¿cómo se responde a la pregunta «qué se siente ser un genio» en medio de un ruido como aquél? Le hago una seña en tirabuzón con un dedo, indicándole que podemos hablar de eso después, en otro momento, cuando el viento haya cesado. Eso parece molestarla. Y en ese preciso instante el viento hace un silencio y yo puedo oír a la mujer con toda claridad gritando: «¡Qué se siente el del leño!».

Dijo eso y empezó a reírse. Se reía con una risa bajita pero profunda, retorciéndose, echándose adelante y atrás y dando palmadas en la mesa con el consiguiente desplazamiento de la copita desde el centro hacia el borde. Agarró la copita y, sin dejar de reírse, la sostuvo en su mano mientras decía, casi ahogándose:

—Lo recuerdo todo el tiempo... Me río de golpe, me río en la cama, en el baño, en el colectivo, en el banco, en las fiestas, en la misa, en el cine, donde sea. ¡Me acuerdo y me río, señor, me río! ¡A mí ese sueño me ha hecho feliz! Hasta que no lo soñé era un amargado, vivía tenso, insatisfecho, nervioso, deprimido, no hacía más que recordar el amor perdido, maldecirme por no tener fortuna, sentirme enfermo por cualquier cosa. Quería caminar más rápido de lo que podía y sacar más de lo que entraba, por decirlo de alguna manera.

Me miró.

—¿Y usted a qué se dedica? —dijo, poniéndose serio de repente.

—Soy guionista de televisión.

—Lo siento —dijo él.

Y cabeceamos los dos.

Se hizo una pausa, una pausa grave, no exagerada pero sí injustificada, como si acabara de decirle que asesinaba gente por dinero o que hacía comerciales de cerveza (por dinero, ¿por qué más, si no?). Después el hombre llamó al mozo, pagó su copita, se levantó, me saludó con la mano y se alejó sin reírse. Una sola risa, un mínimo encogimiento de los hombros mientras se alejaba y yo no hubiera creído una sola palabra de lo que me había dicho.

Lo seguí con la vista hasta que dobló la esquina. Creer en su relato o no era algo que no tenía la menor importancia, después de todo. Entonces vi unas llaves en el suelo, debajo de su mesa. Me levanté, las agarré y fui rápido hasta la esquina para llamarlo; no debía estar muy lejos. Y de pronto apareció frente a mí. Casi chocamos. Le mostré las llaves.

—Me di cuenta de que no las tenía —dijo agarrándolas—. Gracias.

—Por favor.

—Adiós.

Giré para volver y tenía al rubio enfrente.

A él lo sorprendió verme y a mí que me conociera.

Algunas cosas son tan sencillas que resultan apabullantes: me conocía porque conocía a *Diana*. Fue lo primero que se me cruzó por la cabeza. La conocía desde *antes* de violarla.

Estábamos a cinco metros de distancia y el efecto que tuvo ese dato fue el de un brazo que se estira literalmente (el suyo) para frenarme poniéndome una mano en el pecho. Sé lo que pensó: «Diana se lo dijo». (Quizá incluso haya evitado el «Diana»).

Nos miramos con fijeza, nos miramos fijo, fijamente. Fue un segundo, pero supe

que lo recordaría como a una larga mirada. Su traje (vestía un ambo gris, una remera negra y zapatillas al tono) quedó moviéndose después de que él se detuvo: brisa, inercia, fantasía o todo a la vez, el rubio se acopló inmediatamente al movimiento del traje y dio un paso hacia mí.

Fui yo el que cubrió el resto de la distancia que nos separaba.

—Tenemos que hablar, ¿no? —fue lo primero que dijo.

—Sería bueno.

Se llenó los pulmones de aire y espiró veneno mirando a su alrededor como si considerara la posibilidad de salir corriendo sin humillarse.

—¿El barcito? —propuso.

Vi que el barcito, increíblemente, se llamaba «Susurros».

—No sé si vamos a poder hablar de esto en susurros —le dije y me arrepentí en el acto: un mero alarde de bobo ingenio, en una situación así. Pero él no pareció darse cuenta de nada.

Señaló con el mentón por encima de mi hombro.

—Vivo ahí —dijo.

Lo dijo después de pensarlo.

Y después de decirlo metió una mano en el bolsillo, pasó a mi lado y puso la llave en la cerradura.

No me miró más, ni cuando abrió la puerta ni cuando se apartó para dejarme entrar.

Tengo que hacer algunos comentarios: metió la mano en el bolsillo con decisión, pero no como si esa decisión fuera el resultado de lo que pensó sino más bien *interrumpiéndose*, impaciente; lo mismo cuando pasó a mi lado: hasta un robot hubiera sentido su impulso. Pero mientras abría la puerta y cuando se apartó para dejarme entrar, pensaba, pensaba a toda velocidad, pensaba y no me miró porque no había nada en el mundo aparte de lo que él pensaba.

La casa era... bueno, estaba todo *puesto*, como exhibido: una casa en bastardillas. Sospeché hasta de la naturalidad con que se descolgaba del techo una planta de tallo largo en el hall de entrada. Era evidente que el decorador se había sacado chispas con el estudio de arquitectura que la había proyectado; mirándola, casi podían oírse sus conversaciones, manejaban conceptos y se decían cosas como «la fuerza de este volumen» y «para enfatizar las fugas», en tanto que el decorador se había recostado en el presupuesto del propietario como en un puf, desde donde no siempre había elegido lo mejor pero sí lo más caro. Algunos muebles, incluso, parecían diseñados *ad hoc* para bombardear el trabajo conceptual del estudio.

Todo era grande, hasta la luz. Grande y blanco, ordenado y limpio. El traje gris del rubio me pasó al lado como una sombra.

Lo seguí hacia el estar: chimenea, mesa ratona ovalada, cercada por anchísimos sillones de cuero, montañas de videos y CDs, una obra de Jeff Koons en la pared.

—Voy a tomar un *whisky*. ¿Te sirvo uno?

Asentí, más porque la formulación del convite era descortés que porque tuviera ganas de beber.

Mientras él iba a buscar el *whisky* me quedé parado curioseando allá y aquí. Era la casa de alguien exitoso o de alguien que quiere serlo. En principio tenía dinero y lo invertía en resultar contemporáneo. Tenía todo lo que hay que tener. ¿Quién era, a qué se dedicaba? Lo único que sabía era que él sabía quién era yo.

—Lo ganamos el mes pasado —dijo de pronto a mi espalda.

Me di vuelta. Agarré la copa que me ofrecía y pregunté qué.

Señaló algo sobre la chimenea con la misma mano en la que sostenía su copa y enseguida se la llevó a los labios. Miré hacia ahí, pero no supe qué había señalado ni qué había estado mirando yo. En el volado de la chimenea había por lo menos una decena de objetos que, excepto un Mickey desnudo y con una erección, podían ser premios.

Ahora mismo no puedo imaginar un desinterés más grande que el que sentí en aquel momento por sus premios. Y entonces, justo cuando menos sabía qué decir, entendí a qué se dedicaba, qué era lo que hacía.

Dios mío, me dije.

Le pregunté:

—¿Cómo se llama la agencia?

Él hizo dos cosas, no sé en qué orden; una, corregirme («productora») y la otra alzar las cejas, como si le extrañara que Diana no me lo hubiera dicho.

Me quedé mirándolo.

—«Servicio técnico» —dijo por fin.

—¿Se llama así?

Asintió, orgulloso del nombre.

—Me gusta más para un restaurante —dije.

Se sonrió, dio media vuelta y caminó rápido hasta el fondo de la sala, donde había un control remoto sobre una mesita; lo agarró, lo apuntó hacia un ventanal, presionó un botón y las persianas empezaron a levantarse. Daban a un jardín. En mitad del jardín había una pileta de natación y más allá una especie de refugio marroquí (arcadas, almohadones) que no combinaba en absoluto con el resto de la casa. El rubio estaba tenso, ansioso. Me pareció que empezaba a considerar la posibilidad de que Diana no me hubiera dicho que él la había violado y que acciones como levantar las persianas o fingir que buscaba las llaves entre los almohadones del sofá, como hizo inmediatamente después, era una forma de demorar el asunto por el que estábamos allí mientras resolvía o adivinaba qué era lo que sabía yo. Si alguien le hubiera garantizado que podía acercarse a la verdad sólo con ganar tiempo, se hubiera puesto a lavar los pisos y los platos y a soplar el polvo de sus premios.

Por segunda vez se palpó los bolsillos. Hizo un chasquido con la lengua. Después fingió recordar que había dejado las llaves en la puerta de entrada. El recuerdo era fingido, pero las llaves estaban ahí. Fue a buscarlas. Volvió y me pidió un cigarrillo.

Le di uno. Lo encendió. Pensé, mirándolo: «Sabe que lo último que puede hacer antes de empezar a hablar es soplar el humo». En ese momento sonó su celular.

Me llamó la atención la cantidad de cosas a las que puede aferrarse un hombre asustado. Todo el tiempo sucede algo, o hacemos que suceda; si esto seguía así, en la medida en que yo me mantuviera callado, esperando a que empezara a hablar, podía asistir al espectáculo de una constelación de nimiedades encadenadas. Lo curioso, sin embargo, es que él era más joven y mucho más fuerte que yo. No podía tener miedo de mí.

Si ahora cabía la posibilidad de que Diana no me hubiera dicho que la habían violado, que *él* la había violado, debía estar arrepentido de haberme hecho entrar a su casa. Después de todo nos habíamos encontrado caminando, nos habíamos encontrado en movimiento; unos segundos más y me hubiera visto sentado a la mesa del barcito en la vereda y hubiera entendido que estaba esperándolo, pero no fue así. Yo incluso había dejado atrás su casa, había pasado junto al paredón pintarrajeado y descascarado que cubría el lujo de adentro cuando nos vimos y nos sorprendimos de vernos, como si se tratara de un encuentro casual. En ese momento fue imposible simular nada, pero lo más probable es que si él no se hubiera detenido al verme, delatando que me conocía, yo lo hubiera dejado pasar, como había hecho ya en varias ocasiones con el tipo de la cabeza rapada. Me hubiera limitado a seguirlo y a espiarlo sin emoción hasta que supiera qué hacer o qué *podía* hacer.

—Nada, estaba acá charlando un poco con un... amigo —oí que decía al teléfono, mirándome de reojo.

No oí su voz duplicada, ni doble, ni patinando, ni con cámara, no oí chillidos metálicos, ni el susurro amplificado de lo que le dijo aquella tarde a Diana, no me asaltó el *flash* del cuchillo en su boca, las paredes no se pusieron a girar, no hubo fognazos, ni mareo, ni saltos en el tiempo, nada se borroneó, no apreté los párpados, ni las mandíbulas, ni los puños, no perdí la conciencia, mi corazón latía normalmente y todo a mi alrededor seguía el ritmo de su propio sentido: una brisa movía la sombra de unas ramas en la pared, empezaba a caer una lluvia apenas visible, tan fina y espaciada que parecía más bien un efecto de la luz. Pero entonces me vi a mí mismo buscando algo con qué limpiar las huellas de mis dedos en la copa y supe qué era lo que iba a hacer: matarlo.

Finalmente cortó.

—¿Qué es lo que querés? —dijo y fue a servirse otro *whisky*.

—Escucharte —dije yo.

La conversación telefónica, por el mero hecho de haberle dado un respiro, parecía haberlo envalentonado, pero igualmente se protegió detrás de un sofá, con los codos apoyados en el respaldo. Dejó caer la cabeza entre los hombros y cuando volvió a levantarla dijo:

—Te lo cuento rápido y te vas. ¿De acuerdo? Tengo otras cosas que hacer.

Asentí.

—Me dejó —dijo.

Hizo una pausa tan larga que dio la impresión de que eso era todo lo que estaba dispuesto a contar. Yo seguí mirándolo fijo, serio, callado.

—De golpe me dejó. Así, sin ninguna explicación. Me dejó. Yo estaba enamorado de ella. Nunca me había enamorado de nadie. Para mí fue como si me clavara una estaca en el corazón... Me fulminó. Te juro que había noches en las que parecía que me iba a morir de dolor. Y no entendía por qué. No quería verme, no atendía mis llamados, de pronto era como si me odiara. Una tarde fui a buscarla a su casa, lloré, me humillé, pero ella me apartó con una mano y me volví loco. Le pegué.

Sentí un escalofrío.

—Diana no me dijo que «de pronto» no quiso verte más... —dije.

—Está bien, puede ser. Yo lo sentí así. Es verdad: al principio fuimos una vez a comer afuera, otra vez salimos a caminar, pero no había nada que hacer. No digo que no había nada que hacer con nosotros... Con nosotros no había nada que hacer, pero principalmente no había nada que hacer *con ella*. Estaba fría, me decía todo el tiempo la verdad. Todo el tiempo me hacía sentir que era definitivo, definitivo como si me detestara. Y después sí, de pronto ya no quiso verme, no atendía mis llamados... Me sentí ridículo, patético, horrible, una cosa horrible. Empecé a andar mal en todo. Todavía ahora estoy tratando de juntar los pedacitos.

—Muy bien, ahora vamos con la verdad —le dije.

Me miró. Yo desvié la vista buscando la botella. Fui hasta allí, me serví un trago y volví a pararme en el mismo punto en donde estaba un momento atrás.

—Lo que te dije es la verdad. Me dejó, le pegué. Nunca le había pegado a nadie. Me dejó de golpe y me enloquecí y le pegué. Lo siento. Hizo que mi vida fuera un infierno. Eso es todo. Ahora necesito darme una ducha, tengo una reunión importante.

—Quién es Fausto.

La pregunta lo descolocó. Había salido de atrás del sillón y se había sentado, incluso se había hundido en él. Ahora se echó lentamente hacia adelante hasta apoyar los codos en las rodillas, la misma posición que había adoptado antes en el respaldo del sillón: perdía altura.

Estaba pálido. Tomó un sorbito de *whisky*; fue un sorbito mínimo, pero dio la impresión de haber querido vaciar la copa y de no tener fuerzas para hacerla. Todas sus esperanzas, que eran una sola, acababan de derrumbarse: sí, Diana me lo había contado.

Pensé por él: «Está lleno de odio y yo solamente soy más fuerte».

Di un paso atrás y apoyé la espalda en la pared. Ahora me parece que lo hice para darle espacio, pero lo que recuerdo de aquel momento es un gran cansancio, un cansancio enorme y pesado y hasta crujiente.

«Bueno», dijo él.

Oí un soplido y me pareció haberlo oído decir «bueno» y levanté la vista. Es decir: me di cuenta de que no estaba mirándolo y oí un suspiro o un soplido y levanté la vista. Él sí estaba mirándome. Me miraba como una presa, pero no como una presa cualquiera, me miraba con el orgullo de un predador que acaba de enterarse de su condición secundaria. Orgullosa y también irritada.

—Un día me enteré de que me había dejado *para volver con vos*. La odié con toda mi alma, y quise vengarme... —alzó la copa, pero a mitad de camino desistió de beber; se inclinó y la dejó sobre la mesa—. Fausto es un amigo de la infancia. Diana lo detestaba, decía que era un idiota y lo es: nunca hizo nada bien, ni siquiera era capaz de mirarla con disimulo... Le dije lo que pensaba hacer y le pedí que me acompañara. El idiota se frotó las manos...

Eso era todo, por fin.

Alzó la cara hacia mí y sus pupilas se agrandaron y achicaron y volvieron a agrandarse como la lente de una cámara que hace foco en su objetivo. No tuvo tiempo. No se lo di.

Capítulo 12

Cumplí con todos los consejos prácticos del Dr. Comas para volar tranquilo. Fui al aeropuerto solo; sabía que despedirme allí de Julián, y también de Diana, me pondría nervioso. El Consejo Número 2 era llegar descansado. Lo intenté, pero la noche anterior dormí apenas tres horas, tal vez cuatro, y tuve una pesadilla extraña, una pesadilla que sentí ajena y que se repitió varias veces a lo largo de mi corta noche.

Éramos cinco hermanos. Estábamos al borde de un precipicio y tratábamos de empujar al más grande. Yo me daba cuenta de que una vez que lo tiráramos, el más grande de los cuatro restantes sería yo y que los otros tres tratarían de tirarme a mí. Entonces dejaba de hacer fuerza. El tercero lo notaba, y entendía que después de mí el mayor sería él, y también dejaba de hacer fuerza. Y así hasta que ya nadie hacía nada por arrojar al mayor. Resultado: lo soltábamos y él nos cagaba a patadas en el culo.

Me desperté con la sensación de que era un sueño de otro. Volví a soñar lo mismo y a despertarme. La angustia tenía que ver con la sensación de que era un sueño ajeno, más que con el sueño en sí mismo. No hacía «contacto» con su sentido —lo tenía, y era claro, pero no me importaba—: era como si alguien (no Dios, por favor, pero sí tal vez el rubio) me obligara a citar un pasaje de su inconsciente, o a visitarlo. La idea de que podía estar soñando un sueño del rubio me aterró pero también me conformó. Y ya no me desperté la tercera vez que volví a soñarlo.

Me despertó Diana. Eran las cinco de la madrugada. El avión salía a las nueve. Me di una ducha. Cuando terminé de vestirme bajé a desayunar. Diana había hecho café y tostadas y había puesto el *Álbum Blanco* de los Beatles a bajo volumen.

—Cómo me gustaría que aparezca un grupo así para la vida de Julián... —le dije.

Diana se sonrió con cierta condescendencia y me dijo que era un buen día, que el cielo estaba limpio. Todavía era de noche. Había estrellas en todas partes, hasta en sus ojos.

—Te quiero —le dije.

—Yo también —dijo ella y me agarró de la mano—. ¿Estás tranquilo?

—Creo que sí.

—La vas a pasar bien.

—Cuando vuelva. Cuando vuelva la voy a pasar bien, te lo juro.

Tomé la mitad de una taza de café y, mientras esperaba a que llegara el *remise* que Diana había pedido la tarde anterior —quizá en el mismo momento en que yo golpeaba en la frente al rubio con su triste premio publicitario—, revisé las cosas que tenía que llevar y que había dispuesto en el suelo, alrededor de un bolso de mano: el pasaporte, dinero, mi agenda, un bloc de hojas sin renglones, dos lapiceras, el *Kingston* con mis archivos de trabajo, aspirinas, colirio, caramelos, una caja de *chiclets*, una caja de *Tranquinal*, una botellita de agua mineral, anteojos para leer y anteojos para el sol y un par de libros. Guardé todo en el bolso y fui a dejarlo junto a

la valija, en la planta baja.

Después subí al cuarto de Julián. Dormía boca arriba, con los brazos abiertos, como si estuviera tomando sol. Tenía la sábana enredada en las piernas. Las quité cuidadosamente y lo cubrí hasta la cintura. Lo miré y noté que empezaba a parecerse a su madre; hasta el año pasado se parecía mucho a mí, pero sus rasgos se habían desplazado durante mi ausencia... Ahora Diana y yo podíamos reconocernos en su cara en partes iguales. La nariz y la boca eran de Diana, los ojos y la forma de la cabeza eran mías. Me senté en la cama y él giró y apoyó un brazo sobre mis piernas.

—Papi, ¿puedo dormir un poquito más? —dijo (sin abrir mis ojos, moviendo apenas los labios de Diana).

Le dije que sí, que durmiera, que todavía era temprano y se sonrió y una vez más yo *sentí la razón* por la que daría mi vida por él aparte del amor. Faltaban todavía dos horas para que debiera levantarse e ir al colegio. Tomé su mano de encima de mis piernas, me incorporé y de pronto no supe qué hacer con ella, si apoyarla a un costado, si extenderla junto a su cuerpo o simplemente dejarla caer. Entonces Diana entró al cuarto.

—Llegó el *remise* —dijo en un susurro.

No me moví.

—¿Qué pasa? -me preguntó.

—No puedo soltarlo... —le dije.

Diana se empezó a reír. Se tapó la boca con una mano y se rió tanto que me contagió. Yo me reí de su risa, pero ella se rió de mi terror. Eso me calmó. Dejé la mano de Julián sobre la cama, le di un beso y salí del cuarto siguiendo a Diana, que iba negando divertida con la cabeza.

Otro consejo del Dr. Comas era usar ropa cómoda y de algodón y zapatos acordonados y con suela de goma, no me pregunten por qué: yo no lo pregunté. Lo hice. La productora me había pagado el pasaje, así que añadí una montaña de monedas y lo cambié por un pasaje en primera clase, donde los movimientos y los ruidos del avión son menores. El Dr. Comas aplaudió mi decisión cuando se lo comenté. «Vas a tener un vuelo *fascinante*», dijo. Usaba ese término con frecuencia de tic.

El conductor del *remise* no habló: dormía (o estaba tan concentrado en el camino que parecía dormir). Tuve menos miedo de eso que de la sangre empapándole la cara al rubio. Había caído para atrás con cierta entereza, como si supiera que iba a golpearlo. Pero enseguida se levantó y se puso a aullar y a dar saltitos de langosta allá y aquí. Le grité que se callara. Di un paso hacia él con la estatuilla en alto y le grité que se callara y él obedeció.

—Duele, duele mucho, me rompiste la cabeza —dijo. Tenía la cara fruncida como una pasa de uva y se palpaba la herida con la punta de los dedos. La sangre estaba

muerta.

Me pregunté cómo era posible que Diana, tan exigente y selectiva, hubiera sido capaz de salir con un tipo como él. Daba perfectamente la medida de su soledad. Supuse que también Diana debió hacerse esa pregunta y que su respuesta, si es que hubo una respuesta, fue un temblor.

El *remise* hizo una maniobra brusca para esquivar a una moto. En la moto iban un hombre y una mujer y entre ellos un chico de unos seis o siete años. La mujer y el chico iban agarrados de la campera de cuero del hombre, que nos miró y gritó algo con la boca muy abierta.

—Ja —dijo el *remisero*—, de chico mis viejos me llevaban así...

«Que no hable, por favor, que no hable», rogué. No dijo nada más. Medio minuto después ya estaba de nuevo dormido o concentrado. Amanecía. Era la misma luz del atardecer del día anterior. Entonces el rubio dio un salto hacia mí. No lo golpeé con la estatuilla, lo golpeé con la mano en la que tenía la estatuilla. Por un instante quedé inmóvil en el lugar del golpe, como si el impulso de su cuerpo hacia adelante y el impulso de mi golpe hacia atrás midieran fuerzas. Finalmente retrocedió y cayó sentado en el suelo, con la espalda contra el borde del sillón. A la sangre que chorreaba del tajo en la frente se sumaba ahora sangre de la nariz y de los labios.

«Qué fácil es romper a un hombre», pensé. Debió darse cuenta, porque yo no me moví de donde estaba, no hice ningún gesto, ningún movimiento, me quedé ahí quieto mirándolo, y sin embargo él alzó hacia mí una mano, la misma mano que se había llevado a la cara después del primer golpe y en la que su sangre se había secado a una velocidad asombrosa, pidiéndome que no lo haga.

Durante mucho tiempo, durante meses, durante un año, durante dos años, cada día, casi todos los días, Diana me había pedido que volviera a casa, o me lo había sugerido, o dado a entender, o lo pensaba y se dejaba leer el pensamiento. Abandonar a la persona con la que se ha vivido una década puede ser tremendo, pero no menos tremendo es para el que ha sido abandonado pedirle a aquél con quien ha vivido una década que vuelva. Es además de todo el extrañamiento, la rareza, el sinsentido lo que lo envuelve, como si fuera algo en el tiempo lo que se ha roto, más que en la pareja; como si el tiempo hubiera enloquecido en alguna parte. «Y de un día para el otro, de repente...». No pensé en eso cuando el rubio alzó una mano hacia mí. Pensé en eso cuando vi su otra mano apoyada en el suelo, con la palma hacia arriba. Eran las dos caras de una misma moneda en manos distintas: la mano que ahora suplicaba por su vida era la que la había violado mientras que la mano que yacía como desmayada en el suelo podría haberla hecho feliz, *tuvo* esa posibilidad.

Me espantó la idea de que esa rata ensangrentada incapaz de pronunciar palabra hubiera podido convertirse en casi un padre para mi hijo. *Tuvo* esa posibilidad. Su error, al fin y al cabo, había sido ser el que es. Qué poca piedad me inspiran los que

son incapaces de cambiar de lugar, excepto como turistas, aquéllos para los que lo nuevo viene siempre de afuera y siempre como curiosidad o diversión, los que son lo que son a rajatabla, los empeñados en el peñasco, en la tristeza del efecto. El género de la publicidad es la comedia: la comedia de *lo ideal*. Para fisurar la educación sentimental completa de un inútil hiperactivo que le ha entregado su vida a la mentira y al dinero basta una mujer como Diana (palabra de enamorado, palabra de escritor que no ha escrito una palabra), pero no fue suficiente para él. ¡El hijo de puta era incapaz de todo, menos de vengarse de la mujer que decía amar! ¡Y de confesármelo como si tuviera razón! La tenía, en el fondo tenía «razón»: no podía ponerse a la altura de Diana, *entrar* en la altura de Diana, sólo podía vivir a su propia altura; sentado de culo en el suelo, alzando hacia mí una mano en la que hasta su propia sangre se secaba a toda velocidad, como si no quisiera tener nada que ver con él.

De la misma forma en que yo no podía contarle a Diana que había presenciado la violación a que la habían sometido y que no había tenido el valor de intervenir, ella no tenía resto para enfrentarse a una nueva separación, ni siquiera a su posibilidad. Ya había tenido demasiado. Una violación no es el mejor «presente» para ninguna pareja que haya dicho *recomencemos*. Debió haberlo pensado así... Es verdad: su gemido, los gemidos que alcancé a oír y que me detuvieron justo cuando me disponía a entrar no merecen siquiera la consideración de una excusa. Como en aquel momento, me lastiman ahora. No hay mucho más para decir. No sé si fue el odio o la benzodiacepina, pero lo hice todo automáticamente; cuando quise acordarme ya estaba en el avión.

Había muy poca gente en primera clase; alguien en el asiento de adelante, dos mujeres jóvenes en diagonal a mí, un hombre de camisa celeste y anteojos de marco metálico a mi espalda... Miré hacia afuera por la ventanilla. Un camión cisterna bombeaba combustible desde los depósitos subterráneos hasta los tanques de un Jumbo que parecía una arca marina de cien toneladas. Metí una mano en el bolsillo: toqué mi copia de las llaves de casa, que obviamente había traído sin ninguna necesidad, y me sonreí con la misma sonrisa abstracta de las dos azafatas que en ese momento iban y venían entre la cabina y algún lugar a mi espalda comprobando el funcionamiento de los sistemas de iluminación y comunicación. Los pilotos debían estar chequeando aspectos técnicos; introducían datos en la computadora de navegación y coordinaban su trabajo con los encargados de despacho y con los controladores de vuelo. Finalmente las puertas se cerraron.

Un chico de unos diez años salió de la cabina de mando y se sentó a mi lado. Tenía el pelo muy lacio, castaño, con hebras de un rubio luminoso, y llevaba puesta una remera lisa de un gris oscuro, todavía con las rayas del planchado en las mangas, lo que le daba un aire demasiado formal para su edad. Estaba un poco excedido de peso y parecía cansado o aburrido.

Los motores se pusieron en marcha. Volví a mirar hacia afuera cuando empezamos a movernos. Un técnico de pista observaba el desplazamiento del avión, hablando por un intercomunicador. Nos dirigimos lentamente hacia la pista de despegue mientras una azafata recitaba las medidas de seguridad. Se oía el zumbido de los motores hidráulicos que movían las enormes superficies de control de las alas y del timón. El chico ajustó su cinturón de seguridad (algo que yo había hecho hacía ya una media hora, apenas ocupé mi lugar), apoyó la cabeza en una mano y cerró los ojos. Lo envidié, era increíble que alguien pudiera dormir o intentar dormir en un momento *así*.

Finalmente el avión se ubicó en la pista de despegue. Hasta ahora no había tenido que recurrir a las técnicas de relajación y eso me alegró. Un módico triunfo del conocimiento por sobre la fe ciega en el comandante, en los técnicos, en el aparato y en las leyes de la tercera dimensión. Busqué árboles con la vista para ver hacia dónde soplaba el viento porque sabía que si la física que había estudiado en el colegio seguía vigente la fuerza de elevación dependería de la velocidad con la que el aire rodeara las alas, y que el avión conseguiría mucho antes alcanzar la velocidad necesaria para el despegue si lo realizaba contra el viento y no a favor. Pero lo único que vi fue un pájaro que iba apurado hacia el río.

Entonces el ruido del motor aumentó y el avión se disparó hacia adelante. Sentí la aceleración en los brazos y en el pecho, pero ningún mareo, ni embotamiento, ni sudor. La trompa se inclinó hacia arriba. Y de pronto las ruedas perdieron contacto con el suelo.

El avión *volaba*.

Calculé que mi excitación era normal, una excitación levemente negativa y fácil de asumir. Metí una mano en el bolso y agarré el blíster con el *Tranquinal* pero dejé la mano adentro: ¿necesitaba tomarlo? Era toda una decisión. Era ridículo, también: «busco mi droga cuando más fácil me resulta asumir mi estado». Un momento después se oyó un ruido sordo y unas vibraciones. Sabía que acababa de cerrarse el compartimiento del tren de aterrizaje, pero igual me inquieté.

—Tranquilo —le dije al chico—, guardaron las ruedas.

El chico me miró con aplomo.

Tuve la impresión de que hacía mucho tiempo que no veía a nadie tan sereno. Me quedé mirándolo durante unos segundos, como si fuera la primera oportunidad que tenía de observar la otra cara de la fobia. Después despegué la espalda del asiento.

—Éste es un momento feo... —dije.

Ya no hablaba con el chico y él tampoco me escuchaba.

La potencia de los motores se había reducido, justamente porque al guardar el tren de aterrizaje el avión oponía menos resistencia y necesitaba una fuerza de impulso menor: lo sabía todo, tenía toda la información, pero igualmente *empujé al avión* hacia arriba con el cuerpo. En vuelos anteriores mi sensación había sido siempre la de que al avión no le alcanzaba la potencia y que iba a desplomarse de un

momento a otro. Debo haberlo hecho bien: no era el primer avión que sostenía. (¡La cantidad de aviones que llegaron a destino sólo porque yo los sostuve en el aire!). Al minuto siguiente el comandante desconectó la señal para indicar que a partir de ese momento podíamos desabrocharnos los cinturones de seguridad. ¿Estábamos ya a diez mil metros de altura, ya habíamos puesto un almohadón de aire entre nosotros y la tierra? Sí: aparecieron las azafatas empujando un carrito con *champagne*.

Recién entonces saqué la mano del bolso. Presioné el blíster sobre una mano, y una pastillita blanca como la luna quedó apoyada sobre la línea del horizonte (esa línea que todo el mundo conoce como línea de la vida). La agarré con dos dedos y — contento de haber tenido éxito en todo— me la puse debajo de la lengua. Le dije a la azafata que por favor no me despertara para almorzar o para cenar o lo que fuera si me veía dormido y cerré los ojos. Lo último que vi fue al chico llevándose a los labios un jugo de naranjas.

Bueno hubiera sido que se tomara mi *champagne*.

Cuando me desperté era de noche, si es que puede llamársele noche a lo que hay por encima del cielo. Uno de los pilotos, o tal vez el comandante de a bordo, un hombre de unos cuarenta y cinco años, conversaba en susurros con el chico, inclinado sobre él. Le preguntó si estaba bien, a lo que el chico respondió con un asentimiento mudo; lo cubrió con una manta y volvió a la cabina. El chico, que había reclinado el asiento al máximo, estiró aún más la manta, moviendo las manos por debajo de ella como si llevara un par de animalitos ocultos, y bostezó y cerró los ojos.

Tuve un sueño que no vale la pena contar, pero algo del sueño me despertó. ¿Tensión? ¿O su fin? Mi vida sería distinta si hubiera matado al rubio. Sería más oscura, más seria, más triste y, paradójicamente, menos espesa. Sin quitarle una pizca de amor, le hubiera dado un padre asesino a Julián. Fue eso lo que me detuvo. Ahora mismo, mientras escribo, revivo la alegría de haberme detenido y el alivio que sentí en el avión al despertarme y notar que la furia por no haberlo hecho también se había disuelto. El rubio no volvería a acercarse a Diana, no era tonto después de todo. Un solo llamado por teléfono al tipo de la cabeza rapada había sido suficiente para hacerlo lloriquear y hasta suplicar. Tampoco era tonto: sabía perfectamente qué era lo que estaba diciéndole. No me extrañó la posibilidad de que el equilibrio entre oxígeno y dióxido de carbono en mi sangre se hubiera alterado ese día, saltando la valla de los psicotrópicos, para después renivelarse y reposar, un efecto que duraba hasta ahora. Todo estaba en calma. Lo único que se oía era el zumbido en el que viajábamos, un zumbido que llevaba nuestras vidas en la oscuridad.

Entonces algo cayó por debajo de la manta del chico. Metí la mano entre los dos asientos y lo agarré. Era un viejo ejemplar de *Astérix*. El chico reaccionó al deslizamiento de la revista con cierta demora, como si hubiera tenido que decidir dormido que se trataba de la revista y no de un asunto del sueño. Giró la cara hacia

mí y me dijo:

—¿La querés leer?

Me gustó que me tuteara. Ya había gente diez o quince años mayor que él que me trataba de usted. Le dije que no, le di las gracias y se la devolví. El chico volvió a guardarla debajo de la manta.

Yo estiré un brazo, encendí la luz, saqué de mi bolso el bloc de hojas blancas y una lapicera y no escribí. Me quedé un buen rato quieto, inmóvil, apretando la lapicera con fuerza. En determinado momento el avión se sacudió un poco, subiendo y bajando y temblando como un auto en un camino de piedras. Guardé el bloc y la lapicera en el bolso y le pregunté al chico cómo se llamaba.

—Gusti —me dijo.

—¿Augusto o Gustavo?

—¿Augusto? ¡No! Gustavo. Voy al baño...

La revista quedó sobre el asiento. La agarré y la abrí al azar. Astérix y Obélix entraban a un baño turco. «Buf, qué calor», decía Astérix. «Me estaba preguntando si podríamos abrir una ventana», decía Obélix. Yo me estaba preguntando qué hacía un chico solo en un avión. Gusti volvió a sentarse:

—¿Te gusta? —dijo señalando la revista.

—Sí.

—A mí no.

Hice un silencio. Le devolví la revista.

—¿Qué te gusta? —le dije.

—¿De comer?

—Por ejemplo...

—Las papas fritas. Aquí no hay papas fritas.

—¿Tenés hambre?

—Nada. También me gustan el fútbol y el tenis. ¿Vos sabés jugar al fútbol?

—Hum...

—¿Y al tenis?

—Algo. ¿De qué jugás?

—¿Al fútbol?

—Sí.

—Arriba. Juego de nueve y a veces de diez. Y a veces también atajo —hizo un movimiento con las manos en el aire, atajando una pelota, y enseguida las dejó caer—. Ahora hace mucho que no juego. A veces juego en el colegio. Pero antes, cuando era más chico, jugaba en una canchita que había cerca de casa. Hace mucho que no voy.

El avión dio un pequeño salto arriba y un pequeño salto abajo.

—¿Estás viajando solo?

—¿Solo? ¡No! Mi papá es piloto.

—¿Tu papá está piloteando este avión?

Dijo que sí con la cabeza y añadió:

—Los pilotos son dos. Mi papá es uno.

Si el padre lleva a su hijo en este avión es porque el avión está en buenas condiciones, pensé. En ese momento el padre salió de la cabina. Gusti no me lo presentó, pero el hombre, al ver que yo estaba hablando con su hijo, me dirigió una sonrisa; después le acarició la cabeza y volvió a preguntarle si estaba todo bien y si necesitaba algo. Era muy cariñoso con él. Le hablaba en voz baja porque los otros pasajeros a nuestro alrededor dormían, pero se notaba que no era un tono muy distinto al que usaba habitualmente.

—¿Falta mucho? —le dijo Gusti.

—Un poco, no mucho. ¿No tenés sueño?

Gusti negó con la cabeza.

—¿Querés venir a la cabina?

—No, no —dijo Gusti impacientándose.

El hombre se inclinó y le dio un beso en el pelo.

—Trató de dormir —le dijo.

Después caminó hasta la cabina sujetándose de los portaequipajes como si el avión estuviera sacudiéndose, algo que no ocurría. Recién cuando entró y cerró la puerta Gusti me dijo que ése era su padre.

—Ése es mi papá —dijo con una vocecita que no eludía el cansancio ni el orgullo.

Le pregunté si ésta era la primera vez que volaban juntos y me dijo que no, que volaban todos los fines de semana.

Lo miré. Lo miré dos veces (las dos veces en la misma mirada).

Me contó que su madre y su padre se habían divorciado el año anterior. Creí entender, completando y leyendo el sobrentendido con el que se manejan los niños —ese «recurso» natural por el que parecen hijos de todos, amigos de todos, conocidos de todos, como celebridades—, que su madre se había enamorado de otro hombre, que ahora vivía con ese hombre y que su padre vivía en un departamento que él, Gusti, apenas si había visto alguna vez. Todos los viernes su padre volaba desde Buenos Aires a Madrid y todos los domingos desde Madrid a Buenos Aires. Y Gusti con él. Los fines de semana su padre lo pasaba a buscar por la casa de la madre y en lugar de llevarlo a la canchita de fútbol lo llevaba al aeropuerto. ¿Qué otra cosa podía hacer? Se notaba que era un buen hombre y que amaba a su hijo, pero su trabajo era pilotear aviones. Así que en lugar de llevar a Gusti a andar en bicicleta lo llevaba a andar en avión. ¡Hacía ya más de un año que se relacionaban *en el aire*!

Lo que al principio me había parecido insólito ahora me parecía solamente triste y miré hacia afuera sin saber qué decir. Me hubiera gustado pasarle un brazo por los hombros, contarle un chiste, ayudarlo a dormir, tal como hacía con Julián y como sin duda seguiría haciendo hasta que mi brazo empezara a pesarle, hasta que mis chistes dejaran de divertirlo y hasta que un día descubra que ya no necesita de mí. A lo lejos,

un poco por debajo de nosotros, se abría un abanico de un rosa limpio, suave, un rosa crédulo, cada vez más intenso, de bordes nacarados, parecido al cielo. Era el cielo.



SERGIO BIZZIO nació en Villa Ramallo, Buenos Aires, en 1956. Novelista, dramaturgo, poeta, guionista y director de cine, publicó las colecciones de poemas: *Gran salón con piano*, 1982; *Mínimo figurado*, 1990; *Paraguay*, 1995; *El abanico matamoscas*, 2002 y *Te desafío a correr como un idiota por el jardín*, 2008. Las novelas: *El divino convertible*, 1990; *Infierno albino*, 1992; *Son del África*, 1993; *Más allá del bien y lentamente*, 1995; *Planet*, 1998; *En esa época*, 2001; *Rabia*, 2004; *Era el cielo*, 2007; *Realidad*, 2009; *Aiwa*, 2009; *El escritor comido*, 2010 y *El libro de relatos Chicos*, 2004. Es autor de obras de teatro: *Gravedad*, 2000; *La China*, 1997, y *El amor*, 1997. Las dos últimas en colaboración con Daniel Guebel, con quien también escribió *El día feliz de Charlie Feiling*, 2006. Ha sido traducido al inglés, francés, italiano, portugués, hebreo, búlgaro, holandés y alemán.